

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 febrero 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 325

OBJETIVO NUMERO 1: LA VIVIENDA



CASAS PARA CIEN MIL FAMILIAS CADA AÑO

EL CAPITAL

PRIVADO TIENE LA PALABRA

El mundo en la encrucijada política de la hora actual
 Panorama internacional de la situación político-militar, por E. Ruiz García (pág. 50)
EL HOMBRE QUE PRETENDIO «RAPTAR» AL SULTAN DE MARRUECOS
 Andanzas y desventuras de Eddie Chapman, aventurero del siglo, por Fernando P. de Cambra, desde Francia (página 15)
 Cambia la mujer, cambia España: Nuevas conquistas de la mujer granadina, por nuestro enviado especial, Diego Jalón (pág. 9) * Entrevista con Camón Aznar, Jiménez Sutil (pág. 21) * Luis Masriera, el barcelonés símbolo de una época, por Salva Miguel (pág. 25) * Los sacerdotes españoles dialogan sobre cine, por el P. Fr. Mauricio de Begoña (pág. 30) * Buena prueba de sabiduría agrícola en los campos de Sevilla, de nuestro enviado especial F. Costa Torró (pág. 32) * El libro que es menester leer: «La caravana fantasma», por Sir Owen O'Malley (pág. 46) * Americanos en Madrid (pág. 55)
LA GUERRA EMPEZO AYER TARDE
 Novela por F. Alemán Sáinz (pág. 38)

VEA PAGINA 2



*La pieza
más delicada*

La que ha de completar el "rompecabezas" es la más importante. En el cuerpo humano: el estómago. Allí se transforman los alimentos en principios vitales. Muchas molestias orgánicas que no se sabe a qué atribuir, suelen tener su origen en trastornos de la digestión. Quienes practican la costumbre de tomar "Sal de Fruta" ENO padecen menos del hígado, de la cabeza, de los nervios, porque su estómago funciona regularmente.

"Sal de Fruta" ENO, es un producto consagrado por cerca de un siglo de uso en el mundo entero. No es droga ni medicamento, sino una bebida refrescante y tónica, reguladora de las funciones orgánicas. Su propiedad característica consiste en adaptar la fisiología humana a la variedad climatológica.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

Adquiera el frasco grande. Resulta más económico.

REGULA EL PROCESO DIGESTIVO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

OBJETIVO NUMERO 1: LA VIVIENDA



Las «viviendas protegidas» constituyen en toda España un gran esfuerzo para resolver el problema de la vivienda; como esta barriada «General García-Escámez», de Santa Cruz de Tenerife

**CASAS
PARA CIENTO
MIL FAMILIAS
CADA AÑO**

EL CAPITAL PRIVADO TIENE LA PALABRA



Grandes bloques abiertos, en contraste con la anarquía excesivamente individualista, es la característica de las nuevas construcciones

NI español, ni francés, ni italiano, ni inglés. El problema de la vivienda es universal. Incluso norteamericano, país de materias primas, rápidas y fuertes finanzas y muy eficaz productividad.

En todo el mundo hay una realidad: la escasez de locales para constituir hogar. Hay también una posibilidad expectante: el posible juego, frío y calculado, del negocio. Entre ambos, si se deciden, actúan los Gobiernos. Y sigue el problema.

El problema termina en contienda invisible entre inquilinos y caseros.

El Gobierno «congela» los alquileres. De hecho así ha ocurrido en la mayor parte de los países. Y viene en seguida la reacción.

—¡Oiga! ¿Quiere una casa? Ocurrió en Londres, no hace más de dos años. El transeúnte, un inglés, quedó estupefacto ante el otro señor, bien vestido, de buena presencia y con poca cara de estafador o demente.

—¡No! Siguió el transeúnte.

—Usted puede ser propietario.

—¿Yo? — respondió el vagabundo.

—Usted. Por unos cuantos chelines, muy pocos.

El vagabundo se mira, se comprueba. Quiere saber si él puede ser propietario. Y, por fin, llega a serlo. Propietario por unos meses, por poco tiempo. En este poco tiempo, las rentas de la finca urbana, tan donosamente entregada, no alcanzan la cantidad que exigen los tributos. No tiene para pagar, y desaparece. Y entonces, el Ayuntamiento se incauta del edificio.

Precisamente era eso lo que buscaba el primitivo vendedor: que se quedase con ella el Ayuntamiento. El Ayuntamiento no la aceptaba antes de un modo directo y cortés.

Pero donde impera el juego financiero las cosas ocurren de otro modo.

En Nueva York hubo en los últimos meses una verdadera fiebre de derribos y construcciones. Barrios enteros fueron desmoronados bajo los golpes de piqueta y la trémula y ruidosa acción de las máquinas. Pero, rápido. Allí, el tiempo es oro.

Desaparecieron edificios de 18 pisos, y pronto aparecieron otros con los mismos pisos, en el mismo lugar y con las mismas dimensiones exteriores. Parecían

encogerse y alzarse los rascacielos.

—Los países financieramente atrasados aun no se han dado cuenta de que lo importante de un edificio es la renta.

Lo decía un arquitecto neoyorquino a un corresponsal español, algo asombrado al ver caer un edificio de 16 pisos, de unos treinta años de existencia, de formal arquitectura neoclásica, con columnas y estatuas en las fachadas..., y situado frente al mundialmente conocido Waldor Astoria. Es decir, un testimonio señorial.

—Estos edificios—decía señalando el arquitecto—estaban divididos en cuartos de diez y doce habitaciones, con salas como palacios y cuatro o cinco cuartos de baño.

—¿Y sus rentas?

—Irrisorias: 400, 500 ó 600 dólares al mes.

Periodista y arquitecto quedaron mirándose. El arquitecto continuó:

—Al derribar la casa hemos desahuciado a todos los vecinos. Y ahora haremos cuartos pequeños y funcionales. En números: donde teníamos 32 vecinos tendremos 160, y cada uno de los 160 pagará la misma renta que pagaba cada uno de los 32 anteriores.

—¡Ah! Ya.

LA VIDA DE LAS CASAS

Esos dos extremos ponen en evidencia algunas de las múltiples formas del acuciante e ineludible problema de la escasez de viviendas. Problema que llega a la política, a la moral, a la economía y a lo social. Problema que, de una manera o de otra, llega a todos.

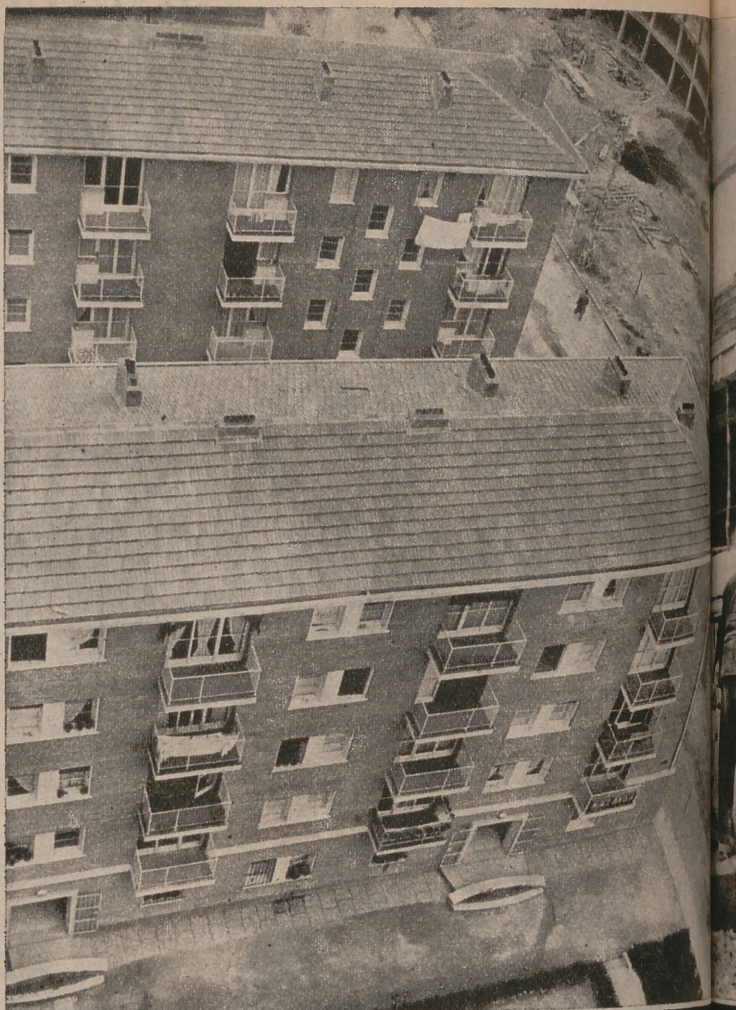
El panorama urbano de España al terminar nuestra guerra era desolador: un 30 por 100 de las viviendas estaban calificadas de insalubres, y en ellas se alojaban las clases modestas; un 45 por 100, defectuosas, y sólo un 25 reunía condiciones elementales de habitabilidad.

Hubo más: la población fué aumentando rápidamente, hasta el extremo de que en 1943 había ya 26.507.605 habitantes para 6.327.370 viviendas y no todas en buen estado. Sólo el 30 por 100 fueron calificadas de higiénicas.

Y más: era mayor también el número de viviendas que caían al suelo por haber cumplido la edad. Porque las casas también tienen límite de edad, aproximadamente previsible. En lo que no hay tanto acuerdo es en la precisión de ese límite. Sólo cuentan hipótesis, que mantienen estas edades en España: casas de madera, cien años; de entramados metálicos, ciento cincuenta; de hormigón, ciento ochenta.

Decepciona el saber la posible vida de una casa. Conocida desde niño hasta la vejez, dan la sensación de eternidad. Pero su vida es una realidad que no puede escapar del control de la estadística.

Si, curioso, recorre usted, lector, las calles de Madrid con el deseo de descubrir edades deméticas, sólo usted conocerá los verdaderos resultados de su empresa: tiempo perdido, kilómetros consumidos, cansancio adquirido y...



Pero si pregunta al Instituto Nacional de Estadística inmediatamente le contestará, recorriendo previamente las columnas de números:

—Año 1950. Madrid, 49.430 edificios; de ellos, 42.290 dedicados a vivienda.

—¿Y edades?

Trasladará la vista a otra columna. En poco tiempo y poco espacio. El Censo de Edificios y Viviendas es exacto y preciso:

—Anteriores a nuestro siglo, 10.180.

La cifra es bien elocuente. ¿Se comprende ahora por qué tienen los bomberos entre sus actividades casi cotidianas el apuntalar edificios?

Y sobre todo esto, alarmante para un planificador de viviendas, cae la afluencia de jóvenes del campo, de la población rural. A unos les atrae la industria y el comercio, la comodidad y una presunta vida fácil o, por lo menos, más independiente de las inclemencias del tiempo. A otros les empuja, les inclina la mecanización del campo.

Urgen, pues, más casas. Pero no aparecen los caseros, porque los caseros, el capital privado, presta más atención a otras inversiones de mayor rentabilidad.

He ahí las causas de la crisis de viviendas: mayor población, más casas que caen que suben, afluencia del campo e inhibición del capital privado.

Así las cosas, había que dar la cara. Y el Gobierno la dió, de frente con la ley de Viviendas

De arquitectura racional y racionalmente estudiada, para que cada familia tenga el espacio justo que...

Protegidas, de 1939, muy parecida a la que hace unos meses aprobaron las Cortes Españolas.

—¡No resuelve totalmente el problema!

—¿Cuál hubiera sido la situación española si esos factores de la crisis no hubieran tenido como contrapartida las posibilidades de esta ley?

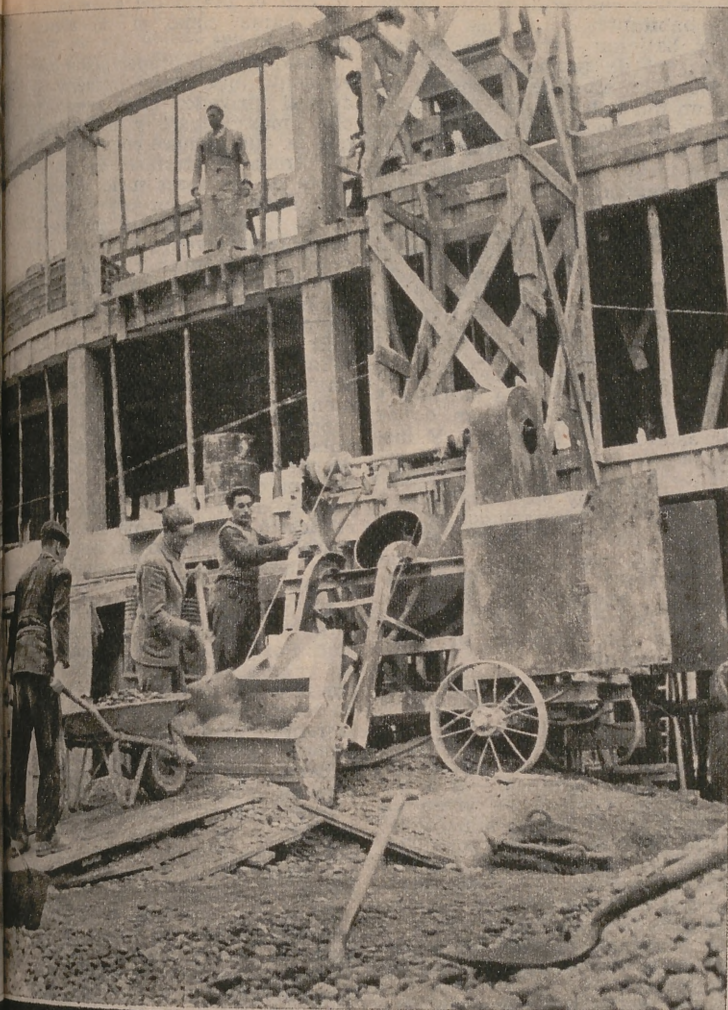
DOSCIENTOS TREINTA Y OCHO PUEBLOS ADOPTADOS POR EL CAUDILLO

Ya en 1951 llegó el déficit de viviendas, aparte de las insalubres, a 617.945 unidades. Por otro lado, el aumento de población española y la progresiva ruina de los edificios viejos hacían necesaria la construcción de 82.000 viviendas más por año, para evitar el aumento de ese déficit.

¿Dinero? Para resolverlo en veinte años: 201.558 viviendas con un capital de 20.000 millones de pesetas, es decir, el 9 por 100 de la renta nacional del año, que por cierto era de las altas.

Y algo más para este plan anual: el 57 por 100 de la producción nacional de cemento; el 20 por 100 del hierro, y el 74 de la madera.

Tres bases, tres puntos de partida: materia prima, dinero y mayor rendimiento en la producción.



Y en el bosque de maderas, hierros y cemento armado surgirán más tarde las habitaciones

Y el Gobierno tiró adelante, en unas circunstancias políticas y económicas de sobra conocidas. Solo. Sin Marshall. Construyendo, cuando no apoyando al que construya. Y controlando, porque la especulación es a la crisis lo que la tuberculosis a la anemia.

Aun combatían las tropas, cuando los técnicos de la Dirección General de Regiones Devastadas llegaban, compás y regla en la mano, con el afán de levantar lo que por avatares de la guerra había caído o tal vez intencionalmente incendiado.

Al habla Regiones Devastadas: 238 pueblos adoptados por el Caudillo, de los que 18 son completamente nuevos. Y más de 20.000 viviendas: 9.580 reconstruidas y 11.076 de nueva planta. Y otros más: 362 edificios público, 485 escolares, sanitarios y benéficos y 419 obras de urbanización y saneamiento.

Las bayonetas no cortaron los vínculos con lo bueno que hubiera en el período anterior. No hay ningún mal íntegro. Por eso, de la bien conocida Ley Salmon, de 1935, tomó inspiración el Organismo especial del Paro—primero, Junta Interministerial;

después, Junta Nacional, y, por último, Comisaría Nacional del Paro—, que con la dirección técnica del I. N. V. simultaneaba dos frentes: la vivienda y el paro.

¿Paro? De 824.157 obreros sin ocupación que había en febrero de 1936, sólo quedaban poco más de 100.000 a fines del pasado año.

¿Viviendas? Las bonificables, reguladas por las leyes de 1944, 1948 y 1953. Testigos son en nuestras ciudades.

Estímulos eran para la construcción. Al constructor se le ofrecía: reducción del 90 por 100 durante veinte años del impuesto de contribución urbana, del de

Derechos Reales, impuestos municipales sobre plusvalía, licencia y arbitrios. También cierta facilidad en la adquisición de materiales, dentro de las circunstancias. Y préstamos hasta el 60 por 100 del valor del solar y de la edificación que se realizase, al interés anual del 3 por 100, y amortizable en cincuenta años.

Claro que, como contrapartida, se imponía limitación en la renta. ¡Sí, ese era su fin primordial! Se buscaba dotar de vivienda adecuada a la clase media.

El capital privado tomó de estas leyes impulso constructor. Y se han terminado 94.945 viviendas, aparte de otras 40.000 que se encuentran próximas a su fin. Viviendas cuyas rentas oscilan entre 6,50 a 4,60 pesetas por metro cuadrado de superficie, en poblaciones de más de 200.000 habitantes. En las rurales tienen un 20 por 100 de rebaja.

AGUA, TIERRA Y CASA

Al campo, al mismo campo, han ido llegando cimientos de nuevas casas. Las casas blancas, de trazas arquitectónicas acomodadas al ambiente regional, que el Instituto Nacional de Colonización ha levantado entre las verdes plantaciones con que las aguas de nuevos pantanos o captaciones ha enriquecido tierras antes estériles o pobres por la sed. El bracero, que no contaba más que con su brazo, ha visto ante sí, a su disposición, agua, tierra y casa.

Hoy brillan al sol, por obra del Instituto Nacional de Colonización, 28 pueblos nuevos, ya habitados, y 32 en construcción, algunos, casi terminados. En total 11.177 viviendas, de las que disfrutan familias, antes a jornal, que cultivan directamente las tierras que les fueron entregadas sin otro aval que su condición de bracero y laboriosidad.

Y, por último, el sector económicamente inferior. Nunca tuvo buena situación. Ya en 1934 había en Madrid, por ejemplo, 41.000 familias que carecían de hogar o vivían en albergues inadecuados. Su problema ha sido de siempre. No ha pasado de estado normal a crítico. Su problema actual ha nacido del empuje de la zona media, que, atenazada por una menor renta real, no ha podido alcanzar los alquileres que le correspondían.



La clara arquitectura andaluza ha conseguido viviendas tan alegres como este moderno grupo de Málaga, construido por la Obra Sindical del Hogar

Acudió la Obra Sindical del Hogar con sus construcciones sin lucro. Viviendas de muy baja renta. Y un instrumento en sus manos: la ley de julio de 1946, por la que toda Empresa con más de 50 obreros tiene que construir viviendas dignas, no sólo para el guarda, sino también para los trabajadores, uno de los factores esenciales de la Empresa.

Más de 38.000 es la cifra de hogares que la Obra Sindical facilitó, a un ritmo anual que oscila entre 2.500 y 3.000. Su empresa es ahora mucho más ambiciosa.

Actuó de nodriza el Instituto Nacional de la Vivienda. Tanto para casi todos estos organismos de carácter nacional, como para otros muchos de limitación provincial, o fines benéficos o institucionales religiosos. Aparte de su labor coordinadora y económicamente nutritiva, directamente se encargó de la edificación de millares y millares de viviendas.

Hoy, en virtud de la ley aprobada en las Cortes de julio del pasado año, asume el Instituto la función directiva de todo, en cuanto a la construcción se refiere.

UNA CASA DE DIEZ PISOS EN DIEZ DÍAS

A principios de diciembre del pasado año, toda la oficina técnica de una industria de Gijón —técnicos y obreros especializados— decidieron trasladarse a otra de Avilés.

—¿Por qué?

—Porque facilita vivienda a los trabajadores.

Terrible impacto de la crisis de viviendas en una industria. Un colapso a la vista.

Otro: Según el propio Instituto Nacional de la Vivienda, por cada millón de toneladas de hulla más que se quiera extraer por año es necesario un núcleo de familias mineras que requiere 4.125 viviendas.

Está, por tanto, muy por encima de unos simples fines propagandísticos la construcción por el Instituto Nacional de Colonización de poblados en medio de las tierras que va ganando para una producción más intensiva. ¿Y no sería procedente que el Gobierno exigiera a las Empresas con más de 50 obreros la edificación de viviendas para sus trabajadores.

Un círculo vicioso a la vista: La resolución de la crisis de la vivienda pide más producción, y el aumento de producción pide más viviendas.

Pero, entre otras cosas, está por medio la productividad.

Los alemanes se vanaglorian, y con razón, del «milagro alemán».

—Hemos batido el récord de la construcción.

En efecto, lograron el medio millón de viviendas en un año. Una por cada cien habitantes. Y entre sus ciudades, Hamburgo a la cabeza: 100.000 en el curso de cinco años; es decir, el equivalent-

te de una ciudad de medio millón de habitantes.

Y batieron otros dos récords más: el de productividad y rapidez. Los albañiles alemanes colocan mil ladrillos por día y obrero, y en sólo diez días construyeron de un bloque de viviendas de diez pisos no sólo la estructura, sino también el techado y las paredes.

Fs que eran 2.500.000 las viviendas que quedaron inhabitables en lo que hoy es Alemania occidental. Con esto y 10 millones de refugiados y el aumento natural de población, su déficit llegó en 1953 a seis millones.

Claro que tenían a la mano montones inmensos de ladrillos y otros materiales, residuos de la devastación de la guerra. Y disponían de buena cantidad de cemento y acero. Y las viviendas nuevas son muy pequeñas: dos, a lo sumo tres, habitaciones.

En Italia, sin embargo, el esfuerzo de reconstrucción sólo ha podido seguir el ritmo de la expansión demográfica. Barracas, cuevas, bodegas, buhardillas o almacenes continúan en su papel de alojamientos.

Una Comisión parlamentaria, encargada de la realización de una encuesta para averiguar la miseria y falta de trabajo, dió a conocer estas cifras: 232.000 familias —el 2 por 100 de la población— viven en bodegas, buhardillas o almacenes; 92.000 familias —el 0,8 por 100— viven en barracas y cuevas; 1.078.000 familias —9,3 por 100— habitan en viviendas con más de tres personas por habitación.

A principios de 1954, el ministro de la Reconstrucción francés prometía:

—En 1957 habrá pisos con esta inscripción: «Desalquilados.»

Pero en aquellos momentos vivían 500.000 franceses en hoteles o pensiones por no poder pagar los dos millones de traspaso por un piso decoroso de cinco habitaciones, ni el millón por uno de tres o cuatro habitaciones con cocina en un barrio suburbano.

Una cosa va quedando clara: los grandes espacios habitables no volverán más. Las antiguas casas de techos altos y salones corridos han muerto.

LA TIRANÍA DEL SOLAR

—Nos faltan cemento, hierro, madera y otros materiales en cantidad suficiente para un amplio y eficaz plan de construcción de viviendas. ¿Por qué no se recurre a las casas prefabricadas?

Tenía que contestar a esta pregunta una personalidad relacionada con este ramo laboral. Miro despacio a quien lo preguntaba. Habló, por fin, con cierto deje de amargura.

—A la vera de la plaza de toros de Madrid se levantó, por iniciativa municipal, un grupo de ellas. Pero luego se desistió.

—¿Por qué?

—Por culpa del solar. La construcción resultaba económica, pe-

ro con el precio del solar salían tan caras como si no fuesen prefabricadas.

Pasa, pues, a primer plano otro elemento que hace retraerse al capital privado. ¿Hay especulación más injusta y monstruosa que la que se hace con un solar? Un trozo de terreno, la mayor parte de las veces sucio, va multiplicando su valor por el trabajo de la sociedad, sin que precisamente intervenga para nada su dueño. Todo depende de la evolución urbana, del engrandecimiento de la ciudad. Esperar es su secreto.

El Gobierno español, ante esta nefasta realidad, puso a disposición de la sociedad un instrumento de ataque a esta especulación. La ley de Ordenación de Solares, de 1945, reglamentada después, permite que cualquier persona o entidad pueda hacer suyo un solar determinado, para edificarlo, si su dueño no lo verificara en el plazo de dos años. Pero hasta ahora han podido resistir.

El capital privado tenía que huir, era lógico, de la construcción. Por el solar, por los materiales y transportes bien costosos y por la mano de obra, de no sobrado rendimiento que hacían escasa la rentabilidad. Por otro lado, los caseros vieron congelados los alquileres. ¿Con qué atender el creciente coste de una reparación?

Impávidos y gozosos han visto las ruinas de su propiedad. Carcotes amontonados y un hogar que desapareció. Pero había por debajo un solar. Un solar.

Brotó en seguida, como una erupción social, la picaresca en torno de la urgente necesidad. Y de nuevo apareció el aliento gubernamental: facilidades para que los propietarios puedan vender, y el inquilino, obligado, comprar. Hasta el 70 por 100 del valor del piso puede llegar el préstamo del Estado.

—No compro el piso. No me conviene.

Lo oí decir más de una vez.

—¡Hombre! ¿Por qué?

La pregunta era espontánea, ingenua, sin previo cálculo. El otro sí había calculado.

—Pago 250 de alquiler mensual. Como hay que capitalizarlo al 3 por 100, valdrá 100.000 pesetas, de las que el Estado me prestará hasta 70.000.

—Quedan 30.000 nada más.

—Que habré de buscar.

—No es tanto. ¿Y tener un piso en propiedad?

—Me saldrán los gastos mensuales, como propietario, por unas 645 pesetas. El 3 por 100 del préstamo, el 6 ó 7 por 100 de las 30.000, las contribuciones, arbitrios, reparaciones...

Pero, sobre todo, ¿cómo podría el Estado afrontar un problema de tanto amplitud?

COMIENZA LA OFENSIVA FINAL

La realidad es ésta: hay un déficit de 800.000 viviendas, y se ne-

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

oesita aproximadamente una construcción anual de 100.000 para que ese déficit no aumente. Está calculado el aumento de población, durante el decenio 1950-1960, en un promedio anual de 228.117 habitantes, y últimamente pasaban de 400.000 las viviendas oficialmente declaradas insalubres.

El Gobierno, en consecuencia, ha dado un paso más, un gran paso, en el estímulo al capital privado, mientras que con sus propios fondos, por medio del Instituto Nacional de la Vivienda, emprenderá en gran escala una tarea de edificaciones, utilizando las empresas constructoras que se presten a ello.

Con carácter de empresa constructora, sin lucro de ninguna clase, está en marcha la obra Sindical del Hogar, bien dotada de organización administrativa y técnicos adecuados. Por decreto-ley de 29 de mayo de 1954 le fué encomendada un plan de 20.000 anuales que se ha rebasado, con carácter de urgencia, a los efectos de expropiación de los terrenos necesarios, adquisición y transporte de materiales. Plan que habrá de consumarse en el plazo de un año, de octubre a octubre.

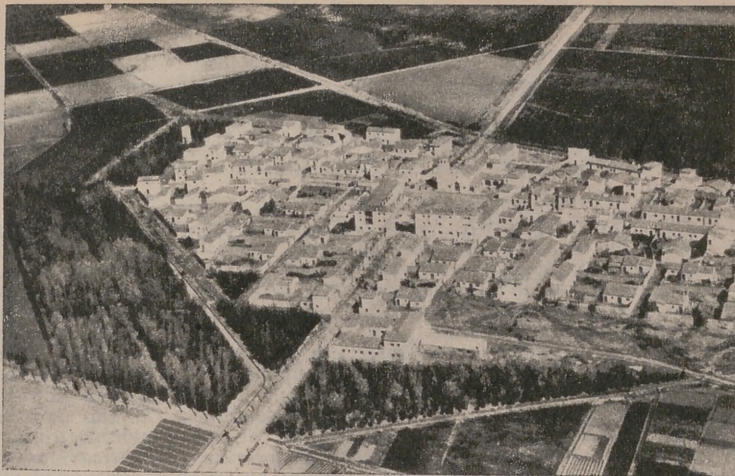
Dos tipos habrá de realizar: de renta reducida y de renta mínima. Los beneficiarios quedarán determinados por los propios ingresos. De la primera, aquellos que oscilen entre 15.000 y 25.000 pesetas anuales, de las que deberán dedicar una quinta parte al alquiler. De la segunda, los que no pasen de 15.000, que también habrán de distraer una quinta parte en el alquiler.

El Instituto Nacional de la Vivienda anticipa un 40 por 100 sin interés, primas a fondo perdido y un 50 por 100 en calidad de préstamos complementarios al 4 por 100 anual, en las de renta reducida. El resto lo aportarán los beneficiarios. Los de renta mínima aportarán un 6 por 100 más en calidad de prestación personal, que podrá ser redimido en metálico.

Pero poco antes, el 14 de mayo, se ordenó al I. N. V. la financiación y dirección de un amplio plan de viviendas de «tipo social» para aquellas familias que viven hacinadas en núcleos suburbanos. Viviendas edificadas sobre una superficie útil máxima de 42 metros cuadrados y que se compondrán de tres dormitorios, cocina, comedor, estancia y cuarto de baño. Su precio no pasará de 25.000 pesetas, de las que el Instituto Nacional de la Vivienda aportará el 80 por 100 y el resto la empresa constructora o los propios beneficiarios.

MOVILIZACIÓN DEL CAPITAL PRIVADO

El Gobierno trata también de poner en marcha al capital privado. En julio de 1954, mediante un texto refundido de anteriores disposiciones, extendió a las viviendas acogidas al decreto-ley de 1948 la reducción tributaria de impuestos de Derecho: Reales y Timbres del Estado por la primera transmisión a título oneroso de las mismas, si la propiedad ha sido transferida después del 17 de junio de 1954 o se transfiriese en adelante. Igualmente amplió a los dos tipos de viviendas la reduc-



El Instituto Nacional de Colonización ha construido infinidad de pueblos de nueva planta en toda España, como este de la fotografía, en Lérida

ción tributaria de arbitrios y licencias municipales a los que gravan el «uso» de los inmuebles. Regula la sobretasa por calefacción y resuelve definitivamente la repercusión en la renta de los aumentos en precios de servicios y suministros. También se trata de que haya bonificaciones y exenciones a efectos de contribución sobre la renta.

Aun hay más. El Gobierno se ha lanzado contra la especulación. Un decreto de este mismo mes, extensivo no sólo a las viviendas que se construyan, sino también a las ya construidas con el carácter de bonificables, prohíbe que nadie puede ser titular de más de un contrato de arrendamiento de viviendas bonificables, prohíbe la cesión y la convivencia habitual en ellas con personas no familiares del titular en grado inmediato, prohíbe el arrendamiento con muebles, prohíbe la percepción de cualquier cantidad que no sea la representada por las fianzas. También prohíbe que en las casas bonificables autorizadas a venderse por pisos los haya vacíos después de haber sido hecha la calificación definitiva, y, si esto ocurre, el propietario tiene la obligación de poner pisos a la venta, conservando el derecho a vender.

Y más aún. El Gobierno ha puesto sus manos en los arrendamientos urbanos, caballo de bata-

lla desde 1946, presentando a las Cortes un nuevo proyecto de ley. Se ha dirigido a las últimas trabas que tenía el capital privado, mientras prepara el golpe contra la especulación sobre el solar. Todo esto es muy reciente. Pero baste como signo el que la renta actual de las viviendas será revisada quinquenalmente mediante porcentajes que el Gobierno señalará, en atención a los índices ponderados de vida.

El director del Instituto de la Vivienda, al defender en las Cortes la nueva «Ley de viviendas con renta reducida», dijo que el Estado incorporaba su aportación, con los mismos rangos que a las anteriores entidades constructoras, a las particulares, empresas y sociedades inmobiliarias. Gozarán exactamente de los mismos beneficios, derechos, exenciones tributarias y suministros de materiales que los organismos oficiales.

En busca de eficacia, todos los organismos se han concentrado en una sólo: el Instituto Nacional de la Vivienda. Al frente, un Consejo Nacional, en que hay representación de ministerios, profesiones y entidades relacionadas con la construcción de viviendas.

Está constituida ya la suprema jerarquía de la vivienda. Un plan nacional será sometido a la consideración del Gobierno en un plazo inmediato.



La aportación del capital privado es el elemento más decisivo para resolver el problema de la construcción de viviendas. Una nueva barriada madrileña

CRITICA Y PASIVIDAD

UNO de los primeros frutos del llamado «eticismo moderno» ha sido, sin duda, un afán inmoderado de crítica. Crítica no siempre autorizada y, en la mayoría de los casos, deformada, hija de una preparación escasa cuando no de una visión unilateral de los problemas. La crítica destructiva, tan apreciada por los espíritus decadentes, ha encontrado en nuestro tiempo tierra abonada por su cosecha. Al hablar de este afán de criticismo desautorizado nos referimos sólo a quienes no han dejado fuera de enjuiciamiento verdades y doctrinas tan ajenas a toda crítica como son las que integran la Verdad y el Dogma del Catolicismo.

Minorías católicas del intelectualismo francés, al margen de todo criterio jerárquico, no han sentido escrúpulos al dirigir los más audaces reproches al ejemplar catolicismo español. La actitud de estas minorías es seguida de cerca por una parte de la Prensa «católica» francesa. De modo especial, en algunas ocasiones, se puso particular empeño en deformar los hechos hasta conseguir una cierta desorientación en la opinión pública, en lo que se refería, por ejemplo, a las relaciones entre el Estado español y la Iglesia.

Que bajo este «desvelo» ha latido siempre un fino y deshonesto juego político, en el que todos los medios han sido aptos para un fin injustificable, es algo que poco costaría probar. Al comentar en EL ESPAÑOL de la semana pasada la condenación por la Santa Sede de un determinado periódico «católico» de Francia, exponíamos la causa fundamental de estas desviaciones, siempre perniciosas.

Sin embargo, la postura de esas minorías intelectuales o de esa Prensa, por la misma razón de que a través de ellas se dejan transparentar fines extraños a la rectitud doctrinal, no llega a sorprendernos. Extraña y desconcierta la actitud y el modo de expresión de algunos españoles que, guiados por un falso espejismo, pretenden ver en ciertas tendencias de este catolicismo francés el módulo y la medida de la Iglesia, un ejemplo vivo para el catolicismo español.

Que urge un puesto de vanguardia para la Iglesia en nuestro tiempo, es cierto. Tenemos hoy que hacer la conquista en puestos de avanzada. Pero siempre dentro de la más estrecha y sincera obediencia a la jerarquía, con el acatamiento humilde a la voz del Episcopado, a los deseos del Papa, que son la voz y los deseos de Dios. Con la sumisión a aquella obediencia de que habla León XIII en su enciclica «Sapientiae Christianae»: «La obediencia

ha de ser perfecta porque lo manda la misma fe, y tiene esto de común con ella, que ha de ser indivisible.»

En la historia de la coordinación entre las funciones de la Iglesia y el Estado en España, pocos periodos han alcanzado la perfección y plenitud de cooperación lograda en nuestros días. Cooperación que emana no sólo de un Estado confesionalmente católico, sino de un Estado que encuentra su más genuina perfección, su íntegra plenitud, dentro de la más auténtica moral y dogma católicos.

Frente al riesgo de una vanguardia de apostolado peligrosamente al margen del espíritu de obediencia queda siempre la pasividad de los que por desidia no saben aprovechar la honrada oportunidad de un tiempo extraordinariamente propicio. Sobre todo cuando esta oportunidad se llama buena voluntad cristiana. La armonía del Estado español y la Iglesia cumple algo más que la pura exigencia literal de los cánones de Derecho Público o Eclesiástico. A quienes no quieren ver es preferible tocar de ciegos, de ignorantes, o tal vez sea más acertado adivinarlos envueltos en los ropajes de su misma pereza, causa de esa crítica fática y nunca constructiva.

No pretendemos en modo alguno abogar por un absurdo conformismo que, por absurdo, sería tan falso como pernicioso. Que en la práctica de nuestras virtudes cristianas, en el ejercicio de nuestros deberes religiosos, encontramos defectos, es cierto. Pero este justo reconocimiento no implica la necesidad de una crítica malsana, más cerca del derrotismo que del celo por la corrección. Es peligroso todo camino que conduce a un optimismo sin fundamento, por lo mismo que es injusta la manía hipercrítica de quienes no quieren reconocer que existen razones suficientes para calificar nuestro catolicismo de fundamentalmente sano y limpio. En España carece de sentido todo concepto de insumisión o falta de obediencia a la jerarquía. Mientras en otros países la inmoralidad se ceba en las circunstancias de un tiempo adverso al rigor de la moral cristiana, podemos decir también, fuera de toda jactancia, que la sociedad española respira hoy en el ambiente tradicional español de la moral cristiana y católica, sin exotismos, sin ajenos de falsas éticas modernistas.

La especulación crítica de nuestro tiempo por con dificultad las realidades concretas y desemboca, por su exclusivismo en frecuentes deformaciones, siempre perjudiciales.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

SI DESEA CONOCER

POESIA
ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

María Luisa López, conduciendo un tractor

**CAMBIA LA MUJER,
CAMBIA ESPAÑA**

TODO ES POSIBLE EN GRANADA



ESCRIBIR sobre las mujeres de Granada en esta serie de reportajes encabezados por la rúbrica «Cambia la mujer, cambia España», tiene, utilizando una graciosa expresión con la que he oído ponderar en la bella ciudad, las dificultades de un asunto, «sus perejiles». Perejiles o dificultades que aparecen en el mismo momento en que uno comienza a trabajar para reunir el necesario material informativo.

—No, no. A mí no me saque usted en los papeles.

—Fotos? ¡Ni pensarlo! Usted no sabe lo que dice. ¡Menudo disgusto tendría con mi novio!

Todo ello, desde luego, dicho con tal gracia en el acento y en el gesto de repulsa que le desarman a uno, que se sienten ganas de disculparse por haber llegado a imaginar audacias semejantes.

Y son precisamente estas reacciones inesperadas las que nos ponen en la pista más segura, al parecer, para interpretar a las mujeres granadinas y para medir el ritmo al que se ajusta la evolución de sus costumbres.

En una pista por la que se descubre que las mujeres en este hermoso trozo de España trazan el perfil de sus costumbres y la línea de su evolución, particularmente atentas a la opinión y al sentir de los hombres. Lo cual no deja de ser una condición propia de mujeres muy femeninas.

AYER, VENTANAS CON REJAS, MIRADORES CON CELOSIAS

No es posible delimitar con una fecha, por muy elástica que sea la que adoptemos, hasta qué días o años llegó el reinado de las viejas costumbres y desde cuáles empezó la vigencia de las nuevas. Mucho menos en Gra-

NUEVAS CONQUISTAS DE LA MUJER GRANADINA

UNA VIEJA TRADICION QUE EVOLUCIONA

EL BELLO SEXO PARTICIPA ACTIVAMENTE EN TODOS LOS ASPECTOS DE LA VIDA MODERNA



El paseo en Puerta Real es una constante exhibición de la típica belleza femenina de Granada



Todavía quedan rejas donde «pelar la pava», en Granada. Esta pertenece a la casa donde nació el P. Suárez

nada, donde afortunadamente andan tan mezclados lo viejo y lo nuevo, las formas tradicionales y las fórmulas recientes. Y digo «afortunadamente» porque a mi parecer no todo lo pasado fue peor. Porque mucho de lo tradicional debe mantenerse.

Pues bien, sea en la fecha que fuere, lo cierto es que lo viejo establecía, poco más o menos, que las mujeres, salvo excepción, misa, compras, necesidad absoluta o alguna que otra festividad soñada, debían ver transcurrir sus días en el recinto acotado por los cuatro muros, las cuatro paredes de su casa. Entre ellas y la calle el viejo orden planeado con criterio masculino, ponía rejillas en las ventanas y celosías en los miradores, como recordatorio material de la existencia de unas barreras invisibles alzadas en beneficio del recogimiento y el recato, que debían presidir la vida de toda mujer honesta.

Aquí, en este centrar la vida femenina en el hogar, surge a la hora de comentar el cambio de costumbres, la primera dificultad sería, el primer gran perejil. Porque si digo escribiendo con la ligereza a que nos obliga la esencia de nuestro oficio «hoy ya han cambiado mucho las cosas» con tono que parezca de excesiva satisfacción, no faltará alguno que al leer este artículo exclame:

—Esta sí que es buena. Ahora resulta que la mejor cosa que pueden hacer las mujeres es convertirse en unas trotacalles y abandonar su casa como si hubieran de una prisión. Pues con tales ideas nos va a lucir bien el pelo.

Y si digo, sin más ni otra aclaración, que tal encierro «responde a nuestra mejor y más sana costumbre tradicional» y que «felizmente se conserva aun en gran parte», no faltará tampoco alguna joven que deje de leer indignada recriminándome:

—Qué pobre impresión tiene usted de las mujeres. ¿Creerá, en serio, que vamos a perdernos por salir solas o con alguna amiga a la calle, sin que nos acompañe la mirada vigilante de mamá, papá o la «tata»?

Y no digo ni una cosa ni otra. Pienso que no se trata de dos po-

siciones incompatibles. Que ambas pueden conjugarse, como lo está demostrando la realidad. Pero esto merece punto y aparte.

HOY, BARRAS PARTIDAS, DUDAS EN LA PUERTA DE LA BOLERA Y UN PARTIDO DE BALONCESTO EN BAZA

Me parece bien que el centro natural de la vida de la mujer sea la casa. Y más si es casada, y más si es madre. Hasta aquí, todo lo bueno que del espíritu de las costumbres viejas conserva la vida de las granadinas. Me parece mejor que sin perder ese espíritu, sin subordinar el recato a la mera apariencia, salgan hoy las mujeres de Granada con más frecuencia que nunca a la calle, que vayan, con sus maridos, con sus novios, con sus amigas, a ir a un café, a tomar un aperitivo en un bar, al cine. Desde aquí, todo lo bueno de las nuevas costumbres, del cambio iniciado hace poco tiempo. Tan poco que el límite máximo de la presencia de las mujeres en los bares, según las simpáticas chicas de la Sección Femenina, se remonta solamente a unos siete u ocho años, como mucho. Y según Julio Arcos, el joven barman del Victoria, a unos tres.

Tres detalles, tres episodios, describen, mejor que ninguna otra consideración, el ambiente en el que se ha desarrollado, y sigue desarrollándose, la «salida» de las granadinas al «exterior», su conquista de nuevas posiciones.

El primero ocurre en la barra del café Granada, del Suizo, como siguen diciendo muchos granadinos, que situado en Puerta Real—centro vital de Granada—alza su fachada cara a las cumbres, lejanas y próximas, de Sierra Nevada. El café tiene dos partes y dos puertas. Dejemos la zona izquierda, puerta giratoria, y luego un gran salón lleno de mesas, y entremos por la derecha, por donde después de atravesar dos puertas situadas cada una en un extremo de dos mamparos de cristal dispuestos paralelamente para evitar corrientes de aire, nos encontramos ante una barra semicircular.

En ella—y con decir que es del

«tipo cafetería» y sin taburetes, no hace falta más descripción—vemos a un lado una aglomeración de hombres que, codo a codo, toman su consumición. Al otro lado hay menos público, y está formado en su mayoría por mujeres. Por algún sitio que viene a partir aproximadamente la barra en dos mitades iguales, hay una división impalpable, pero infranqueable. Si uno, que es forastero y desconoce la cosa, se sitúa en la zona más despejada, en la que predominan las mujeres, y pide un café, la camarera le advertirá amablemente:

—Aquí no puedo servirle. Esta parte de la barra se reserva para señoras, o señoritas, que vengan solas o acompañadas de algún caballero. Si usted viene solo, debe pasar al otro lado.

Y señala con movimiento expresivo de la cabeza y de la mano el sector invadido por los hombres. Y uno obedece, porque el único recurso para permanecer entre las damas, según creo recordar, era heroico: pedir un helado, por ejemplo de vainilla o de fresa.

Parece que esta habilidad, este acierto de dirección, ha favorecido mucho la afluencia femenina al café Granada. He vuelto en otras ocasiones, y en alguna con el necesario y agradable salvoconducto de una compañera femenina para poder visitar el «sector occidental» de la barra. Y conste que no cuento este detalle de la barra partida con ningún propósito irónico. Conste que lo considero una solución elegante, ingeniosa y oportuna, a la convivencia de los sexos en las barras de los bares. Además defendería el hecho por otra razón: por cuanto supone una negativa a esa monótona uniformidad de las costumbres, los trajes y los gestos, que la facilidad de las comunicaciones y la tremenda fuerza expansiva de los modernos medios de difusión y propaganda, sobre todo del cine, están imponiendo en todas partes.

El segundo episodio descubre que las «niñas» granadinas—aquí las niñas son las jóvenes y las solteras, y las niñas propiamente dichas son las «niñas chiquitijas»—no se han lanzado a la vida moderna volviendo la espalda por completo a los sanos criterios de la tradición. Hoy—éste es el caso—en Granada una bolera americana en la calle de Ganivet. Se llama «Casablanca», está reducida a una barra de bar, dos pistas de bolos y un saloncito con mesas que rodean una pequeña pista de baile. El ambiente es limpio y acogedor. Suenan continuamente discos de música moderna.

Algunos «niños» juegan su partida de bolos. Algunos copan en la barra. Algunas parejas charlan en el saloncito o bailan al compás de no sé qué aventura de la luna, que «se ha quedado sola» y «sufré, sufré, sufré, llora, llora, llora». Bueno, pues hay opiniones sobre si está bien o está mal que las «niñas» vayan a la bolera. Y a veces dudan, ya en la puerta, sobre si deben, o no, entrar. Claro que la duda se resuelve, por fortuna para el dueño del establecimiento, en sentido favorable en la mayor parte de los casos.



Telares de tapices, importante industria de Granada



La artesanía de la fabricación de sombreros, cobra auge

Por último, lo del partido de baloncesto en Baza es aleccionador, y podría compendiar la conquista del deporte por la mujer granadina. Ocurrió que, hace unos años, unos equipos de baloncesto de la Sección Femenina anunciaron la celebración de un partido en Baza. El señor cura, que no debía estar bien informado sobre las características del traje deportivo que utilizan las «niñas» de la Sección Femenina, no se mostró partidario de la cosa. Y por el interés que despertó la polémica, el campo se llenó a rebosar la tarde del partido. No importa si ganaron las de Baza o si ganaron las de Granada. Importa que, rota la leyenda verde, el señor cura rectificó su postura y hoy es Asesor eclesiástico de la Sección Femenina en Baza.

¿Resumen? Que también en Granada, como en las demás provincias españolas, las mujeres saben compaginar lo que tienen de freno de seguridad a las viejas costumbres y lo que tienen de mayor libertad las nuevas.

EL TRABAJO NO HACE OLVIDAR EL HOGAR

En Granada, provincia con mucha agricultura y poca industria, en la etapa que, para contrastar el cambio de vida consideramos el «antes», la mujer a la que la necesidad obligara a trabajar tenía, en general, que tirar por alguno de estos caminos: el nunca bien ponderado servicio doméstico, las faenas del campo adecuadas a sus fuerzas—espigar, recoger la aceituna, etc.—, la noble artesanía del tul y los tejidos alpujarreños y... poco más. Porque las mujeres bien acomodadas, las hijas de familia rica y todas las que pudieran evitar el trabajo, limitaban su actividad a la fórmula, tan vaga y tan expresiva al mismo tiempo, de los padrones: «sus labores».

Hoy, en la Granada 1955, el cuadro es distinto. La mujer mira con otros ojos el trabajo. Y se va rompiendo un prejuicio. Las cifras de mujeres empleadas no son aún muy altas: en la Telefónica trabajan 100 mujeres; en el ramo de los tejidos, 80 en Granada Industrial, 55 en Pinord, 57 en Garrido, 30 en Ramón Tolon; en la fábrica de sombreros de Solares, 60; en Gracia Cuevas (modista), nueve; en el café Granada, 10, etc. Y en sus casas o a la puerta de las mismas cuando hace buen tiempo en muchas callejas del Albaicín, bordan tul unas 2.000 granalinas. Y hay 515 enfermeras y 80 practicantes del sexo débil. Y estudian, en las distintas Facultades de la Universidad de Granada, más de 600 chicas. Perdón, «niñas». Y se calcula que, aproximadamente, esta cifra era en 1945 un veinte por ciento menor.

Para satisfacción y tranquilidad de aquellos excesivamente apegados a las ideas antiguas, hay que decir que a ninguna de las mujeres trabajadoras de Granada la profesión les hace olvidar el hogar. En una reciente serie de entrevistas publicadas en «Patria», ellas han dejado bien claro este punto.

La señorita Jiménez Contreras, maestra, explica que: —La jornada del magisterio, aunque es intensa, no es tan absorbente que impida a la maes-

tra cuidar de su hogar y de sus deberes de desposada, como la mujer hogareña más cuidadosa.

La señorita López Sánchez, empleada en La Chilena, entre el comercio y el hogar, decide:

—Prefiero el segundo.

Dofia Adela Noguera, matrona y practicante, cree que:

—Por gusto, o simplemente por acrecentar los fondos económicos de la casa, no debe trabajar la mujer.

La señora de Sánchez Rivas, viuda y con dos hijos que mantener, trabaja en un telar. Pero una cosa es la necesidad y otra la teoría:

—La mujer ha nacido para el hogar.

Y la señorita Mercedes Puer-tas, bordadora de las bellas mantillas granadinas es, si cabe, más tajante:

—¿Crees que la mujer debe trabajar fuera de su casa?

—No le veo inconveniente. Pero prefiero el trabajo en la propia.

—¿Cuál debe ser la aspiración de una mujer?

—Creo que la aspiración de toda mujer debe ser llegar al casamiento.

En todas las respuestas, por lo tanto, late la misma preocupación: el hogar. De todas se deduce que ninguna trabaja por deporte, que el trabajo femenino nace al calor de la necesidad de subsistir con el estudio femenino nace de la necesidad de poder crearse, por sí solas, si el matrimonio no llega, una situación sin resultar gravosas a su propia familia.

En el movimiento que aumenta, día a día, el número de mujeres que estudian y trabajan, no cabe ver, por lo tanto, ninguna apetencia de mal entendida libertad, ningún deseo de antinatural independencia.

Al contrario. Quizá para estimar cuánto vale un hombre, ninguna mujer se encuentra en mejores condiciones que aquella que haya trabajado o hecho una carrera. Con ella nunca correrá riesgo el marido de que ignore cuánto cuesta ganar el dinero y qué duro resulta, tantas veces, el trabajo.

LA VANGUARDIA DE AQUEL MOVIMIENTO. SERIAS, FORMALES Y ALEGRES

Angel Ganivet remató su artículo «Lo eterno femenino» con



Rosalina Campos y Mercedes Valenzuela en los jardines del Generalife



Maria Luisa conduce todos los días su Buick descapotable



Guadix tiene una importante fábrica de alambros de esparto



Nuestro enviado especial examina una mantilla fabricada por las chicas de la Sección Femenina

estas palabras: «Prosaico nos parecerá que las jóvenes hagan su aprendizaje en un oficio o en una profesión, y se preparen a vivir por cuenta propia, sin esperar todo del hombre; pero hay en ese movimiento una promesa de poesía futura: la de la mujer con voluntad, con experiencia, con iniciativa, con espíritu personal, suyo, formado por su legítimo esfuerzo.»

En cuanto se refiere a las generaciones jóvenes, a las que realmente forman la verdadera masa del movimiento que presintió Ganivet, la vanguardia ha sido, en ésta y otras muchas provincias, la Sección Femenina.

Así, empezando por el deporte, su influencia ha resultado decisiva.

Las Instructoras de la Sección Femenina han conseguido, pongo por caso, que la gimnasia en los colegios de más rancia solera la hagan las «niñas» con un traje apropiado, pese a que, según la costumbre tradicional, los había donde se hacía con guantes y puños blancos. Y puede que incluso con las bandas azules y las medallas de buena conducta prendidas en el uniforme azul de falda tableada. Detalle que resume el ambiente de toda una época, a este propósito.

Y han sido también ellas, y las «niñas» de los Grupos de Educación y Descanso, las que, bien

puestas de pantalones montañeros, han conquistado, tres breve lucha contra el qué dirán, el aire puro y la alegría blanca del esquí en las pistas de Sierra Nevada.

—Adonde llegó un año—dice Merceditas Valenzuela, una buena esquiadora de la Sección Femenina—una «niña» de Almuñécar, que no había esquiado nunca, y se llevó, con gran sorpresa de todas, un premio

Y ellas, también, las que han creado en la provincia equipos de balonvolea, de baloncesto, de todos los deportes propios de las mujeres. Con decir que cuentan, incluso, en Almuñécar, playa de moda de Granada, con una Delegada, Conchita Mateos, que une a su gran calidad de nadadora la condición, último grifo deportivo, de su destreza en la pesca submarina.

Pero no toda su acción se reduce a este aspecto, ni a la extraordinaria tarea de resurrección de balles folklóricos casi perdidos. Hay más, y de importancia grande.

—Hemos hecho—relata Rosalina Camps sentada ante su mesa de Secretaria de la Sección—una gran campaña de divulgación de trabajos femeninos en el campo: curtir pieles, hacer quesos, seleccionar razas de conejos...

Hace una pausa, como dudando si decir una cosa o no. Le pregunto:

—¿Y qué? ¿Qué iba a decir?

—Sonríe y se decide:

—Que nos vendría muy bien la instalación de una Granja de Orientación Rural. Con ella, nuestra labor, en este terreno, alcanzaría una mayor eficacia, una mayor permanencia.

Tere Martos y Pili Irueste, que asisten a la entrevista, asienten. Rosalina continúa:

—Ahora estamos intentando otra cosa muy interesante: que resurja la cría del gusano de seda en el valle de Lecrín. En Timar, en el corazón de la Alpujarra, ya contamos con una eficaz colaboradora, con la maestra, que se ha comprometido a dirigir un pequeño centro de sericicultura.

Labor en el campo y labor en la ciudad. En esta talleres donde grupos de «niñas» aprenden a bordar en tul. Perfilan el dibujo, lo rellenan y lo pasan a las manos más expertas de un grupo reducido que se encarga de reparar cualquier fallo. Y que rehace, reteje, con perfección asombrosa, cualquier pequeño desgarrón de la tenue y frágil tela.

¿Cómo son las granadinas, vistas por estas tres jóvenes de Granada?

—Serias—opina Tere Martos, Regidora de Frensa.

—Retraídas, pero en el fondo alegres—según Pili Irueste.

—Formales— resume Rosalina Campos—. Dificiles de abordar. Pero luego, abiertas, simpáticas.

Me despido pensando que las tres reúnen estas cualidades.

EL EJEMPLO DE GUADIX. Y LA SOLUCIÓN DE UN CONVENTO DE CLAUSURA

Ya se ha escrito en EL ESPA-

NOL sobre el Patronato Social del Sagrado Corazón, creado por el señor obispo de Guadix. Pero sería imperdonable no volver a referirse a él en un reportaje sobre la evolución de la vida de las mujeres en Granada y su provincia.

En Guadix, y gracias a los talleres del Patronato, donde se manufactura el esparto de modo excelente, toda una generación de jóvenes chicas campesinas ha encontrado un trabajo sencillo y digno. Y con él un medio de elevar su nivel de vida, y el de sus familias, pese a los pesares del paro estacional. Y conste que los beneficios de la obra se extienden a las mujeres, casadas o solteras, viejas y jóvenes, de casi todo el pueblo, porque todas pueden trabajar, sin abandonar sus casas, en la manufactura del esparto. Este ejemplo de Guadix, del que hablaremos en otra ocasión con más detenimiento, merecería tener imitadores. No en su expresión literal, sino en su idea, en su inspiración: en cuanto supone una industria derivada de la agricultura. O lo que en el fondo viene a ser lo mismo: una multiplicación de la riqueza.

Lo que he llamado en este apartado la solución de un convento de clausura, se refiere a otras mujeres. A las que escogieron la dulce cautividad del claustro.

Al problema de la extrema pobreza en que se desenvuelven muchos conventos de clausura—aunque conviene advertir que en ocasiones se han cargado mucho las tintas—le han encontrado una curiosa solución las monjitas jerónimas de la Gran Vía de Granada: han alquilado los bajos del convento para la instalación de establecimientos comerciales. Y gracias a los alquileres que pagan los comerciantes, sigue y vive en las plantas superiores la comunidad.

He unido el ejemplo de Guadix y este caso, porque entre ambos podría establecerse, en cierto modo, una curiosa relación: en Guadix la religión—porque el Patronato es una hermosa obra religiosa—se alza sobre la industria; en la Gran Vía granadina, sobre el comercio.

CUANDO LO LLEVE PAINA

Suele pasar, por Puerta Real y Reyes, en las mañanas luminosas de Granada, al filo de la una, conduciendo un llamativo «Buick» verde descapotable. Aprovechando una parada de aparcamiento, y aprovechando también, por aquello de los perejiles, con un joven que estaba hablando con ella se despidió, me he acercado. Y he conseguido que me recibiera por la tarde en su casa, en «Villa Eduardo», en la carretera de Armilla.

Se llama María Luisa López, y es una de las pocas mujeres que conducen un coche diariamente en Granada.

—Tengo afición a los coches. Y a la mecánica. En casa, todos los hermanos sabemos conducir.

Son seis «niñas» y un varón. Y entre ellas una «niña chiquitita», de once años, a la que María Luisa me presenta:

—Esta es Paina. También puede decir que ya sabría, si pudiera hacerlo, llevar un coche.

Paina, que asiste quieta y silenciosa a la breve entrevista, protesta:

—No me llamo Paina.

—Entonces, ¿cómo te llamas?

—Inmaculada.

—Pero todos la llamamos Paina.

Me han dicho que María Luisa no solamente es una magnífica conductora de automóviles, sino que sabe también manejar un tractor. Le pregunto si es verdad. Y lo es.

¿Una niña «modernista» y extravagante? Nada de eso. Una mujercita activa y sensata que no fuma, ni entra sola en un bar, ni acepta todo lo llamado nuevo solamente porque lo sea. De otro modo: un tipo de mujer española clásica del mejor estilo. Que no hay que olvidar, y menos en Granada, que Isabel fue mujer de muchas horas de caballo, el auto de entonces. Y que Santa Teresa, como me decía en Avila el poeta Sánchez-Gadeo —«Kim» de la ciudad— fué la precursora del «aut-stop», aplicándolo a los carros de la época en sus andanzas fundacionales.

Hacen falta muchos tipos de mujeres españolas así; que vayan a misa conduciendo su propio coche y que no establezcan incompatibilidades, que no existan, entre la natación o el tenis y la buena y cristiana crianza de los hijos.

Y no parece que en este sentido vayan las cosas por mal camino.

¿Cómo va a notarse el cambio dentro de unos pocos años, cuando el automóvil descapotable lo lleve Paina por Puerta Real!

UNA PREGUNTA. — LAS QUE NO CAMBIAN

Pasan serias, en las primeras horas de la mañana, con sus misales de tapas negras, de cantos rojos y dorados, de cintas de seda multicolores. Con la filigrana bordada de sus velos de tul y la filigrana, plata y nácar, de sus rosarios.

Pasean serias, poco antes de la comida, con el gesto algo absoluto de quien acaba de dejar el trabajo, con el aire recompuesto de la ociosidad. Meriendan, algo más sonrientes, en «su parte» de barra. Y vuelven a pasear, al filo de la cena, por la acera del Casino, por Reyes...

Estudian en las Facultades, despachan en los comercios, trabajan en los talleres, acuden a los cines, suben a la sierra... Están en todas partes. Y cada día en mayor número. Gánivet, partidario de la presencia de la mujer por toda la ciudad, se alegraría mucho si viviera. Y si fuera así me habría gustado oírle responder a esta pregunta: «Don Angel, ¿cómo son las granadinas?»

No sé, por último, si las gitanas del Sacromonte pueden, o deben, contarse entre las mujeres de Granada. Sé sólo que de todas formas, no había manera de encajarlas en un reportaje de acambios, porque si cambiaran dejarían de ser gitanas

Diego JALON
(Enviado especial.)

EDUCACION FISCAL DEL CONTRIBUYENTE

por Enrique ESTEBAN

Si las instituciones que integran la arquitectura de la organización administrativa del Estado pueden adquirir forma de tranquilo reposo, las funciones múltiples que éste realiza han de estar en movimiento permanente, pues sólo así se consigue colocar un país al nivel que imprime el ritmo de los tiempos, que es un continuo renovarse y de adaptación a la asimetría propia de las alteraciones por concurrencia de fuerzas opuestas. Esta potente maquinaria evolutiva es acelerada por las calorías que desarrolla su caldera principal, la Hacienda Pública, que se alimenta, como materia de energía, por diversidad de contribuciones e impuestos. Por eso todo ciudadano debe saber lo más elemental de la administración financiera, al objeto de adquirir una clara visión de conjunto de la manera en que repercute en la sociedad cualquier acto contraventor de la legislación reguladora y los perjuicios que ello irroga al bienestar colectivo. La educación fiscal es un postulado necesario que debe estar fuertemente enraizado en lo más íntimo de la conciencia, para que sirva para encauzar y regular la aportación del individuo al fondo común y sea el mejor resorte para evitar y corregir la tendencia a la omisión o defraudación que, desgraciadamente, se manifiesta por costumbre en la inclinación arbitraria del contribuyente.

El bienestar auténtico del Estado depende de que la totalidad de sus súbditos ejerzan correctamente los derechos y cumplan con escrupulosidad los deberes, ordenada e inteligentemente, y, por tal razón, el más elemental plan educativo debe comprender, por necesidad, la enseñanza de esas manifestaciones de ciudadanía. En realidad, podemos afirmar, sin ningún género de duda, que un gran porcentaje de las personas que nos rodean ni siquiera tienen sentido del por qué de la exigencia impositiva. De esta ignorancia supina se hallan impregnadas las diferentes clases sociales, y, como es natural, en el momento que se desciende ligeramente de las categorías intelectuales elevadas la oscuridad llega a ser absoluta.

La imposibilidad evidente, física e intelectual, de que el hombre pueda, por sí mismo, completamente aislado de sus semejantes, proveer a la realización de sus fines y dar satisfacción a sus necesidades materiales y de civilización, le llevó a buscar, primero, el contacto y, más tarde, la unión con otros de similares condiciones y naturaleza, orientados en los mismos anhelos, hasta llegar a constituir un grupo homogéneo y compacto bajo la misma unidad de destino; así se alcanzó la sociedad y el Estado. Este, estrictamente considerado, no tiene más motivo de existencia que imponer un orden jurídico a la masa colectiva, constituir defensa a los ataques del exterior y dar cobertura a los deseos que no caben dentro de la órbita individual. Tal construcción natural, modelada según las costumbres, la composición étnica y religiosa, la geografía y la economía de cada pueblo, está integrada por sinnúmero de derechos y obligaciones recíprocas y contrapuestas, de tal forma que los derechos del súbdito frente al Estado se traducen en obligaciones de éste a favor de aquéllos, y viceversa. Entre los mismos no puede faltar, ni falta, como es comprensible, las obligaciones de tipo fiscal por parte del ciudadano, obligado a desprenderse de una parte de los bienes de que es propietario por el derecho impositivo del ente estatal, como contrapartida de los beneficios que obtiene al disfrutar de la utilidad producida por la Administración, servicios y obras públicas, costeados con gastos de esta índole.

Personalmente he presenciado, no hace mucho tiempo, cómo un inspector del Tributo ilustraba a cierto contribuyente por Renta respecto de las reglas más elementales que determinaban su obligación a pagar el impuesto. No se trataba de la vulgar controversia en cuanto a la cuantía de la carga y dificultad de soportarla, sino sobre la esencia y necesidad de dicha obligación, que se contrae a favor del Estado para participar en la aportación económica colectiva que sirve para atender las necesidades que se manifiestan dentro del ámbito nacio-

nal proporcionalmente a la riqueza efectiva individual.

Evidentemente vivimos en una época de confusión peligrosa. Se halla en estos últimos años en pleno apogeo lo que se denomina «guerra fría». Las grandes potencias luchan febrilmente por la hegemonía del dominio mundial, manteniendo a los países libres en estado de expectativa, que les impulsa a realizar un esfuerzo exagerado en sus economías de segunda categoría, con el doble y simultáneo lema de «cañones y mantequilla». Se trata de robustecer el rearme y, al mismo tiempo, conservar un alto nivel de vida. Las ideologías extremistas disolventes coinciden en la idea de que una nación, por rica que sea, no puede soportar indefinidamente el peso de «armarse y gozar alto nivel de vida», puesto que tarde o temprano se agotarán sus economías y el sistema tendrá que demorcanarse y de la crisis resultante surgirá, indefectiblemente, la agitación social. Como se ve, la mira está puesta en el posible desequilibrio entre gastos y recursos, en la aparición de un gigantesco déficit que derribe la estructura de este plan de gran envergadura.

Esta es la verdadera técnica de la «guerra fría», que soportan pacientemente la mayoría de las naciones con estoica resignación; pero no debemos perder de vista, por estar vivo en el ambiente, que lo que hasta ahora es «guerra fría» puede en cualquier momento, de manera rápida, convertirse en «caliente». Tal cambio de ambiente reclama para su pleno éxito, aparte de las cualidades de raza combativas, lo que se expresó en «dinero, dinero y dinero!», conclusión tajante que modernamente podemos traducir por «recursos, recursos y recursos!». Estos constituyen no sólo el medio de ganar, sino el previo de evitar. Se hace, pues, necesario e imprescindible no desligar los principios económicos y financieros y aun ideológicos imperantes en cada país de la política internacional de las grandes potencias. Es de todo punto erróneo separar dos esferas que, aun cuando tengan contenido diferente y autónomo, repercuten los actos de una en los de la otra.

Se ha de insistir con el más grave acento en la necesidad de que el ciudadano tenga amplio conocimiento de las finanzas nacionales, de sus complejos y heterogéneos problemas y de la dificultad que se ofrece a los organismos gobernantes por la carencia de recursos, a fin de contrarrestar la tendencia a la desobediencia, que se manifiesta inerte en el elevado número de contribuyentes predisuestos a la ocultación de sus bases tributarias y defraudación de las cuotas impositivas. Nadie puede desear ni tener interés en que se desencadene una guerra; se gane o se pierda, deja como estela la honda huella del dolor. Para impedirlo, el mejor procedimiento, absoluto e indispensable, es que consolidemos nuestro sistema económico y levantemos a más altura el nivel de vida.

Y nadie, absolutamente nadie, puede incurrir en el error de atribuir la defraudación a la falta de patriotismo, ya que la realidad demuestra, por lo que se refiere al pueblo español, que el patriotismo está arraigado con exceso en lo más sustancial e íntimo de cada ser. Lo que de verdad ocurre es que dentro de este hermético concepto no comprenden los deberes fiscales, sino que los consideran como algo ajeno e independiente. No es posible hallar persona alguna, en su cabal juicio, que tenga la ocurrencia de presumir de un acto de cobardía, ni tan siquiera de pasividad frente al enemigo, por fuerte que éste sea, pues ello, por el contrario, producirá desentonante vergüenza. Pero jactarse de no pagar correctamente las gabelas es bastante corriente y hasta muchos lo hacen como alarde de mérito personal, porque, en vez de encontrar repulsa unánime a esta actitud por parte de los demás contribuyentes, el eco que dejan oír los mismos es de elogio, cuando en otros países más disciplinados en este aspecto, el mero hecho de la defraudación es visto con singular desagrado o desprecio y merece el anatema de la sociedad. Se trata de una clara deformación del sentido de

la ética de ciudadanía, que engendró el estado psicológico de las masas de concebir con inteligencia despierta a los amoraes con la Hacienda, que de buscar tipo similar en materia delictiva tendríamos que encuadrarlos, aun cuando sea dura la frase, en lo más parecido a vulgares estafadores. Tal contradicción, por el daño que origina, ha de corregirse rápidamente.

El poderoso resorte de que suele valerse el Estado para una mayor recaudación fué expuesto con detalle en mi artículo «La Inspección del Tributo», publicado en el número 247 de este mismo semanario, y en él sugeríamos la confianza como elemento de capital eficacia, en la actuación educativa y firme de los inspectores de Hacienda. La tarea de los mismos puede considerarse en un doble aspecto: como orientadora del contribuyente en sus deberes fiscales y como acción de policía para perseguir las contravenciones en cualquier lugar y momento que se realice. Consiste la última en impedir la defraudación, con todo rigor cuando la mala fe es bien notoria, para evitar se llegue a desvirtuar la regularidad de la Hacienda y el bienestar de los ciudadanos. Corregir las infracciones y dar a las fuentes impositivas su verdadero caudal es procurar satisfacer el ansia de justicia por la ponderada redistribución de la riqueza entre las diferentes clases sociales.

Gastar, desde el punto de vista del Estado, no significa lo que en el lenguaje corriente es consumir, sino más bien distribuir. La masa de los gastos se condensa ordinariamente en sueldos y jornales, que proporcionan capacidad adquisitiva; en materiales y productos, que canalizan a las empresas industriales y comerciales, y en instalaciones, por actuación capitalizadora, que sirven para favorecer intensamente el desarrollo económico del país. Incluso la porción de gastos que se desvían para exigencias de la Deuda Pública, amortización e intereses, crean ingresos en una gran masa de

pequeños capitalistas, que vuelven a utilizarse en materias de consumo o en nuevas colocaciones mobiliarias, dando así grosor al movimiento de los negocios y facilidad de absorción y empleo en el mercado de capitales.

Es, por tanto, esencial que el individuo adquiere el conocimiento absoluto del beneficio que reporta a la colectividad con el fiel y exacto cumplimiento de sus obligaciones fiscales, para alcanzar con este comportamiento la paz tan deseada, que bien merece la aportación prudencial a las arcas del Tesoro. Conozco algunos casos, cuyas personas he de silenciar para que no se considere alarde de propaganda lo que es caso íntimo de conciencia, en que fueron declarados espontáneamente a la Hacienda la totalidad de los ingresos profesionales obtenidos durante el año, que originaron liquidaciones por contribución sobre la renta cuantiosas, hasta de la tercera parte de su base. Estos hechos, dignos de publicidad, son francamente meritorios y deben tener constantes imitadores. Pero lo cierto es que estos honrados contribuyentes, que tanto nos entusiasman, se limitan exclusivamente a cumplir con sus deberes fiscales, y por eso, de ser el caso corriente, no debiera causarnos asombro.

Sin ningún género de dudas, la educación fiscal del contribuyente es la mejor reforma que puede implantar el Ministerio de Hacienda, indiscutiblemente la más efectiva y más ejemplar, capaz de procurar por cosecha propia los medios económicos tan deseados. Y téngase presente que cualquier otro plan o iniciativa de modificación tributaria corre el peligro de empeorar la situación del contribuyente de buena fe al gravarle con mayor intensidad. La distribución equitativa de la carga impositiva bien puede obtenerse por el primer procedimiento, y sólo cuando la medida del sacrificio individual responda a la realidad cierta, es llegado el momento de iniciar retoques o dar cima a variaciones hondas del sistema establecido.

Mañana será otro día

CIVILIZACION CENTRICA Y CIVILIZACION SUBURBIAL

UN libro de versos que ha obtenido para su autor el Premio Nacional de Poesía de este año es el de Rafael Morales «Canciones del suburbio». Un libro de prosas digno de algún premio, «El trapecio de Dios», de Jorge Ferrer-Vidal, es también un libro sobre el suburbio, una novela, en concreto, del suburbio.

La literatura sobre este tema (refiriéndonos a la buena literatura, no a la otra, que ya abundaba) viene enriqueciéndose últimamente.

«El trapecio de Dios», novela que se desarrolla en el suburbio barcelonés, es la primera obra de un muchacho de veinticinco años. El joven autor es abogado, no metalúrgico. Y el libro no es, en forma alguna, una perorata de acento limosnero, ni una proclama de acento panfletario; nada de Arconada y «los pobres contra los ricos», nada tampoco de privarse del cine un domingo cada trimestre y destinar el importe de la localidad a los pobrecitos de las chabolas.

En «El trapecio de Dios» y en su estilo—en una especie de solemnidad harapienta que hay en su estilo—está la verdad de una civilización suburbial que no es la civilización céntrica, ni una cosa al margen de la civilización céntrica, ni, muchísimo menos, una especie de mal vecino que espera de la civilización céntrica su remedio.

Una de las revistas de más buena lectura que se publican hoy, «El ciervo», de Barcelona, recordaba hace poco a una de esas Juntas de Damas para el Mejoramiento Material y Moral de la Clase Obrera anunciando que ac-

ba de constituirse, o se iba a constituir, una Junta Obrera para el Mejoramiento Moral de la Clase Aristocrática.

Algo de esto hay en «El trapecio de Dios», sólo que no en forma de artículo, ni de catilinaria, ni de exhortación devota, sino en forma de novela, y de una novela cruda—en modo alguno apta para menores—, crudísima, realmente «tremendista». Figúrense ustedes convertido en costumbre aquello de echar coñac al muerto, durante el velatorio, para que el olor moleste menos a los circunstantes. Figúrense ustedes si llegara a acostumbrarse sentir como Ramón, que había estafado 300 pesetas, las cuales le hacían rico y feliz porque eran «300 buenas pesetas, ganadas sin trabajar; eran, por tanto, unas pesetas puras, llenas de inocencia y de candor».

Pero en estas costumbres, según en «El trapecio de Dios» se ve, sigue Dios presente, como una pálida llamita algunas veces—en el estafador Andrés—, como un tranvía otras veces—en el estafador Antonio—, como el mar otras veces—en el tercer estafa-

dor, el gordo y bobo Ramón.

Esto es lo más importante que esta novela me insinúa. Si llega a edificarse toda una cultura y toda una potencia mundial sobre el suburbio, y quizá se haya edificado ya, Dios también estará allí. Si existe entre nosotros, y quizá ya existe, eso que he llamado una civilización suburbial, distinta de la civilización céntrica, Dios también está en ella. Y lo que quedaría por averiguar es si, en el caso de que Dios no esté en los suburbios, serán los hombres del centro los que lo pueden llevar.

Porque para eso sería necesario que los hombres del centro vieran a Dios. Y, a lo mejor, no es así. A lo mejor, leyendo algunos y determinados documentos, podemos llegar a la convicción de que los hombres de la civilización céntrica tienen a Dios. Pero, leyendo el Evangelio, llegamos a una conclusión muy diferente.

Quizá resulte que es el suburbio quien ha de traer Dios al centro. Quizá resulte que los de «El Ciervo» llevan razón. Quizá resulte que el autor de «El trapecio de Dios» lleva razón en toda su crudeza, en toda su harapienta mistejad, en la inmensa y varonil ternura de sus páginas.

(Llamado a dar mi respuesta a lo que aquí queda sólo aludido, sólo planteado, sólo discretamente esquematizado, diría: «Ni el centro ni el suburbio: la ciudad. Ni la masa céntrica, derechista y atea, ni la masa suburbial, izquierdista y atea, sino la masa de los hermanos, hijos de Dios.»)

Que para eso hace falta la revolución ya lo sé.

Luis PONCE DE LEON

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.

EL HOMBRE QUE PRETENDIO "RAPTAR"

AL SULTAN DE MARRUECOS

EDDIE CHAPMAN, AVENTURERO DEL SIGLO

Por Fernando P. de CAMBRA
(Desde Francia, especial para EL ESPAÑOL.)



Eddie Chapman, fotografiado en la popa del «Flamingo». A un periodista que le preguntó el motivo de su crucero, contestó: «No lo puedo decir. Si usted lo publicara en su periódico, me vería asediado por centenares de zagales. No trafico en drogas ni vendo armas, como abdan diciendo por ahí...»

FANTASTICOS CONTRATOS DE TRABAJO - ESPIA Y SABOTEADOR

A las catorce horas y treinta minutos, el «Pájaro Azul» me deposita sobre el andén de la «Gare du Nord» parisina. Aclaremos que el «Oiseau Bleu» es un tren rápido que cubre cada día los quinientos cincuenta kilómetros que separan Amsterdam de la capital francesa. Siete horas de ferrocarril (aun cuando sean en lujoso pullman inter-europeo) y tres fronteras, sobre todo en día festivo, son capaces de malhumorar al más pintado. Tal vez por eso mismo me hace el efecto de que soy un bulbo más entre los muchos que transportan los viajeros. París me recibe con un cielo preñado de chubascos, llovizneo y el barrizal de sus calles enlodadas. Un taxi me conduce hacia el habitual hotel del boulevard Hausmann. Y tan pronto como me hallo entre las cuatro paredes de la habitación anónima, se presenta el interesante de cómo rematar el día.

—¿Quiere que le reserve una mesa en el «Moulin»?—ofrece obsequioso el conserje del albergue, con la sonrisa interesada de quien lleva un tanto por ciento en los «envíos». Será difícil, porque hay muchos forasteros, pero puedo conseguírsela...

Todas las «boites» del mundo se parecen como gotas de agua. Cambiará el nombre y la ortografía, pero con monótona semejanza, en todas sirven idénticas bebidas, entonan las mismas canciones y presentan semejante nota astronómica a la hora de saldar la cuenta. Sin embargo, esta vez lo daré todo por bien empleado. Las rutas del periodismo trashumante se hallan empedradas de imprevistos. Y en ese cabaret, mientras cierto «chansonnier» pelirizado canta «La petite folie», alternando con «Papá n'a pas voulu» de una rubia «vedette», he

topado con uno de los aventureros de más fuste y pintoresquismo que registra la primera mitad del siglo XX.

No es cosa de hacer más largo el prólogo, porque, en tal caso, la historia resultaría excesivamente dilatada. Silenciaré, pues, las incidencias que me permitieron conocerlo, entre muchas razones, porque no merecen consignarse. Baste afirmar que desde hace años poseo manifiesta facilidad para entablar relación con cualquier vecino de mesa. En la presente ocasión no me arrepiento de tal debilidad. Porque ello me permite escribir cuanto a continuación viene.

UN LADRON PROFESIONAL

Desde tiempo inmemorial, las islas normandas del canal de la Mancha pertenecen a la Corona británica. Jersey, famosa por haber servido de exilio a Victor Hugo, es una de ellas. Allí desembarcó clandestinamente, en cierta mañana de junio y 1939, cierto individuo que usaba nombre apócrifo al inscribirse en el registro del hotel de la Plage. Su discreción, idas y venidas, añadidos a los papeles nada claros, pusieron sobre aviso a la Policía. Todos sabemos que Scotland Yard es un organismo eficiente y de solera. Por eso nadie extrañará que, al cabo de pocas horas, quedase identificado como el auténtico Eddie Chapman, ladrón profesional, reventador de cajas fuertes, chantajista y desertor, por más señas. Tampoco nos parecerá raro que a la vuelta de pocas horas cambiase su aposento en el hotel por otro menos confortable en la cárcel de Saint Helier.

Es evidente que, de no haberse producido acontecimientos tan sonados como la declaración de

guerra, nuestro hombre hubiera sido trasladado a las Islas Británicas, para responder de sus incontables fechorías. Las hostilidades le dejaron semolvidado en su celda carcelaria. Así permaneció doce meses largos. Después se inició la «blitz krieg». Los «parzer» invadieron Francia. Tropas germanas ocuparon las islas anglonormandas, sin olvidar Jersey. Y la bandera roja, con su cruz gamada, reemplazó el emblema de San Jorge.

Una mañana el general von Stülpnagel, gobernador militar de la isla, se vió sorprendido por cierta petición insólita. Uno de los presos comunes, encarcelado en Saint Helier, solicitaba como favor especial ingresar en los servicios de espionaje nazi. «Tengo una vieja cuenta que saldará con Inglaterra»—afirmaba en su escrito—, y para mí sería un verdadero placer trabajar contra mi país para vengarme de la persecución de que he sido objeto.»

Por regla general, los servicios de espionaje gustan poco de tal clase de sujetos. Nada más peligroso e inseguro que el individuo dispuesto a la traición contra su patria; quien traiciona una vez, traicionará siempre. Ahora bien, como en el presente caso se trataba de un inglés, y los sujetos de Su Graciosa Majestad Británica rara vez se ponen al servicio de extranjeros, von Stülpnagel tuvo curiosidad de conocerlo. El preso hablaba un alemán mediocre, pero lo suficiente para explicarse. Ratificó sus primeras manifestaciones. Dijo que conocía Inglaterra como la palma de la mano. Añadió sus muchas relaciones entre los bajos fondos londinenses. Y para remachar el clavo tuvo una ocurrencia genial, afirmando con el mayor aplomo:

—Es evidente que no estoy dis-



Reciente fotografía de Chapman, paseando por las calles de Londres (julio 1954)

puesto a trabajar gratis. Tendrán que pagarme bien, puesto que mis servicios han de ser muy útiles.

Probablemente, si hubiese dicho lo contrario, el general alemán no le hubiera hecho el menor caso. Reflexionó pocos minutos y dijo:

—Tal vez podamos emplearlo en labor de sabotaje. De todas formas, esto no es de mi incumbencia. Lo pondré en conocimiento del servicio competente, y ya veremos...

Dos semanas más tarde, Eddie Chapman era transferido al fuerte de Romainville. Allí empezaron los interrogatorios. Reiteró múltiples veces su odio contra Inglaterra y la justicia que le había condenado. Tuvo la necesaria habilidad para poner en evidencia sus múltiples condenas y dejar ver que si Scotland Yard le echaba el guante pasaría largos años en Dartmoor. Además, que su único objetivo era el de hacer fortuna.

CHAPMAN DEJA DE EXISTIR OFICIALMENTE

Los negocios de espionaje van por sus pasos contados; todas las precauciones son pocas antes de enrolar a cualquier nuevo recluta. Por medio de su servicio de información, Berlín comprobó los decires de Chapman, que se revelaron auténticos. Entonces se decidieron a emplearlo. Entonces, Prensa y radio anunció su muerte, informando «que había sido

ejecutado por supuestas fechorías». De esta manera dejó de existir oficialmente el súbdito británico Eddie Chapman, para convertirse en el ciudadano alemán Fritz Graumann.

Pero, llegados a este punto, abandonemos la relación árida para ceder la palabra al propio interesado.

—En abril de 1942—ha contado el mismo Chapman—llegué a Nantes con una documentación en regla a nombre de Fritz Graumann. Me condujeron hasta un pequeño castillo situado en las cercanías de la ciudad. Era un lugar magnífico para disfrutar vacaciones. Jardín, porque, flores, sol y aire libre. Tras dos años largos de encierro, aquello me pareció un paraíso. Disponíamos de salones con sofás confortables, radio, cine, whisky a discreción y habitaciones con sala de baño. ¡Jamás había vivido tan a gusto! Lo único que me fastidiaba eran los compañeros; unos veinte de diversas nacionalidades. Aun cuando oficialmente todos éramos alemanes. Nunca pude averiguar sus nombres verdaderos ni lugares de procedencia, como tampoco conocieron el mío...

APRENDIZ DE ESPÍA

Los alemanes son gente metódica, y la existencia diaria en esta escuela de espionaje está organizada como en cualquier otra Universidad germana. Todo se

halla bajo la autoridad suprema del director, barón Stéphane von Grunen. Por la mañana, despertar, ducha y desayuno. Después empiezan las «clases». Un profesor berlinés, Mauricio Schmidt, enseña «Morse». Otro, Herbert Wosch, está encargado del arte difícilísimo del sabotaje. A continuación vienen idiomas, gimnasia, natación y paracaidismo. Por la tarde, a continuación del almuerzo, es necesario aprender a cifrar, escribir con tinta simpática, nociones de radio, etc., etcétera. Luego, la hora del té, en el salón central, donde se charra por los codos y organizan honestas partidas de «bridge», ajedrez o billar, en las que, naturalmente, está prohibido hacer trampas.

Se come bien en el castillo, pese a las restricciones que sufre la «dulce Francia». Abundan carnes, pescado, caza y golosinas. El coñac es excelente y tampoco faltan buenos cigarrillos ni tabaco de pipa para los aficionados a la «cachimba». Incluso, los sábados, permite el director que sus «alumnos» echen una canita al aire en la vecina ciudad de Nantes. Y cierra los ojos cuando regresan cantando a voz en grito, entre eructos de alcohol mal digerido.

Desde las primeras lecciones, el apócrifo Fritz Graumann se revela como un discípulo privilegiado. En menos que canta un gallo aprende a leer y transmitir los mensajes en «Morse». También la manera eficaz de fabricar explosivos, capaces de hacer descarrillar trenes o destruir edificios, con ingredientes que pueden adquirirse en cualquier honesta droguería. El arte de cifrar o descifrar en clave es todavía más sencillo. Y la manera de transmitir los mensajes ha sido estudiada con tanta perfección que un niño podría emplearlas con éxito.

Pero todo tiene un fin en este bajo mundo, y la cómoda existencia de la escuela llega a su final con los exámenes de fin de curso, que coinciden también con las vacaciones del verano. El 30 de octubre de 1942, exactamente, el barón Stéphane von Grunen convoca a Chapman en su despacho y le manifiesta, sobre poco más o menos, lo siguiente:

—Graumann, su instrucción teórica ha terminado. Debo felicitarle por la rapidez con que aprendió cuanto pudimos enseñarle. Ahora ha llegado el instante de ponerlo en práctica. El «jefe» (léase almirante Canarias) ha decidido que será usted lanzado en paracaídas sobre un lugar de Gran Bretaña para llevar a cabo misiones de información y sabotaje. Antes tendrá usted que firmar un contrato con nosotros. Aquí lo tiene. Léalo bien con detenimiento. Y percátese de la responsabilidad que adquiere, una vez estampada su firma. Recuerde, además, que jamás perdonamos a quienes nos traicionan.

UN CONTRATO DE «TRA-BAJO»

—Me encerré en mi habitación para leer con sumo cuidado los papeles que me había entregado von Grunen. Primero venían las instrucciones correspondientes a la misión que me confiaban. Debía informar al alto mando ale-

"TODO ESTA BIEN"

Este es el título del poema de José María Souvirón, firmado en Fátima, que se publica en el número 36 de

POESIA ESPAÑOLA

También encontrará en sus páginas el

"POEMA DE LA HIJA MONJA"

de Francisco Javier Martín Abril

mán sobre los movimientos de tropas inglesas. Después, las entradas y salidas de barcos. A continuación, el número y emplazamiento de las baterías antiaéreas que defendían Londres. Y especialmente, mi labor esencial consistía en dinamitar las factorías De Havilland, donde se fabricaban entonces los aviones «Mosquito», que tantas preocupaciones deben a la Luftwaffe.

«El abajo firmante—explicaba una de las cláusulas—recibirá la cantidad de 100.000 marcos o, si lo prefiere, su contravalor en divisas inglesas, al cambio de una libra inglesa por cada diez marcos, es decir, diez mil libras esterlinas, para atender a sus primeros gastos de misión».

—Esto me hizo sonreír con satisfacción—dice Chapman—. Nunca, en el curso de mi vida, había conseguido ver una suma tan considerable reunida. Cien mil marcos de entonces representaban tanto como cincuenta mil dólares de ahora. En cambio, el final resultaba menos halagüeño; el maldito Von Gruenen había escrito lo siguiente:

«En caso de faltar a este contrato, el llamado Fritz Graumann será pasado por las armas.»

Después de breve vacilación firmé con mi nombre apócrifo. La suerte estaba echada y no cabía dar marcha atrás.

UNA AMPOLLA DE VENENO

En diciembre de 1942, Eddie Chapman, «alias» Fritz Graumann, abandona las orillas del Loira y el risueño castillo de Nantes para trasladarse a París. Va en compañía del propio Von Gruenen. Apenas llegado a la capital, le condujeron al hotel Georges V, sede del Alto Mando militar alemán de ocupación. Le recibe el mismísimo general Von Runstedt en persona.

—Heil Hitler, mi general—dice Von Gruenen cuadrándose ante su superior jerárquico—. Este es el hombre que vamos a lanzar en paracaídas para llevar a cabo la misión estudiada por el Estado Mayor.

Von Runstedt da comienzo a una especie de nuevo interrogatorio. Más que otra cosa, pretende indagar el espíritu y capacidades del nuevo recluta. Le habla en alemán y, a continuación, en correcto inglés. Hace varias preguntas relacionadas con la topografía de Londres, armamentos y forma de comunicaciones. A la postre, y al parecer satisfecho, firma el permiso, despidiendo a los visitantes con un signo amistoso.

A la mañana siguiente, Chapman abandona el traje que había llevado hasta entonces, vistiéndose con otro que le tienen preparado. Es género inglés, con la marca de sastres británicos, e incluso la ropa interior aparece fabricada en Manchester. Encima endosa otro de aviador. A continuación se trasladan al aeródromo de Le Bourget. Antes de subir al aparato que debe llevarlo hacia su nuevo destino, Von Gruenen le entrega un fajo de billetes y una pequeña ampolla de cristal, al tiempo que le dice en voz baja:

—En caso de que lleguen a des-



Al otro lado del canal de la Mancha se presenta así la tierra inglesa. En un lugar secreto descendió de un «Junker» Chapman, paracaidista al servicio de los enemigos de su patria

cubrirlo, tómese «éstos»; mejor es terminar en seguida que exponerse a los interrogatorios. Buena suerte, y hasta la vista.

EN PARACAIDAS SOBRE INGLATERRA

Ahora, el «Junker» que transporta a Eddie Chapman ha salvado el canal de la Mancha y vuela sobre Gran Bretaña. Pilotos y ayudantes parecen mudos; nadie le dirige la palabra. Vuelan a la máxima altura que permite el aparato, entre la cerrazón de un cielo preñado de nubarrones. La noche está oscura como boca de lobo. Tal vez consigam pasar sin ser descubiertos por los cazas británicos, o por las barreras antiaéreas.

La orden de lanzarse. Abren la portezuela y Chapman da un salto en el vacío. Minutos más tarde aterrizan en un campo labrado. Se despoja del traje y correas del paracaídas, enterrándolos en una zanja. Después, con el pequeño maletín en la mano, empieza a caminar buscando la carretera, que le indicaron sobre el plano. La estación de Littleport está cerca, y de otra parte el terreno familiar. A primeras horas de la mañana, el tren correo lo deposita en la estación de Londres. La primera parte de la misión está cumplida. E inclu-



Marineros alemanes interrogan a un «boy» en una de las islas del canal de la Mancha perdidas por los ingleses

so, como se verá luego, es muy posible que esta primera parte haya sido la más peligrosa del programa.

Una vista de la bahía de Tánger. Allí estaba el «Flamingo» con su tripulación de aventureros



A fines de 1942, la capital británica soportaba pacientemente los constantes «raids» de la Luftwaffe. Incendios y destrucciones eran moneda corriente y las fuerzas policíacas tenían otra labor más urgente que perseguir malhechores entre las callejuelas del Soho. No obstante, el flamante Fritz Graumann había tomado sus precauciones. O mejor dicho, las adoptó el servicio de espionaje germano, entregándole una documentación en regla bajo el nombre harto socorrido de James Smith. Con esto y buenas libras, Chapman se instala en un modesto hotelito de infimo orden, para no despertar sospechas, y en seguida trata de ponerse al habla con sus antiguos compadres de truhanería.

Recordemos que Eddie Chapman posee una hoja de antecedentes penales bien repleta. Esto le proporciona manifiesta popularidad entre sus viejos compinches. Muchos han desaparecido, alistados en el Ejército. Otros viven como el diablo les da a entender. El arribo de Eddie Chapman constituye un evento. Creen que prepara algún golpe de los suyos, y especialmente les maravilla que pudiera haber pasado por muerto, cuando aun está vivo y coleando. Inútil añadir que todos están dispuestos a la aventura y al reparto del presunto botín.

VOLADURA DE LAS FÁBRICAS DE HAVILLAND

Sin embargo, a pesar de la satisfacción que le produce pasear de nuevo por su viejo Londres, Chapman no olvida las rozanas de su viaje. Tres veces por semana pone en marcha su pequeño aparato emisor de radiofonía, comunicando informaciones más o menos interesantes a sus amigos del continente. Además, anuncia halagüeñas esperanzas de éxito para el «golpe» principal que le han encomendado.

El único amigo que le ofrece cierta confianza se llama Freddie, y con él realiza varias excursiones por los alrededores de las factorías De Havilland, donde se

A los pies de la Medina, el puerto interior de Tánger, refugio de barcos preparados para las más fabulosas aventuras

fabrican en serie los molestos «Mosquitos» que tantas preocupaciones dan al mando alemán. Estudia el ritmo de entradas y salidas del personal, hora de relevos y turnos de noche. Incluso una noche osan introducirse en la fábrica escalando los muros. Después visitan un polvorín cercano a Londres, que aparece notoriamente poco vigilado. Freddie conoce el lugar y no le es difícil apoderarse de veinte kilos de explosivos. Lo restante resulta coser y cantar. Merced a las lecciones aprendidas en Nantes, montan un mecanismo de relojería, colocándolo en los transformadores de la fábrica. Minutos después, una detonación ensordece el espacio. Una de las alas del edificio ha saltado.

Los dos cómplices regresan a Londres sin esterbos. Y aquella misma noche, Chapman comunica por radio a sus jefes que la misión está cumplida,

DOBLE JUEGO PELIGROSO

Al lector le parecerá muy fácil cuanto llevo relatado, como a mí se me antojó cuando me lo contaron. Y, en efecto, lo era. Incluso demasiado sencillo para quien no estuviese al corriente de las interioridades del asunto.

La verdad es que Eddie Chapman, lejos de ser un traidor, resultaba un honesto patriota. El antiguo reventador de cajas fuertes había sentido despertarse la fibra patriótica. Era una forma, como otra cualquiera, de pagar viejas culpas, borrando el pasado de fechorías. Tan pronto como aterrizó cerca de Littleport, en lugar de encaminarse al Soho, se había puesto en contacto con el Intelligence Service. Allí explicó, sin olvidar detalle, cuanto le había acaecido. Supongo que lo más extraordinario del caso residió en que le creyeran. Conseguido esto, el Intelligence Service montó con el máximo cuidado un «bluff» gigantesco destinado a engañar a los germanos. Por de pronto proporcionaron a Chapman informaciones secundarias que éste transmitía fielmente. Y, para remachar el clavo, incluso llegaron a volar una parte de las fábricas De Havilland, con anterioridad, habían sido vaciadas de maquinaria y utensilios. La Luftf-

we comprobó esta destrucción, y a partir de tal fecha cesaron los ataques aéreos, con lo cual los «Mosquitos» pudieron continuar saliendo puntualmente de su cadena de montaje.

Después de esta hazaña sensacional, el Servicio alemán ordenó a su agente que regresara al continente.

Apenas llegado a París reclamó la prima de 10.000 libras ofrecida, que le fué pagada sin regateos. Incluso le concedieron la Cruz de Hierro. Después llevó a cabo otras misiones en Noruega, terminadas las cuales pasó a Berlín, donde quería conocer el propio almirante Canaris. Le propusieron volver a Gran Bretaña y aceptó complacido, exigiendo la friolera de 500.000 marcos. Esta segunda parte de sus aventuras resultó trivial. Se había producido el desembarco de Normandía, muchas ciudades alemanas sufrían los bombardeos aliados y los servicios andaban desorganizados. Chapman fué espaciando sus comunicaciones, cada vez más anodinas, y a la postre dejó de emitir. Así llegó el fin de la guerra. Se pudo revelar entonces parte de la verdad y proclamar a los cuatro vientos que «Eddie Chapman era el súbdito británico que había servido a su país con máximo valor y espíritu de sacrificio».

Chapman ha tenido su biógrafo en la persona del escritor inglés Frank Owen. No creo que esto le haya producido gran satisfacción, porque toda esta fauna de aventureros prefiere el incógnito, que deja en la penumbra los caminos que conducen hacia la aventura. Por lo menos tal afirma con una modestia que muy bien pudiera ser falsa.

UNA MULTA DE 75 LIBRAS ESTERLINAS

En buena ley, las aventuras de Eddie Chapman debieron finiquitarse con la guerra. Pero es un hombre inquieto que detesta el aburguesamiento. Y un detalle, a primera vista anecdótico, debía servir de prólogo a esta segunda parte inesperada.

A fines de 1946, el antiguo ladrón de cajas fuertes compareció ante los Tribunales de Londres y fué condenado a pagar una multa de 75 libras esterlinas. ¿Razones? Contra lo que algún malicioso pudiera imaginar, no se trataba de ningún delito común. Simplemente estaba acusado de «divulgar por medio de la Prensa detalles relativos a sus hazañas que interesaban directamente a la defensa del país». Eddie Chapman pagó a tocateja y en seguida abandonó Inglaterra. Viajó por Francia, Suiza e Italia. Desde Deauville a San Remo fué cliente asiduo de esos lugares donde la diosa fortuna vacía concienzudamente los bolsillos del incauto. No es que Chapman lo sea, pero sentía un loco afán de divertirse. Y llegó un instante en que las libras ganadas con pocos escrúpulos quedaron volatilizadas. Ese día se trasladó a Tánger para tentar de nuevo la suerte.

EN EL PARAISO DE LOS CONTRABANDISTAS

Hubo una época no muy lej-



na (que abarca todo el quinquenio subsiguiente a la terminación de la última guerra) en que Tánger, «la Blanca», era un verdadero paraíso para los contrabandistas de tabaco. Chapman, cuando paseaba por el Zoco Chico, iba en busca de una parte en el «negocio». Pero había llegado en la época de las vacas flacas. Los tiempos en que dos alijos permitían acumular una fortunita pasaron para no volver. Sin embargo, su espíritu aventurero le llevó a tentar la suerte. Varios compinches poseían cierta embarcación llamada «Flamingo». Se asoció con ellos. Incluso realizaron varios viajes a la Costa Azul francesa. Entonces se dió cuenta de que el negocio no rendía lo esperado. Y tras varias estadias excesivamente prolongadas en el atracadero de Tánger, su inventiva le condujo a montar de pies a cabeza otros «bluff» semejante al de 1942. Pero como el relato de segunda mano perdería atractivo, vamos a escuchar lo que cuenta Chapman.

UN PLAN PARA LIBERAR AL SULTAN MULEY YUSEF

«La zona del Marruecos francés andaba algo revuelta desde que el general Guillaume había destituido al legítimo Sultán, Muley Yusef, para reemplazarlo por Muley Arafa. El primero, después de una corta estancia en Córcega, había sido trasladado a Madagascar. Nunca me ha gustado la política extranjera; pero tanto me hablaron en Tánger que, a fin de cuentas, pensé que sería un buen asunto «rapar» al Sultán desterrado para devolvérselo a sus fieles súbditos.

Con otros compañeros nos pusimos al habla con ciertos individuos que vivían en Tánger y se declaran representantes del Sultán. Mi idea les pareció buena, pero ellos no podían decidir. Fué indispensable trasladarse a Egipto. Nuevas conferencias con el «Comité de liberación». Estudiaron el asunto. Pedían detalles que no tuvimos ningún inconveniente en proporcionar, pues habíamos preparado el plan minuciosamente.

—¿No le parece que Eddie Chapman y su compañero eran un poco imprudentes al revelar esos planes?—interrumpo.

—Mi interlocutor se encoge de hombros y sonríe mientras dice:

—Hemos tratado con gente más suspicaz que estos marroquíes. Sobre todo con los alemanes. Además recuerde que en asuntos de esta índole, que escapan a toda legalidad, únicamente cabe la «buena fe». Damos una palabra y la cumplimos... ¿menos que surja algún imponderable. De otra forma no habría «negocio» posible.

Chapman había estudiado a conciencia lo que se proponía. El «Flamingo», con su tripulación de aventureros, debía zarpar para un «crucero de placer». Por lo menos, tal debía ser su objetivo oficial. Después de cruzar el Mediterráneo atravesaría el canal de Suez para desembocar en el mar Rojo, y una vez salvado el estrecho de Bab-el-Mandeb, entrarían por el Océano Indico. No



Fotografía poco divulgada del Sultán depuesto en su exilio de Madagascar, de donde Chapman pretendía raptarlo. Muley Yusef, adormecido, escucha la radio después del almuerzo

convenía arriba, directamente a Madagascar ni a la Reunión, sino a cualquier otro puerto de Mozambique. Llegado a este punto, Chapman se trasladaría a Madagascar para examinar sobre el terreno la conducta a seguir. Tal vez fuera necesario obtener cómplices en la isla, pero esto siempre resulta fácil cuando se dispone de buenas divisas «fuertes».

El «raptor» del Sultán podía tropezar con resistencia de la guardia francesa, pero esto no constituía ningún obstáculo serio para los raptadores por cuanto ellos sabían ir bien armados. Una vez en la costa embarcarían en el «Flamingo», que debía esperarles cruzando a pocas millas. Y en seguida, rumbo a Egipto o donde se les ordenase.

La proposición de Chapman tenía cierta apariencia de verosimilitud. Faltaba un detalle importante, el más importante para este tipo de aventureros.

—¿Cuánto quieren ustedes cobrar por esta misión?

—Cien mil libras esterlinas—contestó Chapman sin pestañear.

La cifra parece fabulosa: casi doce millones de pesetas. Los árabes volvieron a su conciliabulo para decir después:

—Tenemos que estudiarlo. Dentro de cuarenta y ocho horas daremos nuestra contestación.

VIAJE A MARRUECOS

Tres días más tarde. Chapman y su socio volaban con destino a Tánger, de acuerdo con las instrucciones recibidas por las gentes de El Cairo. Nueva espera de una semana, al cabo de la cual cruzaron la frontera con destino a la zona francesa. No me aclaran si la meta era Fez o Marrakech y comprendo la discreción.

—Nos recibieron en un palacio indígena. Había diez hombres reunidos. Cuatro, de avanzada edad. Allí tuvimos que repetir hasta el último detalle de nuestro plan, expuesto antes en Egipto. Tampoco parecieron asustarse por la cifra exigida—afirma mi interlocutor—. Dieron su acuerdo, pero con una salvedad: diez mil libras en el acto y el resto cuando el Sultán Muley Yusef desembarcara en Egipto. sano y salvo desde luego.

—¿Aceptaron?

—No había otro remedio. Vuelvo a repetirle que en esta clase de negocios hay que confiar en la «palabra de honor».

—¿Cómo terminó?

—Mal, por desgracia. Cuando ya habíamos encontrado un oficial «nautico» que se hiciera cargo del mando del «Flamingo», nuestro barco se incendió, como ya sabe. Está medio destruido y no hay forma de hallar otro.

—¿Y las 10.000 libras?

Mi compañero de unas horas se encoge de hombros y cambia de conversación:

—¿No le parece que ya es hora de retirarse? Son las dos de la madrugada; esto me parece algo aburrido, e incluso los camareros nos miran bostezando...

POR QUE SE INCENDIO EL «FLAMINGO»

Cuarenta y ocho horas más tarde, el «Mistra» me lleva, a 125 kilómetros por hora, hacia Marsella y la Costa Azul. En buena ley, debí tomar el rápido que parte de la «Gare de Austerlitz», hacia Toulouse y Cerbere, pero he tenido la humareda de visitar Toulon y Cannes. En realidad, lo que deseo averiguar es cómo y por qué se incendió el «Flamingo».

La solución o incógnita del teorema me la proporciona cierta dama quincuagenaria, que brilla por su «esprit» y marchitos encantos, mientras regenta cierta agencia de compra, venta y alquiler de embarcaciones de recreo, a la vera de la «Croisette». Apenas saco a colación el «Flamingo», interrumpe, escandalizada, para decir sin morderse la lengua:

—¡Una cuadrilla de aventureros indeseables, «monsieur de Cambrá»! ¡Unos perfectos granujas! Cobraron 10.000 libras esterlinas, y después, como no se atrevían a cumplir lo prometido, han pegado fuego al barco, para justificarse. La cosa está tan clara que los aseguradores se niegan a satisfacer el importe del seguro...

Y alguien que nos escuchaba comentó con poca razón:

—¿Pero es que se puede esperar otra cosa de estos aventureros sin escrupulos, de estos profesionales del engaño?

Programa MUSICAL PHILIPS 1955

El placer de la música a través de un radiogramófono, está en razón directa de la calidad del aparato.

Oír un disco, un concierto o una canción en un PHILIPS, equivale a obtener de la música todo su espíritu y toda su emoción.

LOS DISCOS PHILIPS DEL MOMENTO

SID HAMILTON al órgano
P 17004 H

La samba del tren.
Rag de los espaguetis.

MICHEL ABEEL al acordeón
P 19114 H

Tu que decías, decías, decías... Fox.
Anicrache, Fox.

PERCY FAITH y su Orquesta
B 21144 H

Mademoiselle de Paris, Vals.
La ronda, Vals.

TONY BENNETT con **PERCY FAITH** y su Orquesta
B 21151 H

Iré, Fox lento.
Rag de la riqueza, Fox.

LIBERACE al piano con acomp. de Orquesta
B 21274 H

El Rosario.
Variación 18, del tema de la película
"Tres amores"

LOS CUATRO AMIGOS (Four Lads) con acomp. de Orquesta
B 21402 H

Skokiaan, Fox.
¿Por qué tendría que quererte?, Fox.

HARRY JAMES y su Orquesta
B 21410 H

Tres monedas en la fuente (de la película
"Creemos en el amor"), Fox lento.
Alto y fuerte (de la película "The high
and the mighty"), Fox lento.

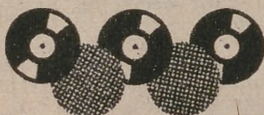
WALLY STOTT y su Orquesta
B 26091 H

Tema de la película "Música y lágrimas"
Fox lento.
Pasos en la niebla, Fox lento.

PATACHOU con **LEO CLARENS** y su Orquesta
P 72302 H

La noche, Vals.
Tire l'aiguille "La La La" Fox.

(F)



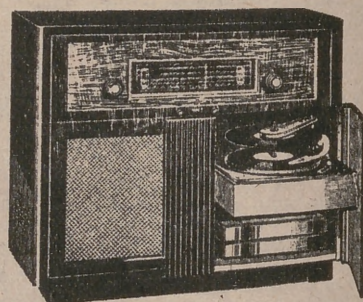
HE 444 A
4.736,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



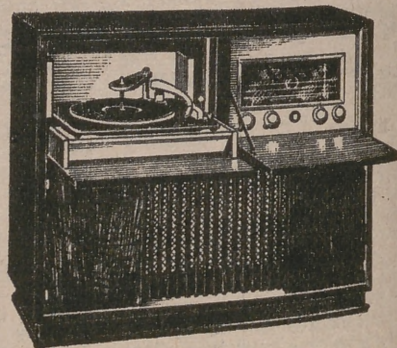
FE 644 A
11.998,50 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



FE 733 A
17.366,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



El encanto de la música a la medida de sus deseos



PHILIPS

para la

MUSICA

CAMON AZNAR, HOMBRE DE ACCION

"Las artes y los pueblos de España", es una obra titánica, de un enorme esfuerzo de construcción

EL ARTE EUROPEO PARTIO DE ESPAÑA, AFIRMA ESTE INVESTIGADOR

—**HAY** que reclamar para la Historia el arte prehistórico!

En silencio escuché esta contundente petición de Camón Aznar. Y se quedó mirando en el vacío en actitud de hacer frente a una imaginada reacción polémica. En aquellos momentos el señor Camón Aznar me dió la impresión, que aun conservo, de ser un hombre de combate, un hombre de acción, de la acción que cabe dentro del estudio, apreciación, juicio y valoración de obras de arte.

—Esta afirmación no la incluye usted en su último libro «Las artes y los pueblos de la España primitiva».

—Este libro—lo decía mostrándolo con dificultad, como un vendedor que vende al peso—es una revisión de todos los problemas prehistóricos de España desde el paleolítico a Roma.

El libro volvió a la mesita que teníamos delante, en aquel despacho del Museo Lázaro Galdiano. Camón Aznar es su director. Las dimensiones del libro indican a simple vista, y no hace falta ser buen aforador, que tiene cerca de 1.000 páginas con 900 grabados, todo ello en papel cuché y gran tamaño.

Nosotros dos, mirándonos casi de reojo por estar sentados en el mismo diván, continuamos la charla. Seré más preciso aún: Camón Aznar continuó su charla, porque es tal su abundancia de ideas y facilidad de palabras, que sólo se detiene por la necesidad fisiológica de respirar o por dar descanso a la imaginación del oyente. Y lo que maravilla más en estas circunstancias es la propiedad de sus vocablos. Habla rápidamente, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante y moviendo levemente la mano derecha, como un confesor en las admoniciones que preceden a la absolución.

—¿Usted qué se ha propuesto? No se hizo esperar mucho la respuesta:



—Dar a la Prehistoria nuevos moldes, desde la nomenclatura a la cronología. Lo que hoy existe a este respecto me parece inadecuado.

—¿Por qué?

—Porque responde a una visión muy localista. Hasta ahora, todo se ha visto desde Francia, y se han olvidado muchos aspectos españoles, clave para la historia.

La postura de Camón Aznar tiene la siguiente explicación: los estudios o preocupaciones prehistóricas, con tal nombre, son muy recientes, no pasan del siglo XIX. Aun siguen adjudicándose los nombres entonces inventados.

Fueron unos geniales sabios franceses los iniciadores de todo ello, y un francés, Lartet, puso nombre a esta disciplina. Y, claro, lo vieron todo desde Francia, consideraron sus cosas como puras de referencia, viniese o no viniese bien. Así ocurre que la cultura reflejada en nuestras singularísimas cuevas de Altamira, únicas en el mundo en calidad, ha quedado adscrita hasta ahora al período madalinense, cuando en la cueva francesa de La Madalaine, que es el punto de referencia para dar nombre al período, no hay ni una pintura. Contra ello se rebela, como es natural, el señor Camón. Y, como éste, podrían citarse otros casos.

—Es de suponer que usted, como español, pretenda ajustar las cosas y dar más bazas a nuestra Península.

Sin dejar hueco al silencio, se revolvió en su asiento, más animado, como si mi leve insinuación hubiese actuado de soplete en sus ardorosas ideas.

—No. No es puro patriotismo. No se trata de eso, que, además, no cabría en estudio científico. Es que España, por su singular situación, fué el cruce de las corrientes culturales, el puente entre África y Europa. Llegó a convertirse en un pequeño continente, donde se encontraron dos mundos.

—Si la Península fué un lugar de tránsito...

—Esto determinó su originalidad. Y de aquí irradiaron muchas cosas para Europa, entre ellas el arte rupestre y quizá la cerámica. También fué uno de los focos de irradiación de dolmenes, hacia el resto del Continente. Hemos precisado para ello una nueva tipología de estos monumentos...

—Así que, concretando, la originalidad de nuestra Prehistoria depende de...

—De su singularidad geográfica.

REVOLUCION DE PRINCIPIOS Y NORMAS

Buscando y rebuscando, analizando e interpretando, el actual director del Museo Lázaro Galdiano ha desembocado en una auténtica revolución. Revolución de principios y normas.

Ya lo dijo:

—La Prehistoria necesita una total renovación de sus métodos,



Camón Aznar, entre valiosas colecciones de arte, contesta a las preguntas de nuestro redactor



El autor de «Las artes y los pueblos de la España primitiva» nos muestra una de las páginas de su obra

estructura, cronología e interpretación.

Pero esa revolución ataca a los mismos cimientos. ¿Qué otra cosa es su deseo de traspasar el arte prehistórico desde la Arqueología a la Historia?

La tarea no es fácil, ni simple, ni cómoda. Aunque tierna y reciente, la Prehistoria tiene ya unos moldes, y lo nuevo no arroja sin penas a lo comúnmente aceptado. Pero Camón Aznar aparenta mucha vitalidad, que también es necesario en una empresa de esta índole. Y aun he observado mucho impulso, impulso juvenil, en el curso de su conversación.

La obra presente, «Las artes y los pueblos de la España primitiva», es ya una obra titánica, de un enorme esfuerzo de construcción.

—¿Cuántos años ha empleado en ella?

—Diez.

Diez años en estudio silencioso y sin remuneración inmediata. Es resultado claro de una vocación, casi de una misión me atrevería a decir, porque su significado y trascendencia el tiempo lo dirá.

—El libro lo tenemos delante. Es un hecho. Y ¿usted qué valor le concede dentro de los fluctuosos estudios de Prehistoria de nuestros días?

—Lo considero un punto de arranque revisable en el futuro.

El profesor Camón tiene conciencia del alcance de su obra. Sabe lo que ha hecho, y minuciosamente se preparó para ello. No sabe todavía lo que sucederá. Tiene presente que lo tradicional cuenta siempre con un crédito. Con todo, parece que se considera firme.

—Será pronto todavía para conocer la estimación que en los medios científicos haya merecido.

—Pronto. Hasta el presente, todos los juicios emitidos que conozco han sido benévolos y favorables. Desde luego estoy muy agradecido a los arqueólogos españoles por la acogida que le han prestado. Del extranjero sé poco.

—Pero sí habrá notado inquietud en torno de la obra.

—Tengo noticias que de Alemania, Francia e Italia han pedido bastantes ejemplares.

No era la satisfacción que una buena operación mercantil lleva consigo ni el halago de un éxito publicitario lo que le llenaba. No. A esto no iba encaminado su propósito cuando concibió el libro. El modo de expresarse es un claro testimonio de ello. Y, por el contrario, tampoco se considera —la falsa modestia se nota— un autor que ha dado la última palabra, ni mucho menos. Ya dijo que era un simple arranque. Esto no quita para que haya ideas geniales, que las hay.

—¿Y bajo qué procedimiento lo concibió?

—Pensando que había que interpretar conceptualmente muchos fenómenos artísticos.

—Bien; y después, ¿qué criterio, qué método?

—El dar denominaciones abstractas y universales a los períodos, a las culturas y a los hombres. ¿Qué pueden indicar y aportar las denominaciones locales y concretas?

—Y en conjunto, como resultado de un largo, concienzudo y meticoloso trabajo, la obra ¿qué es?

—La integración de factores que antes se habían estudiado sueltos: climatología, arte, antropología, industrias líticas, cerámica... Todo ello visto de conjunto, ensambladas las facetas entre sí, porque, en realidad, unas sucedían a otras.

Y lo decía con mayor naturalidad, con entereza. El señor Camón Aznar es baturro. Un baturro físicamente fuerte y ágil intelectualmente, alimentadas ambas cualidades en la típica tenacidad de la tierra natal. He podido observar—es la primera vez que hablo con él—que habla y, si hace falta inmediatamente busca la prueba de lo que dice. Se levanta rápidamente, casi nervioso remueve lo que sea hasta encontrar el documento apetecido y luego vuelve, tan rápido como antes, con el documento en la mano. Y si hace falta, sale, ordena y dispone—estábamos en el Museo Lázaro Galdiano—espera respuesta y luego queda con las dos manos abiertas como diciendo: «Vengan más cosas». Todo rápido.

—Usted es catedrático de Arte Medieval en nuestra Universidad Central.

—Sí. Adivino lo que quiere decir. Pero en 1927 fui catedrático de Historia del Arte, explicando también la de Arqueología en la Universidad de Salamanca; y luego en la de Zaragoza, en 1939. Durante catorce años he explicado esta asignatura. Esta de Madrid la conseguí por oposición en 1942.

Así que Camón Aznar, nacido en Zaragoza, en cuya Universidad estudió, ha sido profesor de Historia del Arte y de Arqueología durante catorce años, y doce de Arte Medieval, y no sé cuánto tiempo estudioso y crítico—con obras a la vista—de arte moderno y contemporáneo. Cualquiera día de la semana puede verse su firma en periódicos y revistas. Es director delegado del Museo Lázaro Galdiano, del que dicen los extranjeros que es la instalación más refinada, y director-fundador de la revista «Goya», la mejor de su especialidad en Europa, según ha manifestado Post, gran conce-

dor de la materia. Es director desde su fundación de la revista «Ideas Estéticas», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Rie cuando le hago la siguiente pregunta:

—¿Y el tiempo?

EN BUSCA DEL HOMBRE

Hay una nota distintiva en el libro: la importancia que se concede al hombre como sujeto histórico en el período prehistórico y la importancia que se concede también a su espiritualidad, manifestada primero en el lenguaje y luego en el arte. Quedando postergado el valor antes otorgado a los instrumentos más o menos tallados, más o menos pulimentados. Va en busca del hombre, de sus inquietudes, de las revelaciones o concreciones materiales de su espíritu. Por ahí comienza la revolución del libro.

—¿Y el factor tiempo?

—El tiempo no cuenta en la Prehistoria.

—Creo que se hace necesaria una aclaración.

—Quiero decir que no hay dirección progresiva temporal. No hay evolución de tipo cronológico. Muchas veces las culturas son fenómenos sorprendentes que luego desaparecen. La clasificación temporal ha servido hasta ahora, pero yo no la admito.

—También niega usted el nomadismo en el Paleolítico.

—Como que el hombre prehistórico es fundamentalmente sedentario. Tiene temor, terror, a lo desconocido, al vacío. Sí hubo cazadores, pero no hay que confundir una cosa con otra.

—¿Y qué pruebas puede usted aportar?

—Los mismos yacimientos prehistóricos. Los distintos niveles en una misma estación lo demuestran. ¿Qué otra interpretación se puede dar al hecho de que en un mismo lugar, encima unos de otros, se encuentren restos de distintos períodos?

—¿En qué tiempo sitúa la aparición del hombre?

—Hoy se cree que hace unos seiscientos mil años.

Se pierde la imaginación pensando en este tiempo sin límites asequibles. Por miles y miles de años se cuenta este período en que nos precedieron otros hombres con sus problemas y luchas. Nada concreto y bien dispuesto nos dejaron, y ahora nosotros, los hombres del siglo XX, tenemos que ir casi adivinando lo que hicieron, lo que sintieron, todo ello plasmado, las más de las veces, en unos signos o figuras esquemáticas, para cuya filiación temporal hay que manejar nada menos que una ciencia compleja. Así resulta que la Prehistoria evoluciona por días.

—Y no vale la simple intuición. Poca solidez puede dar la simple observación de unos restos o instrumentos en una estación determinada. Sin una crítica científica, a veces de carácter experimental, cualquier afirmación está en el aire. La Astronomía, la Química, la Geología y otras muchas ciencias hay que movilizar en servicio de una comprobación, de la comprobación de un simple instrumento, o de un cacharro, o de una pintura.

—Pero con ello se puede caminar por terreno firme. Bien caro nos está saliendo el que aquellos

hombres, con buenas ideas artísticas, no supiesen escribir, o, si sabían, el que no hayamos descubierto y descifrado sus signos. ¿Y ofrecen muchas garantías los medios científicos ahora en uso?

—Gracias a los análisis de la pátina, de los residuos fluviales, de los volcanes, han sido variadas muchas fechas. El estudio de la fluorina ha permitido determinar la antigüedad de algunos cráneos, como el de Fontéchevade, y descubrir fraudes, como ocurrió con el del hombre de Pittdown. Antes se creía que sólo era falsa la mandíbula, pero ahora, hace unos meses, se ha descubierto, gracias a los análisis químicos, que el cráneo también lo es.

—¿Usted tiene mucho que agradecer a los métodos científicos?

Primero sonrío con cierta satisfacción, pero luego, hablando, agita el dedo índice con ese movimiento casi giratorio con que acompañamos un razonamiento interno al llegar a la conclusión.

—El tratamiento por medio de radiaciones del «carbono 14» confirmó, estando ya este libro en la imprenta, una hipótesis mía.

Camón Aznar, frente a la teoría sostenida por el abate Breuil en su libro «Cuatrocientos siglos de arte parietal», opinaba que el arte paleolítico no había que situarlo más allá del año 16000. Aunque se trata de Prehistoria, la diferencia es bien notable. El tratamiento con radiaciones de carbono, hecho en Norteamérica para la cueva francesa de Lescaux, una de las más antiguas del vecino país, ha venido a dar la razón a nuestro investigador.

—¿Y duró mucho la evolución de este arte paleolítico?

—No más de cuatro mil años. No hay tensión creadora que pueda sostener más tiempo este arte exquisito.

EL ARTE EUROPEO PARTIO DE ESPAÑA

Aunque el disconformismo y rebeldía circularon constantemente por el millar de páginas del libro, se han respetado algunas denominaciones. «Calpense debe llamarse el período que hoy se rotula musteriense, y calpenses los hombres que en los libros de texto conocemos bajo el nombre de Neanderthal, porque esta cultura irradia de España y en Gibraltar

—el Calpe de los antiguos—se ha encontrado el primer ejemplar fósil de los hombres que la crearon, allá entre los años 140000 y 70000. A Gibraltar presta mucha atención el autor.

—Aludíamos antes al arte. Usted afirma que el arte europeo partió de España.

—Apareció concretamente en el sur, centro y levante de la Península. De aquí pasó al Cantábrico y sur de Francia. Tenemos, entre otros, el testimonio de la cueva de La Pileta.

—Usted va siguiendo la ruta de la espiritualidad. ¿En qué período coloca la aparición de los primeros síntomas de convivencia social, de cierta aptitud sociológica?

—En la etapa que llamo del lalántropo, al final del paleolítico medio, a continuación del período calpense.

—¿Y el lenguaje?

—Coincide con esa aptitud sociológica.

—Usted ha prescindido deliberadamente para sus denominaciones de los avances en la elaboración de las armas e instrumentos líticos, en contra de lo hasta ahora aceptado. ¿No cree significativos los avances técnicos?

—Sí. Y los acepto y les doy importancia en cuanto pueden revelar un avance cultural, otro modo de vivir o de relacionarse. Precisamente a la aparición de la honda y del arco les dedico periodos, denominados, respectivamente, «sphenónico» y «toxolítico». A partir de entonces, la lucha es de lejos y se siente más dominador de su ambiente con menos riesgo de la vida. De seguro hubo un gran cambio en aquellos hombres.

Gracias a que hojeaba el voluminoso libro, hubo unos momentos de silencio. Las hojas pasaban muy rápidamente. De pronto, Camón Aznar extendió una mano sobre las páginas y me miró. Luego me señaló con un dedo unos grabados muy simples, tan simples como los de un cuaderno de párvulos. Pero Camón Aznar le daba mucha importancia, la importancia que se concede a un tesoro recién hallado.

—Vea—decía pasando páginas.

Veía una especie de espina dorsal, a veces algo así como la esquema de una sardina. Y también un círculo con pestañas, como los rudimentarios dibujos de un disco solar con sus rayos. En otra página, rayas. Y en otra, casi puntos. Los primeros grabados habían sido unas siluetas humanas bastante estilizadas.

Puso de nuevo la mano sobre las páginas y me miró.

—Este es el arte que llamo mastieno, que es el primer nombre que históricamente se aplicó a nuestra Península. Es el arte rupestre levantino.

—¿Del período?

—Neolítico.

Dejó en suspenso mi siguiente pregunta el gesto que hizo para exponer algo. Algo quería explicarme. Algo nuevo que rompe los moldes establecidos hasta el presente.

—Para mí, el neolítico: el eneolítico y el período del bronce forman la Edad que denomino «Echistoria», que cronológicamente se extiende desde el 4500 al 1100.

—Entonces, ¿el neolítico tiene para nosotros importancia capital?

—En España es de una fabulosa originalidad.

—¿Qué aportó este arte mastieno?

—Se da en nuestra Península el segundo gran paso en el panorama de las posibilidades estéticas del genio humano: la representación del hombre. Aparece el hombre como protagonista.

Todas aquellas líneas, y luego puntos, no eran más que pinturas esquemáticas de carácter neolítico. Una esquematización progresiva que, partiendo de una pintura realista, de una pintura hecha, se hace cada vez más simple, hasta llegar a ser simples líneas, y luego puntos. Con menos que un punto no se puede pintar.

Me acordé de ciertas pinturas de hoy, pero Camón Aznar no se dió por enterado.



«En esta obra empleé diez años de estudio silencioso y sin remuneración inmediata. Es un trabajo trascendente»

—Bueno, ¿y ese dibujo o pintura que parece un ciempiés?

No lo veía él como un ciempiés. Ponia la mano encima con cierto cariño, tratándolo como algo propio que teme que se dañe o estropee. Aquello removía muchos afares, ya quietos.

—Esta especie de espina dorsal representaba la tribu. Cada rayita que se une a la principal es un individuo. Esto significa que se concebía el hombre colectivamente. El hombre-tribu, el hombre-clan.

—¿Y hacia cuándo termina este proceso de estilización?

—Hacia el 1800. Duró el proceso unos mil años, que dividió en catorce etapas.

—¿Sucedió lo mismo con la pintura paleolítica?

—No. Esta desapareció rigidamente, sin proceso degenerativo. Lo atribuyo al cambio de clima. Al venir temperaturas más elevadas desaparecieron ciertos animales, concretamente el reno, y tras ellos abandonaron aquellos hombres artistas sus cuevas cántabras, allá por el año 10000.

—¿El arte no sigue paralelo a la cultura?

—No. La aparición de la pintura paleolítica es un puro fenómeno de carácter mágico.

—Nos falta el origen, o por lo menos el principio, de todo esto.

—Creo que el prodigioso arte levantino se debe a la desecación del Sahara y a la dispersión de sus pueblos. Les asigno una antigüedad, frente a opiniones aceptadas, no mayor del 5 al 3.000. Estas pinturas llegaron aquí formadas.

De nuevo volvieron a girar las páginas del libro, y me encontré ante unas figuras humanas bien delineadas y en movimiento.

—Este tipo le parece español o africano

—Español.

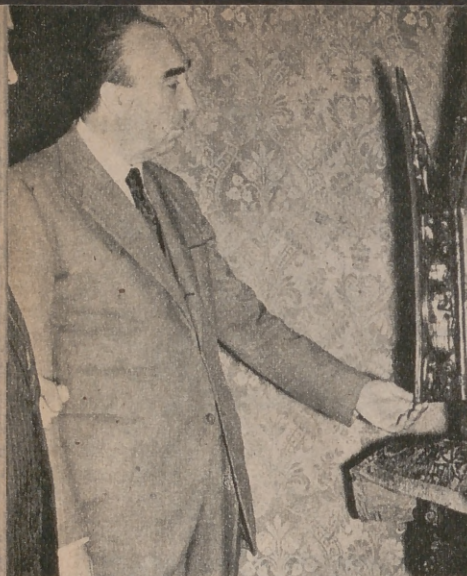
—¿Y éste?—me dijo indicando uno de los que había en otra página.

—Africano.

—Pues, es al revés.

Le miré. Y él reía.

—¿Y el «carbono 14» no le ha



Entre las joyas artísticas que custodia, Camón Aznar se muestra hombre satisfecho

valido en este caso para confirmar su hipótesis?

—Sí—respondió satisfecho al salir victorioso de la coartada—. Con él se ha confirmado la existencia en África de unas pinturas análogas a estas mastienas y del año 4000.

—Resumiendo, ¿cuál es el momento más glorioso de la cultura española?

—Este. Mejor dicho, cuando viene a nuestra Península gente nórdica y se encuentra con esta vieja cultura mediterránea y africana. El juvenil ímpetu de las razas europeas y el concepto monumental de la arquitectura mediterránea hacen brotar los megalitos. Al mismo tiempo se extienden los vasos campaniformes, de motivación también neolítica, que llegan a todos los valles europeos.

—Hemos estado hablando de corrientes africanas. ¿Cómo cree que pasaron el Estrecho esas migraciones masivas?

Hubo un descenso de tono y velocidad en la conversación. Se planteó la pregunta por su excesiva espontaneidad. Después de una reflexión, quizá, no.

—Ya saben ustedes que el Estrecho no ha tenido siempre la misma amplitud. Pudo ser que durante una de sus angosturas...

Además, la Historia demuestra que las dos orillas son solidarias culturalmente.

UNIDAD CULTURAL EN LA PROTOHISTORIA

Es imposible registrar aquí toda la charla. Recuerdo que se habló de un cambio de mentalidad religiosa en la segunda mitad del segundo milenio. De la veneración a los muertos se pasó a la de los elementos naturales: ríos, fuentes y rocas. Pero no hubo personificación de dioses. No sucedió eso en nuestra península. Nombres de divinidades, sí; pero, no formas concretas, como en el pueblo griego.

La aportación de este libro en lo referente a la Edad de Hierro es la nueva estructuración de las invasiones celtas. De las cinco, la primera llegó hasta Andalucía, que quedó celtizada. Precisamente de la ría de Huelva es el mejor lote de espadas de la Edad de Hierro.

—¿Y Tartessos?

—No admito Tarteso como ciudad. No hay nada específicamente de ella. Ni un objeto. Ni se puede precisar conológicamente. La Tartessos como región, sí: la Bética.

—¿Y cómo ha visto usted la Península cuando llegaron aquí los pueblos colonizadores?

La pregunta fue un resorte estimulante. Rápido y decidido contesta ahuecando un poco la boca para dar más sonoridad.

—Mi gran preocupación ha sido demostrar la unidad cultural en la Protohistoria. Nada de una España dividida culturalmente por dos razas antagónicas, iberos y celtas. Al contrario, unidad sustancial en el arte, en la religión y en las técnicas. No hay diferencias profundas entre las regiones. Hubo, sí, guerras sangrientas. Fue Roma quien estimuló la fragmentación y los odios tribales, como política de dominación, hasta ocasionar, en definitiva, la caída de Numancia.

—¿Qué región tuvo más personalidad?

—La gallega. Pero no por su celtismo, sino por su fuerza tradicionalista procedente de época precéltica.

—¿Por qué a la cerámica ibérica la llama usted «cerámica pintada»?

—Porque no se puede adscribir a un pueblo determinado, ya que es consecuencia de la aparición del torno.

—Parece que usted reivindica la influencia cartaginesa.

—Sí. Hay que concederle más importancia que la dada hasta ahora. Ellos y los fenicios fueron los que impregnaron de helenismo a las culturas hispánicas. Muchos restos griegos han sido hallados en estaciones púnicas.

EL TIEMPO, EL GRAN ENEMIGO

El libro quedó cerrado sobre una mesita. Su contemplación me hizo revivir y reconstruir lo hablado.

—Ese libro me parece un prodigioso esfuerzo de imaginación, dicho esto en el mejor sentido de la palabra.

Algo meditabundo, se rehizo pronto y asintió.

—¿Cómo está usted organizado?

—Pues, sinceramente, no lo sé. No dejo de ir al cine y a los cafés. Me parece absurdo que para ser erudito haya de vivir uno aislado. ¿Por qué estar fuera del ambiente humano?

—¿Y el tiempo? Esta pregunta quedó pendiente.

—Ese es mi gran enemigo.

Y casi extendió los dos brazos como pudiendo explicaciones al espacio. ¡Y qué explicaciones puede pedir! Ha escrito dos volúmenes sobre la Vida de Cristo y de la Virgen / en los grandes maestros de la pintura; otro sobre el Museo del Louvre; el tomo del Renacimiento en España; un libro sobre el escultor Juan de Ancheta.

—Juan de Ancheta—me dijo muy en firme—es el Miguel Ángel español, y en la Historia Universal llena el hueco entre Miguel Ángel y Bernini.

Y prosigamos: también ha escrito dos volúmenes sobre Arquitectura plateresca; la Pasión de Cristo en el arte español; dos volúmenes sobre El Greco, que son precisamente a los que concede más importancia entre sus obras.

De otros ámbitos: «El arte desde su esencia»; y «Dios en San Pablo», que es una interpretación del catolicismo desde la Pasión a través de San Pablo. Tiene también poesías «El hombre en la tierra». Y tres tragedias, una de las cuales, «El héroe», cuyo protagonista es Alejandro Magno, pudo ser galardonada en 1994 con el premio «Lope de Vega», pero fue adjudicada a la «Sirena varada» de Alejandro Casanova por su más fácil representación. Las otras dos tragedias se titulan «El Rey David», a quien considera la figura más compleja de la historia, y «Los fuertes», una interpretación moderna y pesimista de Hamlet. Y por último, el cine: «La cinematografía y el arte».

—Me interesan igualmente todas las disciplinas del espíritu. He procurado formación filosófica, histórica y literaria. Esta última me parece indispensable para el estudio de Historia del Arte.

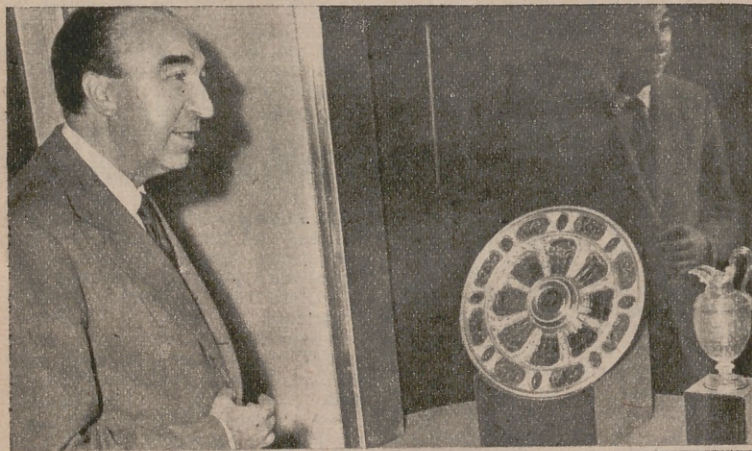
—¿Por qué?

—Porque no hace falta objetividad científica, sino sensibilidad poético-creacional. Este fondo no es incompatible con la más severa erudición.

—A pesar de ello, ¿no es mucha la tarea?

Me miró sonriendo.

—Todos los libros los he hecho sólo. Sin discípulos ni colaboradores.



«Hay que reclamar para la Historia el arte prehistórico», he aquí la contundente petición del profesor Camón Aznar

—No pretendía llegar a tanto. En vista de eso ¿qué es lo que le causa mayor tortura, refiriéndonos a escritor de libros?

—Corregir las pruebas. Es como un examen de conciencia del libro. Hay que revisar no sólo lo hecho, sino recordar también lo que falta.

—Veo que es usted muy metódico.

—De ese libro—y señala al que antes había manejado, es decir, unas mil páginas— hay capítulos que los he redactado hasta tres veces, bien por remoción de ideas o por lo que hubiera sido.

—¿Y lo que más tiempo ocupa?

—Buscar los nombres.

—Sí; algo parecido a los momentos periodísticos de tener que titular.

—El hallar nombres congruentes y sonoros supone un gran esfuerzo.

—Comprendo su situación después de la revolución que ha promovido en la Prehistoria.

Como el señor Camón Aznar ejerce la crítica de arte hace diez años, no quedó fuera del diálogo esta importante sección periodística. Y no se mostró conforme con ciertas apreciaciones—concretamente, censura por divagación—que suele hacerse de esta labor en nuestros periódicos y revistas.

—La crítica española de arte —dijo con voz más fuerte— está, por su sola solvencia moral, a mayor altura que las corrientes de Europa.

—¿Y los estudios e investigaciones de Arqueología?

—Es una de las cosas de tipo cultural en que España ha logrado más alto nivel. Todo, en dos generaciones.

De pronto se levantó del asiento, camino de un estante. Volvió hojeando rápidamente un libro escrito en francés.

—Es lástima que no se conozca más este libro.

Decía mostrando el título, que era «Espagne du Sud». El autor, J. Sermet.

—Este es el mejor libro sobre Andalucía.

A la vista ya la página buscada, fuimos leyendo...

—...hay en España quizá los mejores prehistoriadores de Europa.

—¿Y escuelas?

—Dos: la de Madrid y la de Barcelona.

—¿Y no cree que puede haber disconformismo con su obra?

—Puede haberlo. Pero todo está esencialmente justificado y científicamente fundamentado.

Prolongar más la charla era un atentado a la codicia de tiempo de este hombre, una codicia noble. Su velocidad en todo, hasta en el habla, no es más que una expresión de angustia por el tiempo. La cátedra, el museo, las revistas, los libros, las exposiciones, la crítica, la corrección de pruebas... Ya tiene en prensa un gran libro sobre el cubismo, con Juan Gris y Picasso. Y prepara el tomo XVI del «Summa Artis», que comprende el Renacimiento en España.

Sin embargo, cuando momentáneamente para o calla, queda a la expectativa y con los brazos abiertos en espera de algo.

JIMENEZ SUTIL



LUIS MASRIERA

(EL BARCELONES SIMBOLO DE UNA EPOCA)

HISTORIA DE UNA FAMILIA DE JOYEROS EN LA CIUDAD CONDAL

EL TEATRO FAMILIAR Y LA GRAN COMPANIA DE AFICIONADOS EN LA TRADICION DE UNA FAMILIA DE ARTISTAS

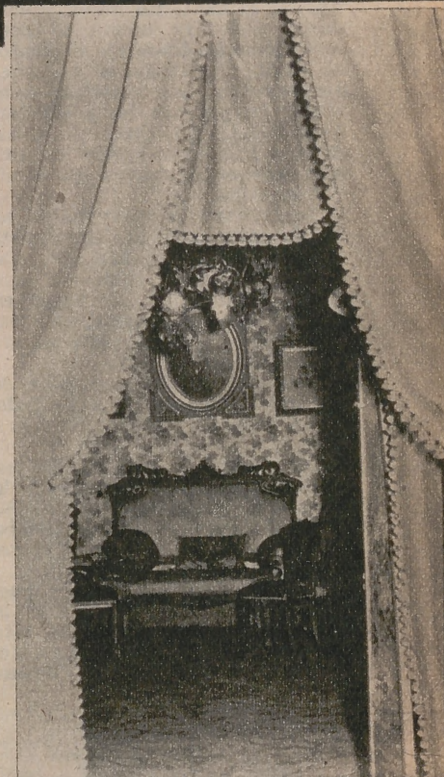
LUIS Masriera, pintor, joyero, escritor, director de una compañía teatral de aficionados que el año 1930 obtuvo el Gran Premio de Lieja, es como el símbolo de toda una generación que ha dado aliento y vida a la sociedad de Barcelona.

Unos hombres o unas familias (en la sociedad barcelonesa de este momento es fundamental lo familiar) que comienzan una nueva etapa a raíz de la bomba del Liceo.

«La bomba del Liceo—me dice Masriera—supuso un cambio radical. Todo volvía a aparecer como de nuevo. Deshizo el aspecto de la sociedad. Puede afirmarse que entonces Barcelona entraba en la guerra.»

Si hay alguno que pueda hablar con autoridad de aquella noche de espanto y de dolor, de aquellas horas trágicas que han inspirado plumas y pinceles, es nuestro Luis Masriera, este anciano bondadoso y sonriente, lleno de un optimismo infantil, que a sus ochenta y dos años recuerda con un estremecimiento cómo salvó la vida de milagro.

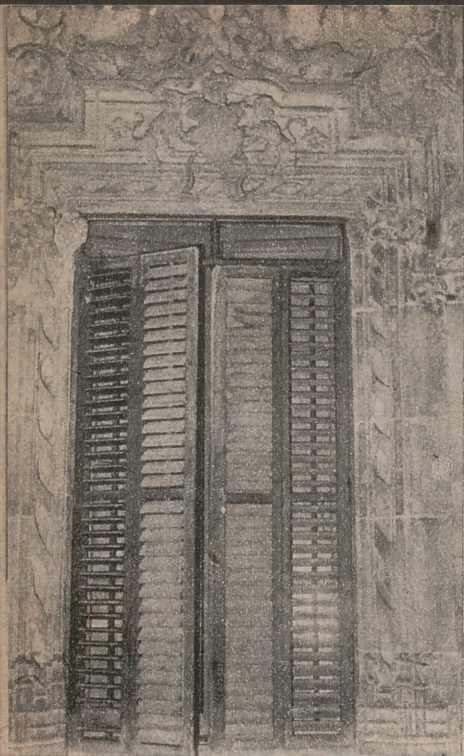
Una joven, con una mirada de indiferencia y desvío, se alejó de la muerte. Luis Masriera lo cuenta con sobria simplicidad en sus Memorias. Ocupaba una butaca de anfiteatro. Pero al lado de la muchacha, en platea, había un asiento vacío. Su conversación



En esta sala décimonónica nació hace un siglo el primer teatro Masriera. Arriba, el pintor Luis Masriera contempla su autorretrato

era inteligente y agradable. No quiso desperdiciar la ocasión. Pero Marta—que así se llamaba—se hacía la distraída. Por más que la saludaba no obtenía respuesta.

Masriera comprendió que su presencia era inoportuna y volvió a su puesto.



Como en las grandes casas señoriales de la antigua calle de Moncada, el caserón de la calle de Vigatans tiene ventanas decoradas con profusión y riqueza

Empezaba el segundo acto. Apenas el cantante había iniciado su melodía, cuando el Liceo se estremeció desde los cimientos al techo, la araña se balanceó amenazando desprenderse, temblaron las paredes, los balcones, las localidades... El estallido brutal de una bomba ahogaba los últimos ecos de la música del «Guillermo Tell».

Una bomba «Orsini» había sido lanzada por un anarquista italiano desde el quinto piso. Estalló, llenando la platea de sangre y de muerte. Otra cayó en la falda de una dama, que cabeceó un momento, pero ya era un cadáver.

Masriera golpeó la espalda de un señor que estaba a su lado, invitándole a salir. Estaba muerto.

Entre tanto, Marta, con un hilo de sangre que la caía desde la garganta, moría malherida. Su hermana apenas si tuvo tiempo para decirle: «Marta, reza el acto de contrición.»

La butaca donde hubiera querido sentarse para gozar de la gentil compañía había sido rota bárbaramente por la explosión. En su espalda había un boque-



Don Luis ante el escenario del último teatro Masriera, en el ático de la casa de la Gran Vía, que ahora ocupa

te vacío y trágico como la muerte.

Tenía entonces veintidós años. Los jóvenes de la sociedad de Barcelona empezaban a enfrentarse con un nuevo estilo de vivir.

BARCELONA, CIUDAD MARTIRIZADA

Luis Masriera me ha recibido en su estudio de la avenida de José Antonio.

A un tiempo estudio de pintor y sala de teatro. Diríase que es también hogar. Porque sus aventuras artísticas tienen siempre un calor de intimidad hogareña.

En las paredes, cuadros: Una Anunciación teñida de un dulce idealismo, como un revuelo de gasas impalpables y de velos azules; una figura femenina ante el mar; sobre la chimenea una maja que parece desafiarnos con su salero. En el fondo de este salón, lleno de objetos artísticos, donde no faltan lámparas exóticas y sables de factura misteriosa, el escenario del pequeño teatro Masriera.

Don Luis, sentado en una butaca delante de una de sus hijas, me dice con un gesto de tristeza:

—No hay barceloneses en Barcelona. Mire: En mi familia casi todos hemos sido de aquí. Pero ahí tiene usted un abuelo paterno que era de Mataró...

Le duele un poquitín a este enamorado de la ciudad lo del

abuelo de Mataró. Luego continúa:

—Es admirable cómo ha crecido Barcelona a pesar de su martirio.

Recuerda distintos episodios de este enorme martirio de la ciudad que empieza en la noche de la bomba del Liceo, tiene horas tan inconcebibles como la Semana Trágica, conoce un descanso con la Dictadura de Primo Rivera y vuelve a caer luego en la agonía, en la incertidumbre, siempre al filo de la muerte, para no despertar hasta la liberación de Barcelona por las tropas nacionales.

—Un día—no recuerdo exactamente cuándo—tuve que salir de casa para apagar faroles. Se había declarado la huelga.

Recuerda cómo en los momentos difíciles salía a la calle el somatén. Masriera ponía orden en la cola del horno. Con la escopeta al hombro montaba guardia delante de su casa.

—Al jefe del somatén—comenta—lo asesinaron. También asesinaron a Vidal Ribas y a Vilá.

Precupado por el problema social, defendió el derecho de los trabajadores a convertirse en socios de la Empresa mediante un ahorro que se iba acumulando. Aplicó el derecho de su taller. Sus subordinados no tardarían en ser copropietarios de la joyería. Sin embargo, la cosa desagradó a la F. A. I., que quería que los ahorros de los trabajadores fueran a parar a sus cajas. Un día, una Comisión visitó a Masriera. Los trabajadores estaban de acuerdo con su proyecto. «Si os parece bien, yo no desearé otra cosa.» Sin embargo, los anarquistas se entregaron a una labor capilar. Los visitaron uno por uno. Debieron de amenazarlos. Los obreros cedieron y hubo que abandonar el proyecto.

—Desengañado me desentendí de todo y me fui a París a hacer una Exposición.

LA JOYERIA MASRIERA

Como ustedes han podido ver, no es oro todo lo que reluce. Y no todo era sosiego y paz en la vida de un artesano barcelonés de fines de siglo y principios del XX.

Es cierto que la joyería Mas-

“TODO ESTA BIEN”

Este es el título del poema de José María Souvirón, firmado en Fátima, que se publica en el número 36 de

POESIA ESPAÑOLA

También encontrará en sus páginas el

“POEMA DE LA HIJA MONJA”

de Francisco Javier Martín Abril

riera, en la calle de Fernando, era, a pesar de las bombas que estallaban con demasiada frecuencia en la Rambla y que inspiraban a los caricaturistas del «Cu-Cut», y a pesar de las violencias de la F. A. I. contra los patronos, un lugar de reunión, chismorreos y buen gusto.

Luis Masriera nos ha contado que lo más pintoresco de la sociedad de aquella época se había contemplado en el espejo de la joyería. Como aquella pareja de muchachas hermosísimas, las de Sotolongo, la una blanca, la otra morena, que habían inspirado a un versificador la propaganda de cierto establecimiento:

«¿Por qué tan hermosas son las hijas de Sotolongo? Porque usan el jabón de Los Príncipes del Congo.»

José Masriera, padre de don Luis, fundó la joyería. Era José sólo de segundo nombre, pero había que llamarle así, porque los abuelos habían tenido la maldita ocurrencia de bautizar con el mismo nombre a dos hermanos.

—Aun conservamos en Llavaneras la mesa donde trabajaba mi padre.

Tenia los talleres en el quinto piso de la casa solariega de la calle de Vigatans. No se podía ejercer el oficio sin haber ganado el título. El abuelo Masriera fué el último en ser inscrito en el «Llibre de les presenties», gracias a un dibujo y a unos pendientes que presentó como examen a los maestros joyeros.

El año 1870 José Masriera inauguró la tienda de la calle de Fernando. «Entonces—dice María, una de las hijas de don Luis—todo les parecía lejos. La joyería se les antojaba a los abuelos a una distancia fabulosa de casa.»

Sin embargo, la casa estaba junto a la calle de la Platería, cerca de la de Jaime I y del lugar donde hoy se abre la boca del Metro.

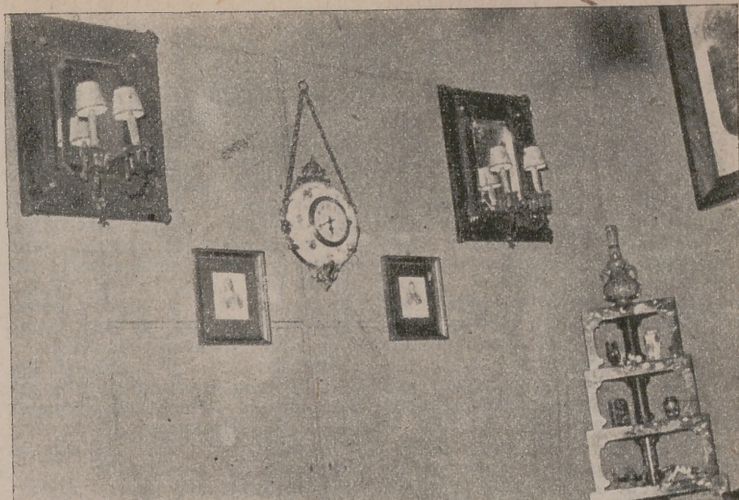
LA CASA DE LA CALLE DE VIGATANS

La calle de Vigatans es una travesía de la calle de la Platería.

Se entra en esta última desde la Via Layetana; pero apenas si uno puede contemplar los calados de la esbelta torre de Santa María, porque en seguida ha de torcer a la derecha y meterse en la vieja y misera calle.

Parece que haya sido dejada un poco de la mano de Dios. Y, sin embargo, en sus tiempos fué una de las mejores de la ciudad.

Con casas como la del «Hostal dels vigatans», que fué posada y chocolatería y que más tarde se trocó en el caserón señorial de los Masriera. En esta vieja posada paraban sólo los de Vich, así como en el «Hostal de l'Oli», de la vecina calle de Calders, se hospedaban los de Manresa. Entre los de Vich, a principios del XVII, aquel bandido famoso, hijo de las Guilleries, don Juan de Serrallonga, del bando de los «ñartos», que enamoró a una moza de una familia de relumbré y capitaneó una cuadrilla en las selvas de Santa Coloma de Farnés.



En los armarios, disimulados en la pared, guarda el abuelo sus trabajos más preciosos. La historia de una familia

Esta casa con un portal de medio punto, semejante al de las masías catalanas, formado por sillares que se abren en abanico, balcones con macetas de hiedra que crece hasta enredarse en las barandas, ventanas con ropa tendida que chorrea lentamente escurriéndose sobre las baldosas, tiene aires de leyenda y claroscuros de misterio. El año 1921, golpeando el suelo de una pieza de la planta baja, de cuyas paredes colgaban anillas de hierro, alguien notó que el pavimento sonaba a hueco.

Se descubrió un subterráneo y un extraño pasadizo. No se llegó a saber más de él. Porque el propietario, un poco acaustado, lo hizo tapiar implacablemente, sin perder tiempo.

Cuando pasaban los gigantes de Santa María del Mar, el día de la procesión, los niños Masriera les pillaban la barretina desde el balcón. «Cada noche—me dice el pintor Urgell—venía a picar unas aceitunas.» Un día la familia abandonó el viejo caserón y se trasladó a la casa de la Gran Vía.

UNA CONSTANTE FAMILIAR: EL TEATRO MASRIERA

Podríamos decir, sin temor a caer en exageración, que desde que Barcelona es la Barcelona que conocemos, ha existido el teatro Masriera.

El teatro Masriera, sede artística de una compañía de aficionados, nacida al calor de la vida familiar. Nada más bello que esta Compañía Belluguet, que funda, con verdaderas estructuras hogareñas, una familia de Barcelona, después de haber jugado, con acierto y gracia, años y años al arte de las tablas.

«La Compañía Belluguet—me dice Masriera—la fundó María.» Y ésta añade, de prisa: «La fundé con mi hermano y un primo.» Y continúa: «La llamamos Belluguet por el coche que entonces teníamos. Se llamaba así.»

La nueva compañía debutó con una comedia catalana de Emilio Vilanova, titulada «Las bodas de Cirilo». Un día los jóvenes artistas quisieron trasladarse, con armas y bagajes, a la sala Studium.



Cuando los Masriera huyeron de su residencia el escenario mágico se convirtió en la prosaica puerta de una alcoba

No era más que el estudio del pintor. Su padre les contestó: «Si queréis hacer comedia, trabajad en serio.» La compañía se perfeccionó. Y el año 22 ó 23 se encargaba ya de ella don Luis.

El año 1925 Luis Masriera obtuvo en París el Gran Premio de Propaganda por unas maquetas de decorado. Y el año 1930, la Compañía Belluguet alcanzaba el premio del Concurso Internacional de Arte Dramático de Aficionados, celebrado en Lieja. Se reunieron en esta ciudad mil doscientos «amateurs». Los belluguetts de Barcelona hicieron un papel estupendo con la representación de una obra impuesta por el Jurado, «Las preciosas ridículas», y de una de libre elección, «El retablo de la flor», de Luis Masriera.

DEL TEATRO DE LA CALLE DE VIGATANS A LA SALA STUDIUM

Este salón de la calle de Vigatans tiene un sofá y antiguos sillones tapizados de seda reluciente.

Una mesita isabelina con un pie de factura singular: un personaje de cuerpo flexible y vigoroso, con una careta negra y barba blanca. Se sostiene cabeza abajo, imprimiendo las manos en un almohadón, que parece blanco y verdadero. Al otro lado, un piano. Al fondo, una puerta, que da a la alcoba. La protegen dos cortinajes recogidos por gruesos cordones de seda.

Esta puerta era la boca del escenario del primer teatro familiar. «Hacia el año 1852, cuando mi padre tenía catorce años, se inauguró. Se hizo un libro—continúa—con las comedias que se representaron en casa del abuelo. Un día un primo de mi padre, Arturo Masriera, halló un libro manuscrito en los encantos. Lo hojeó y se tropezó con la sorpresa de que contenía las obritas representadas en nuestro viejo caserón.»

En este teatrillo—un salón pulcro, minúsculo—, el año 1869, se representó la obra «Oros, copas, espadas y bastos», de don Luis Mariano de Larra, con decoración de un paisajista que firmaba «Pepe el Campestre», y no era otro que José Masriera. La obra había sido estrenada en Madrid el año 66, y ésta era la primera vez que se representaba en Barcelona.

Aquel teatro familiar, que servía para dar más calor y más intimidad a la vida hogareña, concentrando alrededor de una familia lo mejor de la sociedad, iba cambiando de local. Un día alquilaron un teatro en Sarriá. Los actores eran recompensados, después de la función, con versos y palomas. En Llaveneras, donde siempre ha veraneado la familia, el bisabuelo montó un teatro en la rebotica de un café conocido por Can Climent. En el pueblo no había otro teatro, y durante el cólera del año 85 se representó incluso una ópera bufa, «Travatore», en italiano macarrónico, con la colaboración de Vehils, el segundo director del Liceo.

Más tarde montaron un teatro en la casa de la Gran Vía. La casa de la Gran Vía tenía sólo un piso y un desván. No hace demasiados años, al hacer reformas en el edificio, aparecieron en el primer piso los restos de una decoración de «Aida».

Luis Masriera pintó al óleo la boca del escenario con una máscara griega, que todavía conserva. Iban a representar «La mitja toronja», del arenyense Arnáu. Entre el padre y el hijo hicieron la decoración. «Yo pinté unas pitas. Mi padre pintó el fondo: la riera de Arenys y el Mar. Trabajamos en casa del escenógrafo del Liceo, Soler y Rovirosa. Lograba unos edificios estupendos, pero el paisaje se le caía de las manos, y con frecuencia solicitaba el auxilio de mi padre, que ponía a su disposición sus bocetos.»

El año 31 el estudio de la calle de Bailén fué convertido en sala de teatro Masriera. Después de años de empuje y esplendor de la compañía, los Masriera han vuelto a su casa de la Gran Vía,

donde han montado un teatro en el ático.

AUTOR DE COMEDIAS Y ESCENOGRAFO

Es ésta la sala donde me ha recibido este hombre optimista, eternamente joven.

Para que ustedes tengan alguna idea del impetu irresistible que le anima, les diré que aun no hace un año representó el papel de San Agustín en su «Retablo de la flor», y papeles cómicos con la soltura, el entusiasmo y la agilidad de un muchacho.

Siempre será un muchacho con Luis. Con la vitalidad de una generación de señores barceloneses que supo arriesgarse en el arte y la alegría, a pesar de que la revolución le amenazaba.

No contento con ser actor y escenógrafo, ha querido escribir él mismo su repertorio. «No he de ocultarlo. Mi teatro, es teatro pictórico. Más de pintor que otra cosa. Por esto muchos no lo han comprendido.» Sin embargo, Masriera tuvo hace unos años un éxito en Madrid al representar «Los vitrales» en el Instituto Ramiro de Maeztu. Alguien se le aproximó y le dijo: «Masriera, ¡qué cosa tan estupenda ha escrito usted!» Entre los espectadores se hallaba Joaquín Calvo Sotelo.

«Los vitrales» tiene mucho de magia, de ensoñación. Las figuras de las cristalerías de un castillo salen de su cárcel de inmovilidad y aprovechan las breves horas que se les conceden para ser figuras de carne y hueso. En «Los vitrales» hay de todo, de todo lo humano: amores, odios, un duelo... Hasta un cicero, que es el presentador o el comentarista de la vida de esas figuras que salen de su cárcel de cristal, y que al ver que los personajes no han querido ni han sabido aprovecharse del tiempo que les han dado, dice: «Hacen lo mismo que nosotros.» Suena una campana. Y todos han vuelto a quedar inmóviles.

Entre las cincuenta y dos obras de Masriera destacan, además, «Los tapices de Marta Cristina», «Las gárgolas de la catedral», «Las manos de San Francisco», que



Desde estos balcones adornados de hiedra los niños tomaban la barretina a los gigantes de la procesión

Emma Grammatica quería representar en Asís; «La encina y el hogar», estremecedora como una alucinación...

Masriera, a pesar de sus ochenta y dos años, no es un hombre de inquietudes pretéritas. El director, actor y autor de teatro para aficionados sabe vivir al día. Con los tormentos, con las amenazas que pesan sobre nuestra época. Como esta del marxismo, que trasuda de algunas de sus obras, como de «Las gárgolas», de «El beso prohibido» o de esta sátira de la materialización y la maquinización de su máquina de hacer y deshacer versos.

EL PINTOR: DEL IDEALISMO ITALIANO AL REALISMO ESPAÑOL

Cometería una injusticia si concluyera sin haberles hablado a ustedes, aunque sólo sea a vuestras plumas, del pintor Luis Masriera.

En esta sala, que es estudio y teatro, hay un autorretrato en un caballete. Lo pintó, con un garbo sorprendente, al cumplir los ochenta años. Es el autorretrato del pintor de los nuevos crudos». Con este apelativo bautizaron a Masriera en Madrid, cuando expuso en una Exposición Nacional su magnífico cuadro «El prendero». Un mocetón, de aspecto tosco, mete dos dedos en la clara de un huevo que nada en un plato.

El huevo crudo de Masriera causó sensación. Había cola para verlo. Pero lo que no se supo entonces era cómo le había nacido el entusiasmo pictórico por el tema.

Durante la guerra, don Luis se retiró a su casa de Llaveneras, donde vivía, no sin molestias y dificultades. Tenía que contentarse con hacer a pie el viaje de la estación al pueblo (una distancia nada despreciable), mientras los anarquistas del Comité se paseaban todo el santo día en su coche.

Estuvo enfermo y el doctor Cornudella, que vivía en San Vicente, le visitó. «No sabía cómo agradecerse —me cuenta María Masriera—. Entonces papá nos dijo: "Ya lo sé. Le pintaré un huevo crudo, ahora que los huevos van escasos.»

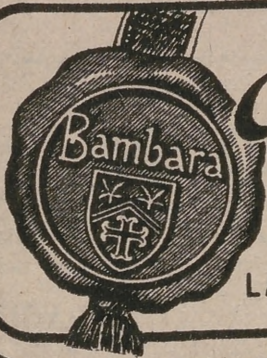
Regaló el cuadro al doctor. Y se comió el huevo. «No sé si crudo o frito—añade—. Sin embargo, se aficionó al tema. Y tuvo éxito. Pronto en la tienda de Barcelona exponíamos y vendíamos huevos crudos. Naturalmente, pintados.»

La guerra le hizo amar el realismo pictórico, este realismo tan español que Masriera ha ido cultivando entre lienzos de sabor italianizante. Pero uno de los grandes amores del artista ha sido siempre «Fra Angélico». Inspirada en él, una «Anunciación» llena de dulzura medieval y de interno dinamismo barroco, que le volvió la medalla de Arte Religioso de París, el año 1910.

Luis Masriera, artista que ha vivido siempre hacia dentro del hogar, hacia el calor de la familia, no ha sido hombre para ir en persecución de éxitos y recompensas. Sin embargo, ha saboreado victorias tan merecidas y tan logradas como la de la Exposición de sus obras en Londres el año 23.

Francisco SALVA MIQUEL (Fotografía de Valls.)

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

SE está celebrando en Madrid, desde el 27 de diciembre pasado hasta el 28 de febrero de 1955, el I Cursillo Sacerdotal de Información Cinematográfica. Este sencillo hecho es noticiable, lleno de interés periodístico y, a la vez, como toda intervención sacerdotal, cargado de trascendencia. El Hogar Sacerdotal de la diócesis de Madrid funciona con la autoridad y bendición del excelentísimo y reverendísimo señor Patriarca-Obispo, doctor Eijo y Garay. Sus fines abarcan todos los aspectos de la vida sacerdotal: desde el teológico y pastoral, pasando por el místico y el científico, hasta los de hospedaje, previsión, honesto esparcimiento e información de cuanto integra la vida eclesiástica.

Entre los programas de cursillos de altos estudios de espiritualidad y de ilustración de los movimientos religiosos de nuestros días, los dirigentes del Hogar Sacerdotal han querido incluir modestamente un cursillo de información cinematográfica. Decimos «modestamente» porque demaciado sabemos los sacerdotes que nuestra competencia en cine no ha de pretender llegar a una formación técnica y artística del séptimo arte, que para ello están los teóricos, los directores y los profesionales del cine. Pero, a la vez, reconocemos que hemos de estar *informados* de los poderes que privan en nuestra civilización y tienen tanta influencia en la vida interior y pública de los fieles. Entre estos poderes, ya nadie discute la importancia del cine.

ORIENTACIONES DEL CURSILLO

Es cierto que la preocupación primordial del sacerdote, como se ha reconocido en las sesiones ya celebradas, se inclina sobre los efectos religiosos y morales del cine en el público que lo contempla. Basta referirnos a los temas propuestos para darse cuenta de que el interés sacerdotal por el cine es levemente humanístico y, más que nada, sobrenatural. He aquí los temas: «División teórica y práctica de los espectadores», «Cine infantil. Influencia del cine en los niños», «Influencia del cine "católico" americano», «Público espectador en los pueblos y en la capital», «Peligro real del cine: ambiente, moralidad, superficialidad», «Posibilidades y realidades del cine como instrumento de apostolado», «Postura de los sacerdotes ante el problema del cine», «Cines parroquiales. Legislación actual», «Información práctica sobre los efectos del cine como experiencia del trato con las almas» y

LOS SACERDOTES ESPAÑOLES DIALOGAN SOBRE EL CINE

EL INTERES PRIMORDIALMENTE RELIGIOSO DEL I CURSILLO SACERDOTAL DE INFORMACION CINEMATOGRAFICA INCLUYE LOS ASPECTOS TECNICOS Y ESTETICOS DEL CINE

Por el Rvdo. P. Fr. MAURICIO DE BEGOÑA, O. F. M. Cap.

«Publicidad. Moralidad de los fotogramas en los periódicos y carteles».

Estos temas se van desarrollando por un grupo de conferenciantes compuesto por una discreta dosis de elementos del clero secular y del regular, y de representantes de la creación y de la crítica paisanas. No se han descuidado tampoco las condiciones estéticas y técnicas de las películas, que, como podrá advertirse por la lista, encierran evidentemente un mensaje, como ahora se dice, de arte o de sentido de la vida. He aquí algunas de las películas logradas para este I Cursillo: «La ley del silencio», «Surcos», «Candlejas», «Justicia cumplida», «Solo ante el peligro», «Ladrón de bicicletas», «Milagro en Milán», «Juegos prohibidos», «El salario del miedo» y «¡Qué bello es vivir!»

Cada sesión comprende los actos siguientes: veinte minutos para la charla sobre orientación cinematográfica, cinco minutos de presentación de la película, proyección de la película y discusión en torno a ella.

MOTIVOS DE LA ATENCION SACERDOTAL

El hecho de que una asamblea compuesta exclusivamente de sacerdotes se ocupe de la proyección, estudio, análisis y juicio moral, religioso y estético de las películas es ya haber resuelto en gran parte aquella objeción que hace años el canónigo belga Brohé, fundador de la Oficina Católica Internacional de Cine, exponía a los católicos: «El no tomar el cine en serio». «Y hay que tomarlo en serio—añadía—, porque el cine es una concepción de la vida», o, como explicaba el señor Obispo de Los Angeles, Cantwell, iniciador de la Liga de Decencia Americana, el cine entraña una filosofía de la vida que frecuentemente es falsa.

El refrendo definitivo de la actitud católica ante el cine fué puesta con la serenidad del magisterio pontificio, por Su Santidad Pío XI en su encíclica «Vigilanti Cura», del 29 de junio de 1936, carta

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

36 PAGINAS

Suscripción semestral: 30 pesetas

Pedidos: al INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Monte Esquinza, 2

MADRID

magna de la cinematografía católica. Después de llamar la atención sobre los posibles y los históricos extravíos del cine y sobre la eficacia dignificante de la colaboración de los católicos, enunciaba los principios que han de regir el cine, los cuales no son otros que «las nobilísimas normas de las artes liberales». Se reconocía, a la vez, el hecho incuestionable de nuestra civilización: la necesidad moral del cine para una grandísima parte del linaje humano.

Una última razón práctica y definitiva habría de inclinar la atención sacerdotal sobre el cine. Nos referimos al hecho de que el contemplar el espectáculo cine, y, por consiguiente, el producirlo, es un hecho ético, un caso de conciencia y de confesionario.

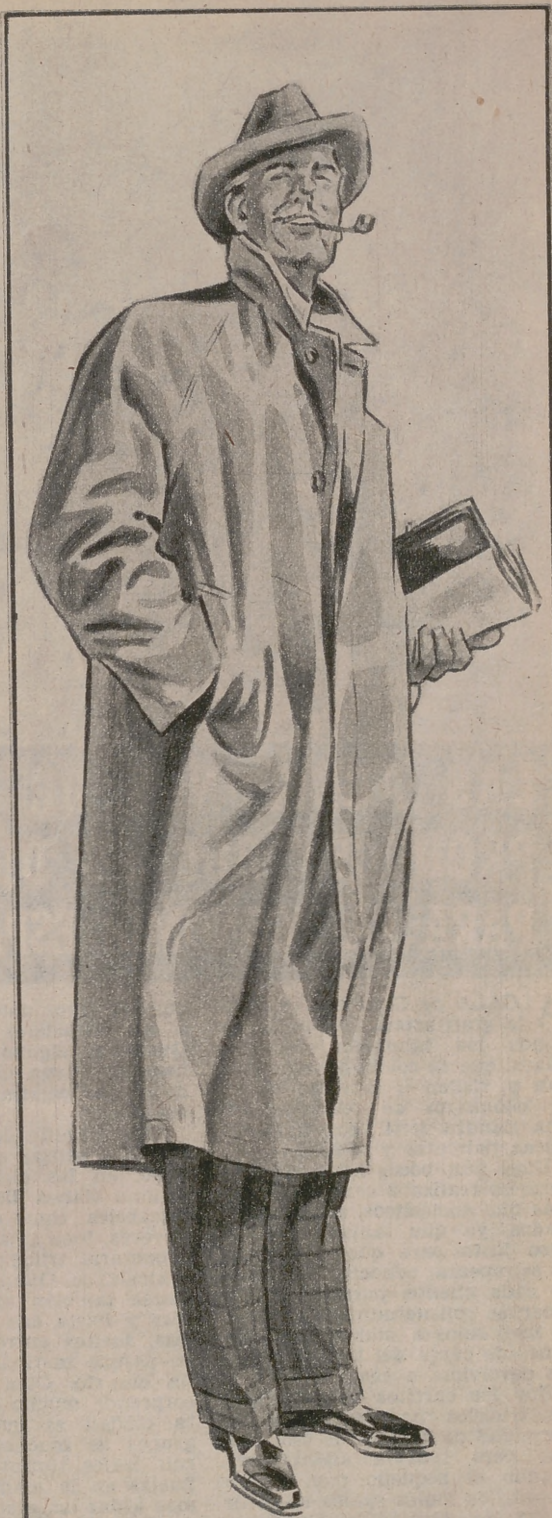
CONQUISTAS ESPIRITUALES DEL CINE

De tantos males se ha acusado al cine, y, efectivamente, tantas han sido y siguen siendo sus fechorías, que parece excesiva candidez o análisis refinado el plantearnos la cuestión de sus conquistas espirituales. No obstante, entre sus dimensiones innumerables, como los radios de un círculo, hay que contar con la dimensión espiritual. Hay indudablemente películas que intentan llevar y transmitir con mayor o menor perfección un mensaje espiritual. Es decir, quieren resultar ejemplares, aleccionadoras, propagandísticas, apostólicas, en una palabra. Sin embargo, ni aun en estos casos, podemos olvidar la condición sustancial del cine de ser un entretenimiento, un juego más o menos artístico y técnico.

El sacerdote no puede ignorar esta dimensión del cine. La imagen moviéndose pone en manos del cine los dos medios más eficaces de enseñanza, de publicidad y de fascinación: la figura y la acción acelerada. La utilización de los cines parroquiales, en los que se proyectan películas garantizadas religiosas y moralmente, ejerce al menos una función de diversión, de apartamiento de niños, adolescentes y aun público adulto de otras salas donde la seguridad es menos dirigida. En ocasiones el cine puede ser una ayuda económica y pedagógica, dentro del cuadro general de las actividades eclesísticas y de la cura de almas. En todo caso, el sacerdote, versado por su vocación y estudios en la cultura filosófica y clásica, tiene algo que decir sobre los valores intelectuales, estéticos y humanísticos del cine, y bien sabido es cuánto una noble teoría purifica de tosquedad y mal gusto una producción artística. Hay circunstancias en que los oficios sacerdotales de asesoramiento, de criterio católico dogmático y moral de censura o de sencilla información ambiental son imprescindibles. No se descarta la posibilidad de que en casos particulares, con las debidas orientaciones u órdenes de los respectivos prelados, el sacerdote participe en la creación de la película e incluso en su interpretación, aunque siempre —nos parece— como caso extraprofesional.

Por todas estas razones y de todos estos modos el sacerdote encuentra posibilidades en el cine. Pero ya hemos dicho que su primordial papel consiste en una atención cuidadosa y bien informada a la reacción moral y religiosa de los espectadores de cine, lo cual, naturalmente, supone un conocimiento mediato o inmediato del contenido y de los estilos con que el cine expresa lo espiritual. Porque las películas por las razones que sean, siguen interesándose por el mensaje religioso y para lograrlo emplean los procedimientos y estilos más diversos: la ilustración fílmica de la plástica religiosa como la española «Cristo»; la pompa espectacular, como «Las Cruzadas», «Quo Vadis» y «La túnica sagrada»; la fantasía y el humorismo, como «¡Qué bello es vivir!» y «Milagro en Milán»; la tesis directa, como «Balarrasa», «La Señora de Fátima», «La guerra de Dios»; el realismo místico y gramatical, como «Juana de Arco», la de Ingrid Bergman; la simplicidad evangélica y franciscana, como «Fioretta», de Rosellini, y la humanización de lo religioso, como «Siguiendo mi camino», «Las llaves del reino» y el mismísimo «Don Camilo».

El sacerdocio católico, sin prisa y sin desmayo, se coloca ante las realidades del cine. Esta postura acaba de recibir su más alta confirmación. Con fecha 31 de diciembre último la Santa Sede acaba de designar la Comisión Pontificia de Cine, Radio y Televisión, la cual tiene por fin «estudiar los problemas del cine, radio y televisión en relación con la fe y la moral». Es decir, con la misma vida real humana hecha de naturaleza y de gracia.



CABALLEROS

Elegancia y distinción de nuestras prendas confeccionadas

Galerías Preciados

BUENA RUEBA DE SABIDURIA AGRICOLAN LOS CAMPOS DE SEVILLA

LAS ACEITUNAS DE MESA PRODUCEN BUENAS DIVISAS PARA LA ECONOMIA ESPAÑOLA

ALCALÁ de Guadaira es como la gran artesa de Sevilla, de donde los tahoneros del pan «fiao», que se cobra por semanas, van y vienen a lo largo de los 14 kilómetros de recorrido por una llanura fértil, con hotelitos, fincas palmeras y ventas.

Hace aún pocos años ese ir y venir se realizaba con mulos que, más que domésticos, eran amaestrados, ya que sabían llevar el paso justo para que el pan no se estropeara, conocían las casas de cada cliente, paraban en las tabernas consuetudinarias y hasta iban solos a subirse a los vagones de carga del trenecillo que los devolviera a casa.

Hoy los carritos de reparto y los triciclos han suprimido la necesidad de muchos de esos mulos; pero todavía alguna vez, cuando el pequeño tren se estropea, los mulos sabios salen de nuevo de Alcalá de Guadaira, con sus angarrillas forradas de lona, refuerzos de cuero y el gran capote impermeable para evitarle mojaduras a la olorosa mercancía.

Entonces no son cuatro mulos, sino cuatrocientos, los que forman la recua procesional de mulos de pan llevar.

Y es que en Alcalá de Guadaira viven cuatrocientos panaderos que van diariamente a Sevilla a vender su mercancía con un aire que, más que típico, diríamos que es casi de rito y no un negocio humanizado y «fiao».

Muchos de esos hombres trabajan por cuenta ajena; pero los métodos colectivos no le han

quitado sabor auténtico al pan y a los panaderos de Alcalá de Guadaira, alguno de los cuales hace la buena obra de caridad de regalar barritas a los más necesitados.

Es el orgullo del oficio el que les hace pensar que a lomos de mulo, en las alegres recuas de la lona blanca llevan, al son de cascabeles, como en un entierro al revés, toda una viva, operante y operaria trilogía.

Alcalá de Guadaira puede llamarse también «de los panaderos» y hasta «de los pavos reales», sueltos entre las flores de su parque maravilloso, a la orilla del río. Otra cosa que nos sorprende mucho al llegar a esta ciudad es que nos recibir grupos de muchachas ataviadas con trajes típicos y con castañuelas en la mano. Cuando vamos a dar las gracias en nombre de EL ESPAÑOL, nos dicen que aquellas chicas no han salido a esperarnos, y que en Alcalá de Guadaira los trajes de volantes no son los de diario. Tampoco es que haya feria. Lo que en realidad ocurre es que una empresa cinematográfica catalana ha despertado en la población un andalucismo «extra». Preguntamos por la película, y nos dicen que va a titularse nada menos «Good bye, Sevilla».

ACEITUNAS ADEREZADAS CON MUSICA

Quien de verdad nos espera en su automóvil es don Antonio Pecellín, apoderado de una de las grandes industrias de aliño

de aceitunas que existen en esta población, con el que nos vamos a ver cómo ruedan las aceitunas por las cadenas mecánicas de selección. A la entrada de los almacenes nos espera también el jefe de la sección de aceitunas, don Francisco Campos Ojeda. Estamos en un gran recinto con largas hileras de barricas al sol. Parece un tostadero de toneles o una batalla de obesos muertos, en alineación.

Las teorías de la moderna productividad han llegado a la aceituna de Alcalá de Guadaira. Al entrar en los pabellones, la primera impresión es de baile. Los altavoces transmiten una música alegre y se oyen risas de muchachas. Son las operarias, que

Las vistas de Alcalá de Guadaira, también famosa por Alcalá de «los panaderos», que es como la gran artesa de Sevilla

sa aumenta anualmente la renta nacional en 20 millones de dólares. El primer país consumidor de la aceituna sevillana de mesa es Estados Unidos.

MONTAÑAS DE APERITIVO

Una vez clasificadas las aceitunas pasan a las máquinas que les separan el «endocarpio» o «hueso», que cae en unos recipientes especiales.

Alcalá de Guadaira produce muchos pimientos para el relleno de la aceituna, pero también llegan cargamentos de Lora del Río y otros lugares. Los pimientos son cortados en tiras, que luego las operarias utilizan para rellenar las aceitunas con una gran rapidez y limpieza.

Casi todas las faenas de aderezo, incluidas las de la recolección de la aceituna de verdeo, son realizadas por mujeres. Una media anual de cuatro millones de jornales femeninos se emplea, en estas zonas de la aceituna de mesa, en realizar todas las operaciones hasta que los barriles están listos para la exportación. Sólo son empleados en esta labor unos 230.000 jornales de hombre. A la aceituna aliñada se dedican treinta y tres mil mujeres y solamente mil quinientos hombres.

De Dos Hermanas a Alcalá de Guadaira va el eje industrial del aliño, actividad típicamente sevillana, pero que se concentra en una parte de la provincia, mientras otras muchas localidades ricas en industria olivarera tienen grandes almazaras en las que la aceituna va íntegramente a la prensa.

Entre montañas de aperitivo recorremos las distintas dependencias.

—Estas son de la clase «manzanilla», esas otras son «de reina», y éstas, «gordal»...

Las más adecuadas para su conservación en verde son las «manzanillas» y las «sevillanas», aunque también se conservan algunas otras. Para que se les quite el sabor astringente y adquieran el color verde claro y dorado las aceitunas son sumergidas en una solución de salmuera hervida, cuyo contenido de sal se aumenta poco a poco. En las hileras de toneles al aire libre hay que echar todos los días un poco de agua y salmuera para compensar la evaporación.

Luego al cabo de cuatro o cinco semanas de renovar el agua de salmuera y agregarle a veces algunas hojas de laurel, orégano, romero, tomillo..., los barriles, a los que se ha renovado el agua muchas veces, están listos para ser taponados.

Dicen que hay unas aceitunas alargadas y puntiagudas con las que debemos estar prevenidos, ya que parece que dificultan la dicción si se comen en grandes cantidades. La sabia Naturaleza parece haber puesto en ellas como un pequeño paliativo a la locuacidad meridional.

LAS CULPAS A UN MONO

Vamos a contar ahora una anécdota sobre otra peligrosidad relativa que tienen las aceitunas. Esta vez cuando acompañaba el coqueo.

Un individuo entra en una taberna a tomarse una copa con



Los olivares que ponen cerco a Alcalá de Guadaira llegan hasta los pies de la muralla

unas aceitunas, que tanto le estimulan a seguir adelante, que bebe mucho más de lo que le permiten sus disponibilidades económicas del momento. Llega la hora de pagar, y como no tiene fondos suficientes aprovecha el momento en que el tabernero está vuelto de espaldas para arremeter a golpes contra un pequeño mono que había encima del mostrador. Al oír los gritos se vuelve el tabernero, que extrañado pregunta al cliente:

—¿Se puede saber qué es lo que le ha hecho el animalito?

—¡Casi nada! Se ha tragado un billete de diez duros que dejé encima del mostrador para que usted se cobrara.

Todos los vomitivos y purgantes que fueron empleados con el pobre simio no lograron ningún resultado ni pudieron hacerle expulsar el supuesto billete de Banco.

Está anécdota prueba la peligrosidad aperitiva de las magníficas aceitunas de verdeo que se cosechan y preparan en la región que recorremos.

Los principales almacenes de aceituna de alifio que existen en Alcalá de Guadaira son, además del de Beca y Cía., que visitamos, los de la Aceitunera del Guadaira, el de Gutiérrez Calde-

rón, el de Ordóñez y González, el de Ortiz Ponce y otros más pequeños.

Pero además en Alcalá de Guadaira existe la panificadora más moderna de toda Andalucía, La Modelo, con rapidísimos molinos, que funcionan sin polvo de ninguna clase. Vemos estas instalaciones también, ya que las aceitunas deben acompañarse siempre de algo más.

Alcalá de Guadaira con sus paisajes maravillosos, se divisa desde lo alto del silo de la panificadora La Modelo (con una capacidad de 150 vagones de 10.000 kilos) y se ve la población a los pies. Esta gran panificadora parece como una clueca de otras muchas tahonas de esta ciudad de panaderos y paisajes.

Alcalá de Guadaira tiene un gran escultor local que recibe encargos de «pasos» e imágenes desde muchas poblaciones españolas. Nos referimos a don Manuel Pineda Calderón, que en su taller de escultura nos cuenta que ha modelado 150 imágenes.

LA CUNA DE LAS FERIAS

Dos caminos había: ferrocarril y carretera. Y aun quedan verdaderas y trochas para arrieros. Optamos por el autobús para llegar a Mairena del Alcor (qué bello

nombre de romance). El tren—esa institución poco nerviosa, pero muy trepidante, que va desde la Enramadilla (Sevilla) hasta Carmona—no es recomendable para el que tenga prisa. En cambio sirve a las mil maravillas como punto de observación para folkloristas y estudiosos de caracteres típicos. Es un tren sin prisas, pero con pausas, que incluso se permite el descarrilamiento, sin más consecuencias, en los días de intensa lluvia. Gasta horas enteras entre Mairena y Sevilla.

Plantaciones de tomates, olivares, una dehesa, masas de eucaliptos... Este era el panorama sobre una tierra llana y rojiza, hasta que apareció tras los cristales la masa blanca de casas, limpias y bien encaladas, de Mairena. Lo primero, el campo de deportes y una barriada de reciente construcción; después, un ancho paseo de árboles y gente, bastante gente, sentada en sillas de areas a la puerta de tabernas. Hablaban, sin gesticular mucho. Nunca miraban el reloj.

Impresiona la temperatura. Cree uno encontrarse en una estación veraniega entre aquellas casas tan blancas, con puertas «encajadas» y gran aldabón, tejados reflejantes al sol, pavimentación de guijarros o adoquines y acerados de limpios ladrillos de arcilla.

—¿Qué puede usted encontrar aquí?

Así me hablaba con cierta tartamudez y moviendo mucho los brazos una persona antes quieta, observadora y con postura de descanso, que primero encontré. Surpe después que «Curro», que era conocido por todos, era un arquetipo de aquel pueblo.

—El castillo está a la otra parte del pueblo. Es lo único.

—¿Y la feria?

Paró en seco, echó la gorra para atrás y puso la vara bajo el brazo. Me miró fijamente. Era mucho más lo que quería decir que lo que dijo.

—De eso no hace falta hablar. Lo saben aquí, en Madrid y en Pekín. Tratándose de feria, Mairena.

—Sin embargo, no es ruta turística.

—No disponemos de medios para ello. Nuestra feria fué la primera. Aquí venían gitanos y negociantes de todas partes. De su tipismo y valor económico han tomado buena nota los libros.

—¿Sigue celebrándose?

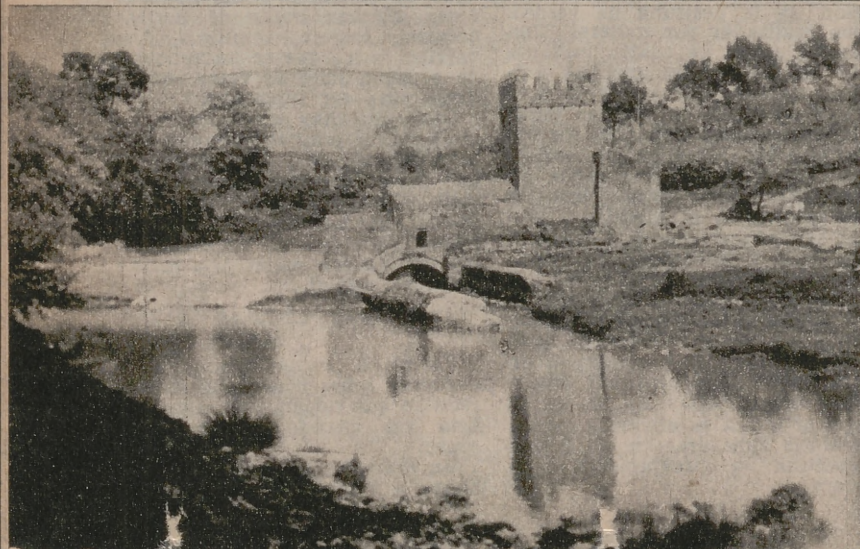
—Ahí mismo.

Señalaba el paseo de árboles, amplio y repleto de sol, que antes había dejado a mi izquierda.

—Ahí se ponen las casetas y todo lo demás. Claro que la gracia de nuestra feria nunca fueron las casetas, sino la concentración de feriantes, el chalaneo, los paseos a caballo, que en otros tiempos, según dicen los libros y la gente vieja, daban ocasión para lucir los trajes y de este modo se imponía la moda.

Bajamos camino de la plaza. La plaza es para ellos un auténtico ágora, sin que aquí se pueda dar a la palabra un simple valor literario. Todo se discute en la plaza. De la plaza parten las ideas y orientaciones. En la plaza se realizan los contratos laborales. Todo está referido a la plaza.

Ruinas de otros tiempos proclaman la antigüedad y la importancia de este lugar en el campo sevillano





La recolección de la aceituna verde para mesa requiere gran destreza

LOS CAMPANILLEROS EN LA MADRUGADA

Antes de llegar, desde una plaza llamada de San Sebastián, se divisa ya la media naranja de la iglesia parroquial y el castillo. Sobre los tejados, los verdes penachos de altas palmeras. A nuestra derecha está, en esos momentos, la Cruz de los Caídos, junto a los muros de la ermita de San Sebastián, donde se venera la Virgen de los Remedios, titular de la Hermandad de los Hortelanos.

Esta Hermandad tiene campanilleros que en las madrugadas de primeros de septiembre recorren las calles invitando a la misa de alba. También van a las huertas.

—¿Y el agua? ¿Cómo está resuelto el problema del agua?

—No falta. Aquí están los pozos que abastecen a Sevilla, en «Clavínquen».

Es un pueblo bien atendido por el agua. Tiene huertas, muchas huertas, con ricos naranjales. La naranja de Mairena es un fruto de alto valor en Sevilla y sus alrededores. Está considerada como la de más rico sabor, pero no exportable a causa de su fina piel.

—Aquí se exporta la naranja agria para Inglaterra. Dicen que hacen mermeladas con ellas. Las compran cuando está el árbol en flor.

Llegamos a la plaza. Una plaza que parece un patio árabe. Piso de azulejos, bancos también de azulejos, dos jardincitos simétricos en torno de una artística farola, también de ribetes de azulejos, y toda ella festoneada de naranjos. El Ayuntamiento, el Juzgado, la capilla del Santo Cristo de la Cárcel y tabernas, ese es el

contorno, la plaza. La gente, sentada en las puertas, hasta los municipales.

En las personas que vamos conociendo, con frecuencia llevan el prenombre de «niño». Así, el «Niño del vino».

Hablan. Dan vueltas a lo mismo. Y en cada vuelta, luce un alarde de imaginación, de aportación de detalles observados o imaginados. Sueran indiferentes las campanas del reloj del Ayuntamiento.

AHORA PREGUNTAMOS POR EL CASTILLO

—Es un verdadero museo arqueológico, debido a la iniciativa y labor del arqueólogo inglés don Jorge Bonsor, ya muerto. Hoy pertenece a su viuda, doña Dolores Simó.

Lo dice con verdadera satisfacción el Alcalde, don José Jiménez, hombre alto, fuerte, de complexión atlética.

—Allí tiene usted restos de estacaciones prehistóricas de estos alrededores, restos romanos, y cuadros de nuestro siglo de oro. Es un museo.

Desde lo alto de uno de los torreones del castillo divisamos después una amplia llanura, bien cultivada. Es lo que suele llamarse la campiña de Carmona. A lo lejos blanquean otros pueblos.

Ya de noche, volvemos a la plaza. El pueblo, sin prisas, empieza a moverse. Aquí la noche tiene un agradable secreto, que los maireneros saben aprovechar exhaustivamente.

Poco a poco acude la gente. Cada uno, con paso lento, se dirige a un lugar determinado para conversar. Son los artesanos que han terminado el trabajo. Mairena,

pueblo de cerca de diez mil habitantes, cuya única fuente de ingresos son casi exclusivamente las ricas huertas, olivares y tierra de campiña, tiene una verdadera profusión de artesanos. Los zapatos, los muebles, todo, lo recibe de sus artesanos.

Cada taberna tiene su clientela, como una especie de asociación. A una acuden los aficionados al fútbol; a otra, los de cacería con galgos; a otra, los de escopeta; a otra, los de pelea de gallos; a otra los negociantes; a otra, los críticos, verdaderos críticos, del cante flamenco. Aquí se aglutina mucho el cante, y los cantadores profesionales lo saben y temen. Cada taberna es una especie de asociación sin reglamento.

Y para variar de postura, de cuando en cuando grupos de amigos, los «tercios», se ponen en camino por las anchas aceras hacia la fuente de Alconchel, en las afueras del pueblo. Van y vienen los grupos. Si cualquiera no es encontrado de noche en la plaza o sus alrededores, puede ser hallado en estos viajes de ida y vuelta. En esta fuente, el beber es un rito.

CARMONA, ATRACTIVA AZAFATA

Dejamos Mairena, con todo su tipismo, artesanía y colorido, para dirigirnos a Carmona a lo largo de campos de olivar y cortijos.

La ciudad de Carmona nos parece, vista desde su Alcázar, como una gaviota encajada, y pensamos que la palabra encanto tiene aquí pleno significado. Al valle le llaman la vega, con un amoroso sustantivo femenino.

Nuestro amable acompañante en Carmona es el profesor de



Composición fotográfica para un cartel de propaganda de las aceitunas sevillanas

Geografía del Instituto Laboral don Pedro Gragera Blanco Morales, quien nos describe la riqueza de los regadíos y del amplio olivar, el número e importancia de las fábricas de mouturación, los cereales. A la entrada de Carmona, por la carretera de Sevilla, ha sido construido un gran silo. Sobre la red de silos de estas tierras habría que hacer todo un reportaje, así como sobre la labor de los Institutos Laborales y su profesorado.

Al dejar el Alcázar, nuestro acompañante nos muestra la puerta de Córdoba, de estilo grecorromano, y andamos otra vez por las bien empedradas calles de esta ciudad ibérica y romana, mora y cristiana, que es como la atractiva azafata de la regia Sevilla.

Instituto Laboral, silo, cereales,

Prensas de una moderna almazara, donde se extrae el precioso aceite de oliva



almazaras, regadíos, blancura de cal en esta Carmona en la que también existen notas abundantes de interés humano.

Reímos la gracia y finura de un señor que nos presentan. Se llama Joselito, fué sargento en nuestra Guerra y anduvo a tiros por la Ciudad Universitaria y en Bruneta. Es amigo del vino, cante y copla.

Cuando el autobús va a arrancar Joselito nos dice: «Todavía podemos tomar un par de escopetazos.» Y el coche de línea retrasa unos minutos su salida, mientras nosotros andamos en lo de los «escopetazos» en una taberna próxima.

Y otra vez por los campos de esta provincia de Sevilla, en los que se nos dan muestras abundantes de sabiduría agrícola y buenas pruebas de que esta tierra es maestra en producir modelos vitales de selección agropecuaria y casi arquetipos perfectos del reino animal.

SUPRESION DE LOS CAPACHOS

En Utrera hablamos con el cronista de la ciudad don Manuel Morales, procurador, aficionado a las cuestiones de Historia, es uno de los artífices del periódico local «Cumbres», que editan en el colegio de los Salesianos. Los cam-

pos de Utrera producen algodón, cereales, legumbres y aceitunas. También aquí hay industrias de aderezo de aceitunas y almazares, así como fábricas de jabón, harina, crin vegetal y la fábrica de Tejidos Planas, S. A., junto a la estación, con el ruido de esas máquinas que tejen y acarician el avance de Andalucía. Se crían buenos toros de lidia en Utrera y la confitería local es muy floreciente.

Y otra vez en marcha, ahora hacia Osuna, la ciudad de los duques. Desde lo alto del monte donde está emplazada la Colegiata contemplamos los extensos olivares que rodean Osuna y que suministran aceituna a las dos fábricas modernas que representan principalmente aquí a la industria olivarera. También vemos un gran silo en las proximidades de la estación del ferrocarril. Esto de la Red Nacional de Silos parece marchar muy bien en la provincia de Sevilla.

Osuna no es solamente una ciudad de casonas señoriales y palacios de portadas barrocas, es también industria que se emula, la de los catalanes y la otra. Los olivares prósperos, la gran traída de aguas que ahora parece está resuelta, el monumento y el recuerdo de Rodríguez Marín y la historia con su peso que es casi un lastre. En la Colegiata, que ahora se reconstruye, hay cuadros de José de Ribera, «el Españolito», casi en contacto con el polvo de la reconstrucción. Bajo el presbiterio de esta Colegiata están los duques de Osuna enterrados en una cripta impresionante. Hay tres altares, uno debajo de otros tres arcos en vertical.

Nos cuentan que la supresión de los capachos en las prensas continuas de aceite va a crear un conflicto laboral en Osuna, donde existe una floreciente artesanía dedicada a la elaboración del capacho para prensa de almazara. Hasta un gran cuarto en el Ayuntamiento indica la importancia local de esta artesanía que ahora está amenazada de muerte si no se le encauza a tiempo por otros derroteros entre los muchos que ofrece el trabajo, más o menos artístico, del esparto.

Estos son pequeños problemas si se ven en una vista de conjunto, pero que no dejan de tener un peso local y su importancia, aunque sean fácilmente remediables con el incremento industrial de estas comarcas en las que pronto, además de tener como eje económico el aceite, quizá tengan también el oleoducto, por lo menos en el período de su próxima construcción.

Y habría que hablar también de otras localidades; de La Luisiana, por ejemplo, con ese nombre dieciochesco que suena a plantación y sugiere la idea de América, o de ese otro pueblo de la provincia de Sevilla que se llama Guadalcanal, y de Cazalla de la Sierra, con los anisados y tantos otros lugares de esta tierra hispalense, que es el origen, no sólo del nombre, sino también de la primigenia economía española, que arranca de los tiempos de los que se dice que no había «tuyo» y «mío»; confusión de la que quedan todavía restos en la hospitalaria generosidad sevillana y andaluza.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)



SERIE VOCACION JUVENIL

Para su hijo no es mejor la carrera que parece más brillante, sino aquella para la cual él está mejor capacitado.

Si Ud. sabe elegir la profesión más adecuada a las naturales condiciones de un muchacho, podrá decir que lo ha puesto en el camino del éxito.

La serie VOCACION JUVENIL, le ayudará de un modo eficaz a descubrir la auténtica inclinación de sus hijos.

Volúmenes publicados:

EL MEDICO - Santiago Lorén
EL QUIMICO - Mercedes Fox
EL PERIODISTA - P. I. Taibo

En preparación:

EL ABOGADO, EL MAESTRO, EL INGENIERO, EL ACTOR, EL SACERDOTE, EL ARQUITECTO, EL MARINO, EL MILITAR, EL CATEDRATICO, (Filosofía y Letras), etc.

Libros encuadernados en tela y sobrecubierta a todo color, con cerca de 200 páginas, ilustrados. y una literatura tan amena como puede ser la de una novela de aventuras.

CADA TOMO: 30 PESETAS

Ofrecemos hoy a la consideración, del público lector, nuestras primeras ediciones que se hallan ya para la venta, en las principales librerías de toda España. Si en su localidad no las encuentra, solicítelas a:

EDICIONES CORINTO
Pº DE GRACIA, 23 · BARCELONA

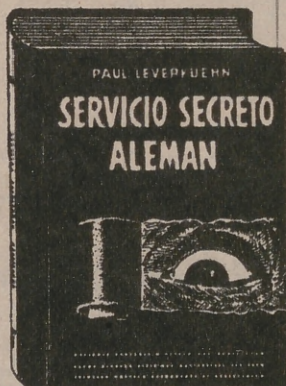
EL SERVICIO SECRETO ALEMAN

por Paul Leverkuehn

Constituye este libro la primera relación autorizada de las acciones llevadas a cabo por el Servicio Secreto Alemán durante la última guerra mundial, y una importante contribución a la historia de la misma.

Un relato interesante, objetivo y ameno, a través del cual conocemos las actividades que por la OBWEHR fueron realizadas en Turquía, Polonia, Dinamarca, Rusia, Francia, España, países del sureste europeo, etc...

Encuadernado en tela y oro, sobrecubierta en color ilustrado. 60.- Ptas.



TU PRESENCIA EN EL TIEMPO

por A. Nuñez Alonso

Una nueva novela del autor de la **GOTA DE MERCURIO** y en la cual Nuñez Alonso, se nos muestra como uno de los más destacados autores de la actual novelística española.

Un tema que apasiona desde las primeras páginas y un estilo literario de singular calidad, harán que esta obra sea leída y comentada en todos los países de habla española.

Encuadernada en tela y oro, sobrecubierta en color 60.— ptas.



LA GUERRA EMPEZO AYER TARDE

CUANDO pisó la calle llegó el miedo. Se dice: «Llegó el miedo» y parece que no se ha dicho nada, o que se ha dicho todo. Pero dentro de la cabeza las cosas tienen otro destino. Crecen aisladamente como islotes. Estaba en una situación de expectativa, oteando el peligro. No cabía defensa, no era posible. «Tengo que encender un cigarrillo. No tengo más remedio que encenderlo, porque si no echaré a correr.» Sin darse cuenta había pensado en voz alta. Sacó el pitillo y encendió el mechero. Le temblaba la mano. En el fondo no quería fumar, sino saber, cerciorarse del temblor de la mano. La calle estaba solitaria. El padre estaba preso y aquella mañana habían ido preguntando por él. Su hermana Julia había dicho que no iba por su casa desde bastante tiempo atrás. «No sabemos dónde está.» Uno de los hombres dijo que volverían. Le había dado al cigarrillo dos largas chupadas y ya estaba por la mitad. Las puertas de las casas estaban cerradas.

—Vas a casa de Benito Zafra y le dices que eres hijo mío—le aleccionó la madre antes de salir—. Si tu padre no hubiera sido tan terco estaría seguramente a salvo.

Parecía que las cosas iban a salirle bien. De pronto le vino a la memoria la música de un fox que había oído con Ana. «¿Cuándo fué?» Ya importaba poco el tiempo. El futuro apenas existía. Podía contarse con el antes y hasta con el ahora, pero el porvenir no estaba muy claro. El presente se había vuelto pequeño. Nunca había sentido el presente tan estrecho, tan ínfimo; siempre había tomado un fragmento del pasado y otro del futuro para ensancharlo. «La quinta columna» —pensaba. «Parece que debe de ser algo muy fuerte y firme, algo en firme. Pero en realidad la mayor parte es gente que huye a través de la noche, exponiéndose a ser apesada.» Era el peligro. Se sentía en peligro, aislado en los límites de la calle, sin apoyo de nada. ¿Qué hago si me piden la documentación?» Acababa de surgir el «salvconducto», y en él se cifraban muchas esperanzas.

NOVELA

Por Francisco ALEMÁN SAINZ

Aquel trozo de papel tenía una virtud: poder estar solo cuando se quisiera. De otra forma, se pasaba a la jaula, o al batallón disciplinario, o a algo peor. La guerra había empezado precisamente un sábado. Al día siguiente era domingo y

la guerra había pasado una noche. La gente moría. No era difícil morir. Bastaba que alguien se interesase, como antes se daba una tarjeta de recomendación para colocar a una persona. Era algo parecido.

Después de ponerse la camisa no pudo encontrar la corbata. «¿Dónde se habría metido aquel trozo de tela que dejara encima de una silla?» Fue al armario y todas habían seguido el camino de la primera. «Ya me dirán qué pasa para esta extraña fuga de las corbatas.» La noche anterior se acostó tarde. Estuvo despidiéndose de Ana, que se iba con su padre al extranjero, porque el padre de Ana era un ingeniero suizo enorme de tamaño y no quería continuar en la ciudad. Parecía mentira que Ana fuera su hija, porque Ana—Rafael Veiga no podía explicárselo—estaba construida como una obra maestra, puede que sin proponérselo, pero en ella la proporción aparecía por todas partes. A Rafael le encantaba sentarse frente a ella y mirarla hacer cualquier cosa. Estuvieron paseando la tarde antes, y él aceptó la invitación que la muchacha le hizo con autorización del ingeniero. Cuando volvían hacia la casa de ella había grupos que levantaban barricadas en la calle. A Veiga le pidieron la documentación, pero no la llevaba encima.

—Si no la llevas, tienes que venirte con nosotros a su casa.

—Bueno. Pero a la señorita hay que acompañarla.

Miró a los que formaban el grupo, y al que le pareció de más confianza le pidió que acompañase a Ana.

—Es súbdita extranjera—dijo.

Ana estaba a punto de llorar, y Rafael le agra-

decía que no lo hiciese. No podía soportar las lágrimas, sobre todo en aquel momento.

—Mi padre vendrá a buscarte. No puedes faltar a la cena—añadió sonriendo.

La vió irse, y dos hombres le acompañaron a él hacia donde se había instalado una oficina nueva titulada de defensa. No estaba cerca, y Rafael pensaba que aquel mismo camino lo había seguido él muchas veces, las últimas en compañía de Ana. Llegaron al edificio donde estaba instalada la nueva oficina, y los dos hombres se fueron, después de entregarle a un grupo armado que estaba en la puerta.

—No lleva documentación—dijeron.

Era temprano y en la oficina había solamente un oficial de la reserva que se había hecho cargo de aquello, llamado por uno de los políticos extremistas de la ciudad.

Cuando entró en la habitación, pensó que había tenido suerte. Era Zafra, un pariente lejano de su madre.

—¿Qué ocurre?

—Este pájaro no lleva documentación.

—La civildad.

—Yo respondo de él. Le conozco.

Se levantó de donde estaba y le tomó del brazo.

—Ahora, a tu casa. Te voy a acompañar.

Zafra tenía un hermano que era un personaje político. Como se trataba de un hombre honrado, su vida no sufrió el menor cambio. Se le respetaba, pero en una línea próximo al odio. Ulpiano Zafra era oficial de la reserva, y vivía un poco a la sombra de su hermano Benito, que en tiempo no muy lejano sufrió molestias y persecuciones.

—No voy a mi casa—dijo Rafael.

—No hagas tonterías. Tu sitio está en tu casa.

—Estoy invitado en casa de Juan Mander.

—¿Tienes mucho interés en ir?

—Sí. Mañana se van.

—¿Quiénes se van?

—El y su hija.

—¡Ah, bueno! Eso es otra cosa. Te acompañaré a casa de Mander. Pero al salir lleva cuidado. Llama por teléfono a tu casa, y que te envíen la cédula personal o el carnet de estudiante. Yo veré la forma de que mañana tengas un salvoconducto.

Hubo una pausa ligera, rápida, que a Rafael le pareció que duraba demasiado.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién?

—Lo sabes tan bien como yo. La hija de Mander.

—No sé cómo explicarlo. No resulta fácil. Esu-
penda, no vale. Bonita, tampoco. Me gusta.

—Ya lo spongo que te gusta.

Estaba delante de la casa del ingeniero.

—Ya estás aquí.

—Gracias—dijo Rafael.

—No es nada. Despidete de ella, y despidete de muchas cosas. La vida es así, chaval.

Cuando Veiga entró en el recibimiento de la casa, Ana le aguardaba. Había estado viendo cómo se acercaba por la calle, acompañado de Ulpiano Zafra.

—Mi padre fué a buscarte—dijo ella.

La muchacha estaba entre sus brazos, y las palabras llegaron a Rafael, con el rostro de ella jurto al suyo, y los labios muy cerca del oído.

—Quisiera quedarme aquí, contigo.

—Pero es peligroso—contestó él.

—Más peligroso es irme fuera, hacia la paz, lejos de ti.

—Cuando todo esto termine volveremos a vernos aquí mismo. Entonces volverá otra vez el buen tiempo.

—No sé, Rafael.

Había en la voz de la muchacha una tristeza suave, levantada al borde de los adioses inminentes, junto a la puerta de las promesas. Rafael la miraba el perfil rápido, la dulzura de los labios y la inquietud de la mirada.

—No sé lo que quedará de nosotros—habló Ana—, pero, de cualquier forma que sea, estos momentos serán importantes en mi vida. No estamos en situación de darnos importancia con promesas. Nadie sabe lo que puede ocurrirnos.

—Yo, desde hace algún tiempo, pienso en ti lejos de las promesas, como una necesidad—habló Rafael, y su voz crecía igual que los círculos iniciados por la piedra caída sobre el agua.

—Resulta difícil hablar de mañana, Rafael.

—También para mí es difícil, porque nadie respetará nuestro cariño.

Volvió Mander y saludó a Veiga. Había estado en la oficina de Zafra hablando con él, pero hubo

de esperar que volviese de casa de Rafael, donde fué a explicar a la madre que su hijo estaba en casa del ingeniero. Ulpiano había entregado a Mander un salvoconducto para Veiga, por si le hacía falta. Cenaron en el gran comedor de la casa, y, después de un café rápido, Mander dijo que iba a preparar papeles y maletas para el día siguiente. Rafael quedó solo con Ana. Había en los ojos de la muchacha una tristeza que trataba de no mostrarse, de no aparecer, como esos muebles enfundados en una tela blanca.

—¿Pensarás en mí todo el tiempo que esté fuera?

—No necesito ponerme a pensar, Ana. Te llevo en la cabeza siempre.

—Yo no creí que ibas a tener tanta importancia para mí.

—Yo sí que lo creí.

Estaban al borde del viaje y no encontraban las palabras que pudieran decir lo que sentían. Ana había puesto su mano cerca de él, y la mano de Rafael la cubrió por entero. «¡Pequeña mano blanca, que no se alzaría en el momento de la marcha para despedirse, sino que quedaría en el interior del automóvil, sin que él la mirase desaparecer!» —se decía el muchacho. Era tarde, y Ana le preguntó si quería que su padre le acompañase hasta su casa.

—No, no hace falta. Gracias.

Veiga salió del lado de Ana con un sentimiento duro de que no volvería a verla. Que no volvería a besar sus labios, ni a sentir la mano de ella apoyada en su frente. No era el viaje del día siguiente, ese viaje desde el que se vuelve. «¿Qué me aguardará a mí en los largos días que habrán de llegar?» No lo sabía, pero esperaba lo peor. Aquella mañana, cuando salió del cuarto de baño, preguntó a su padre:

—¿Pasa algo?

—La guerra empezó ayer tarde—respondió.

—No salgas—había dicho la madre.

—No puedo estar aquí metido siempre.

—Siempre, no. Pero debes de esperar. Dí tú algo, Ernesto—llamó al doctor Veiga.

—¿Qué voy a decir? La guerra empezó ayer tarde. No puedo hacer nada. No puede hacerse nada. Figurate que, por cualquier cosa, le movilizasen mañana o pasado, o dentro de un mes. No puede ahora tratarse de un niño. No puede ser soldado mañana, y ser hoy un niño.

—¡Movilizar!—dijo la madre, como si se tratase de una palabra desconocida, llegada a sus oídos por primera vez en la mañana de julio.

—Sí. Pueden movilizarle—insistió el padre.

—¿Qué haremos entonces?

—No lo sé. Una guerra es así. Nunca se dice:



«Vosotros, los que no estáis con nosotros, a un lado, a buscar a los vuestros». No, a éstos se les mete en la cárcel.

—No digas esas cosas. Nuestro hijo es poco más de un niño.

—Lo ha sido. Todos lo hemos sido, o casi todos.

Rafael veía en su padre toda su estatura mental y cordial. No, no había sido feliz. Estaba ya en la madurez, y el hijo veía en los ojos del padre que hubiese querido algo distinto. Entre el padre y la madre, Rafael notaba en el primero algo que le atraía directamente: el silencio. «Pensará que puede haber un momento cercano en que esté solo, y haya de defenderme sin ayuda de nadie». Días después fué a la cárcel. Una denuncia. Las cosas son así. Se dice: la sociedad. Era en otra época, y se contaba con un pequeño grupo de usureros, de lesbianas, de gente extraña en distintas clasificaciones, mejor o peor afortunadas. Ahora se llegaba, y alguien ponía sobre una persona una interacción: desafecto. Se maniobraba, sin escrúpulos, sobre la línea del amor. No se puede amar a un monstruo. No pueden amarse las grandes matanzas. Se habla de la humanidad, pero la humanidad no existe. Sólo cuentan las personas cercanas, el prójimo.

Rafael había salido, y fué detenido y después acompañado por Zaíra a casa de Ana Mander. Pero Ana se había ido en la mañana, cuando el sol todavía tiene tibio su hornco, aun en julio. ¡Qué lejos, Ana, y los días iluminando los jardines, y las rosas estallando al extremo del fino verde hilo firme, rebetado de hojas! ¿En qué calle lejana pondrás tus pies? ¿Y tus ojos? ¿Qué imágenes llenarán los arcos truncados de tu mirada, bajo tus finas cejas, Ana Mander?

Veiga había ido a la Universidad. Sus amigos eran de Falange o de las Juventudes Comunistas. La política apenas le interesaba, porque acababa de caer en el gran egoísmo, acababa de enamorarse de Ana Mander. La había visto una mañana de noviembre en el teatro, con su padre. El doctor Veiga conocía al ingeniero, y alguna vez, en las sobremesas silenciosas, habló de aquel hombre de gran tamaño que padecía una enfermedad pequeña, pero que podía caer herido a causa de ella, porque en ocasiones lo pequeño se enseñoorea de lo grande. Le presentaron a Ana Mander en una tarde de casino, en un grupo de muchachas, y ella se dió cuenta de que Rafael la miraba con demasiada insistencia, como si los ojos del muchacho quisieran contarle sin palabras que no podía pasar sin verla.

Había en la voz de ella, cuando Rafael Veiga se le acercó, dos tardes después, una decisión de enterarse de lo que pasaba dentro del muchacho. Ana tenía interés por él, pero todavía era un interés vago, hecho de pequeñeces. Aun no habían pasado juntos una tarde, ni tampoco una hora. Rafael la esperaba y Ana Mander cruzaba con sus amigas, en el centro del grupo, sin aparentar que le veía, sin aparentar tenerle en cuenta, pero dentro de ella ocurría otra cosa. Veiga la seguía, se informaba, estaba siempre próximo a donde Ana pasase. Tenía en su favor algo que quizá no fuese lo que trataba de conseguir, pero que le ayudaba. Después del primer diálogo, las palabras que pudieran cruzarse entre los dos no fueron muchas, pero, conforme pasaba el tiempo, Rafael estaba más preso en la cercanía de Ana, menos libre de todas las razones que pudiera decirse a él mismo para no asistir a su derrota, que era la gran victoria de sus años.

—Buenos días, Ana.

—Hola, Rafael.

Salía la muchacha de una iglesia mañanera, y en la puerta una vieja, celestina desinteresada, hablaba de la buena pareja que hacían. Veiga le dió un duro, sin arrepentirse. «Que el Señor les bendiga», fué su frase última, llegada al oído de los dos.

—¿Querías algo, Rafael?

—No. Te quiero a ti, Ana. Querías es pasado, si me acuerdo bien de los tiempos de la gramática. Y esto es presente y futuro, solamente puedo decirte eso, que te quiero. Sólo puedo hablarte de mi amor, Ana.

En los ojos de ella asomó una aceptación que Veiga no pudo recoger.

—Me conoces desde hace unos días solamente.

—No importa, Ana. Solamente puedo decir una cosa: Desde que hablé contigo y te vi, estoy enamorado de una muchacha.

—¿Y esa muchacha soy yo?

—No hay otra.

Esto era por febrero. Hubo elecciones y las cosas se agriaron entre los hombres del país. Rafael veía que todo se ponía en contra suya. Iba a las clases de la Universidad, y al ser preguntado por el profesor, unas veces respondía y en otras ocasiones no era su respuesta muy brillante. Ana Mander lo veía casi todas las tardes, y él la acompañaba en las salidas a la huerta, verde y cercana, a las puertas de la ciudad, tan inminente que destrucaba toda perspectiva. El verde, el bosquejo, o la pequeña estatura de las plantaciones, crecían en su realidad más íntima, dándole una razón de diálogo.

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Díla.

—Que te quiero.

—Eso me lo has dicho varias veces.

—Pues no puedo dar con otra cosa. Solamente puedo hablarte de mi cariño.

—Creo que exageras, Rafael.

—No exagero. Tú eres lo más importante para mí.

—Eso es lo que tú dices.

—Te quiero, Ana.

Por la frontera del jardín temblaba el primer beso, y los labios de Veiga encontraban en los labios de Ana Mander el inefable sentido de algo que crecía sin sentido para los ojos de los demás. —Yo te quiero, y nadie como tú podrá saber de este cariño, que no ha de recoger otro oído que el tuyo.

Ana se había ido, sin que él la hubiese visto subir al automóvil que la llevara lejos, a otro mundo donde el espacio y el tiempo tenían medidas distintas a las que valían para él y para la gente de su tierra. En esa misma hora que pasaba, los compartimentos tenían distinto significado para él que para gentes de otros países. Alguien estará explicando su lección en una Universidad con los alumnos sentados, escuchándole. Por un parque cruzará una pareja de enamorados mirándose los ojos, mirándose cómo los ojos son mirados por el otro. Un hombre grueso toma el tranvía y es saludado por el conductor como un asiduo del trayecto. Pero esa era la otra vida, la que se cumplía a su alrededor hasta unos días atrás, ahora relevada de todo servicio por una zona peligrosa. La existencia adquiriría en sus minutos una nueva realidad, la de sentir cómo el tiempo se actualizaba potente, sin referencias ajenas, el poder respirar era algo, por lo menos la seguridad de estar vivo aún.

La calle estaba solitaria, escasa de luz. En las aceras se desprendía el calor acumulado anteriormente; pero corría un airecillo fresco. Los balcones estaban cerrados, y los pocos que permanecían abiertos no tenían luz. La sensación de soledad era completa, como si él fuese la única persona viviente, la única que respirase aquel airecillo que movía las pequeñas hojas de los árboles. Por un momento se notó en los ojos un inminente rotura. Ya no era la posibilidad de la violencia lo que marcaba su mundo personal, sino la presencia de lo inanimado fuera de su objeto. Las casas cerradas, los árboles, las placas de los registros del anticantarrillado, los cierres metálicos, las farolas apagadas formaban ahora parte de un mundo inexplorativo e intolerante, preparado al parecer para caer sobre su miedo como una pared que se derrumba sin estrépito. Quizá lo que le preocupase más fuera el silencio, la densidad de aquel gran hueco de la noche, donde nada se movía. Aun estaba pendiente de aquello cuando un estrépito le hizo saltar a un lado y buscar un portal profundo en el que, pegado a la puerta, tratar de no mostrarse. Era un automóvil veloz que cruzaba con sus faros la noche adelantando la luz sobre la calle, despararramándola delante de las ruedas. No abandonó rápidamente el lugar donde estaba, en parte porque se encontró paralizado, en parte porque pudiera seguir otro automóvil al que ya debía estar lejos. Pero no hubo otro. De nuevo la calle quedó tomada por el silencio, cercada por la seguridad. Creyó haber andado mucho, pero apenas se había alejado de su casa. Pensaba en Ana y en que necesitaba estar pronto en casa de Benito Zifra. Por una parte, llegar a casa de Zaíra podía ser una salvación; pero, ¿lo era en realidad? ¿Qué podía hacer Zaíra por él? ¿Esconderle? Temía el escondrijo, quedarse alejado de la vida, buena o mala, en la soledad sin compartimentos de ninguna clase, larga y decisiva para el futuro. Su padre, el doctor Veiga, estaba en la cárcel, acusado

de una vaga indiferencia al régimen, que preguntasen por él era peligroso. Se trataba de momentos en que se necesitaba lanzarse al anónimo. No tener referencias de ninguna clase y todavía en ocasiones resultaba peligroso no tener referencias. Hasta podía vivirse aquel tiempo fuera de la familia sin ataduras cercanas que le forzasen a uno para adoptar la decisión de subsistir.

Era curioso que no encontrase a nadie por las calles. Era tarde, pero no lo suficiente para aquella soledad total. Parecía una ciudad abandonada de todo tránsito, porque sus habitantes hubieran huido. Y, en parte, sus habitantes estaban lejos, caminando por el sueño hacia un total abandono de la realidad, queriendo hundirse en el sueño para alejarse de lo que pasaba ante los ojos. La sensación de soledad era completa. Notaba cómo en su corazón iba formándose un poso de amargura que crecía lentamente.

Se cruzó con una pareja de guardias armados, y de antemano dió varios traspiés, saludando con una voz donde el vino hubiese puesto una fonética renovada. Iba bastante mal vestido y, sobre todo, estaba asustado. Los guardias le miraron con una vaga simpatía.

—Hay que dormirla, amigo.

Cuando estuvo lejos volvió a recobrar el aplomo. Le dolían las articulaciones, y por un momento pensó en si estaría enfriado; pero cayó pronto en la cuenta de que, aun estando enfriado, esto no tenía importancia. No la tenía, porque hay frios peores que los del enfriamiento.

La plaza se abría, ovalada, con un monumento en el centro, cuya figura ya no estaba sobre el pedestal. Rafael Veiga no sabía quién pudiera ser. La verdad es que nunca le preocupó. ¿Estaba a caballo? No podía responder. ¿Qué estaría haciendo Ana en aquel momento? ¿Ante qué tocador reharía su peinado, tratando de dominar el mechón rebelde, pronto a salirse del orden obligado? Puede que no volviese a verla. Las cosas son así; parece que van a salir bien y algo falla. Puede que sea algo que nos parece ajeno, pero que de pronto nos envuelve y nos obliga a adoptar una decisión sin remedio. Zafra estaba avisado de que él llegaría aquella noche, y quizá estuviese con cuidado por lo que pudiese haberle ocurrido. Parecía como si se alejase la vivienda de Zafra, como si no pudiera llegar a ella. En unos días todo había sufrido un cambio radical. Los apoyos de la relación social estaban caídos por tierra, sin que nadie hiciese caso de ellos. Era una experiencia dolorosa hallarse con que la mayor parte de las referencias del trato diario estaban fuera de lugar y que el repertorio común no tenía validez.

Rafael Veiga pensaba en su madre y en su hermana, solas en aquella casa donde él había vivido largos años, mientras su padre estaba en la cárcel provincial sometido a no llegaba a saberse qué denuncia. ¿Por qué irían a buscarle? Su contacto con la política había sido nulo. Estudiar, no estudiaba mucho, pero casi siempre llegó al aprobado. Desde un año atrás estuvo pendiente de Ana Mander. Ahora pensaba que aquel estado de cosas era su enemigo, y que había de intentar sobrevivir. Zafra le esperaba, aunque su madre no le había dicho nada de eso. El doctor Veiga no pudo ser puesto en libertad, a pesar de Benito Zafra, que echó toda su influencia en favor de él. Según decían, estaba complicado en un complot que había de juzgar el Tribunal de Alta Traición y Espionaje. Parece que habían dado su nombre en una conspiración organizada por la Policía del Gobierno. Ahora, Rafael pensaba en su padre y en que posiblemente no estuvieran siempre de acuerdo en muchas cosas. Repasaba su relación con él, y se arrepentía de no haber estado más ratos junto a él y de no haberse tomado más interés por sus cosas, por los pequeños problemas que en ocasiones arrugaban su frente.

¿Cuándo llegaría a casa de Zafra? En la calle donde éste vivía conocía Rafael una pequeña tasca, donde alguna tarde había ido a tomarse un vaso de vino con algún compañero de la Universidad. En la alta noche le parecía ver las calles con los ojos del sueño; la escasa luz, de un lado, y la oscuridad, de otro, habían devorado los colores y todo parecía pintado como el telón de un sueño, en las últimas barandas de la mañana, cuando falta un instante para que suene el timbre del despertador llamando. La guerra había comenzado en la tarde de julio, cuando las muchachas empezaban a oscurecer su piel bajo el sol de las playas. Veiga se sentía en el estómago de un Estado enemigo,



pronto a ser digerido y eliminado. Le habían puesto la señal, y en cualquier instante le tocaría dar cuenta de unos actos que no eran suyos. «Quizá seamos responsables por todos, y el gesto de un hombre a mil kilómetros de distancia influya sobre nosotros como la luz que llega de las estrellas.»

Ana estaría durmiendo en el extranjero. No podía dar con otra forma de nombrar al país donde estuviese, sino en esa amplitud de extrañeza. Trataba de pensar las pequeñas variaciones de hora y no podía conseguirlo. De pronto se acordó de que tampoco sabía dónde estaba la estrella Polar. En la pared, estaba recién pegado un cartel anunciando una película norteamericana. «Mientras corre la muerte, aun podemos asistir al cine y ver cómo la mecanógrafa se casa con el hijo del millonario. Algo es algo. No deja de ser un consuelo.» Parecía que el miedo le había abandonado. Ana estaría durmiendo, con el cabello en desorden sobre la almohada.

«¿Qué pensaría su padre en aquellos momentos? Aislado, allá en la jaula. Sin noticias de su familia.» Le veía despierto sobre la colchoneta, mientras en la próxima alguien roncaba con estrépito. «Pensará en mí.» Sentía una vaga opresión en el pecho. «En qué será de mí.» En un balcón había una bandera. «No, no es la mía.» Pasaba por delante de la tasca donde iba con algún compañero de la Universidad a beber un vaso de vino. «¿Será amigo o enemigo? Y, sin embargo, le gustaba servirnos el vino.» Una motocicleta cruzó rápida, pero tuvo tiempo de meterse en la sombra pequeña de un portal. «El es así», pensaba ahora en su padre. Puede que en otras ocasiones le haya pedido a la vida otra cosa, pero ahora piensa en mí y en los de nuestra casa.» Recordaba aquellas palabras que dijo el padre, cuando su madre no quería que saliese a la calle, sobre que no era posible obligarlo a nada cuando quizá iban a movilizarlo o perseguirlo.

«¿Quién puede decir que no estoy movilizado? Me incorporo a los que huyen, a los que se esconden. A los que son buscados sin saber por qué. Yo no he dicho que sea un enemigo. No he podido decirlo, porque apenas se hablaba con nadie. Estaba muy cerca el viaje de Ana para hablar con nadie.» Necesitaba la soledad para poder fijar con energía las últimas horas pasadas a su lado, cuando el aliento de ella calentaba tibiamente su oreja. «Pero soy un enemigo. La cosa se plantea entre el militante y el enemigo. Nada más. No se puede salir fuera de las filas sin ofrecer un buen blanco.»

No quería morir. Ana volvería otra vez a la ciudad. «¿Cómo volvería? ¿Cómo sería él al regreso de la muchacha?» Debía de estar cerca de la casa de Benito Zafra. Sin embargo, estaba cansado, y antes no se cansaba fácilmente. Estaba, eso era seguro, en la calle donde vivía, porque su madre se la había señalado y repetido cuidadosamente. Ya estaba frente a la casa. Entró y subió las escaleras. Encendió una cerilla para encontrar el timbre, y llamó. Le abrieron en seguida.

—Pasa, pasa—dijo una voz.

—Soy Rafael Veiga. Mi madre me dijo que ustedes me esperaban.

En la habitación donde le pasaron, después de cruzar la oscuridad, había una luz encima de la mesa, y el resto, fuera de la zona de acción de una pantalla densa, quedaba en la penumbra.

—Siéntate ahí—dijo la voz.

Rafael adivinó un sillón y se sentó en él. Zafra se había sentado enfrente, sin un titubeo.

—¿Cómo está tu padre?

—No sabemos nada de él, sino que está allí.

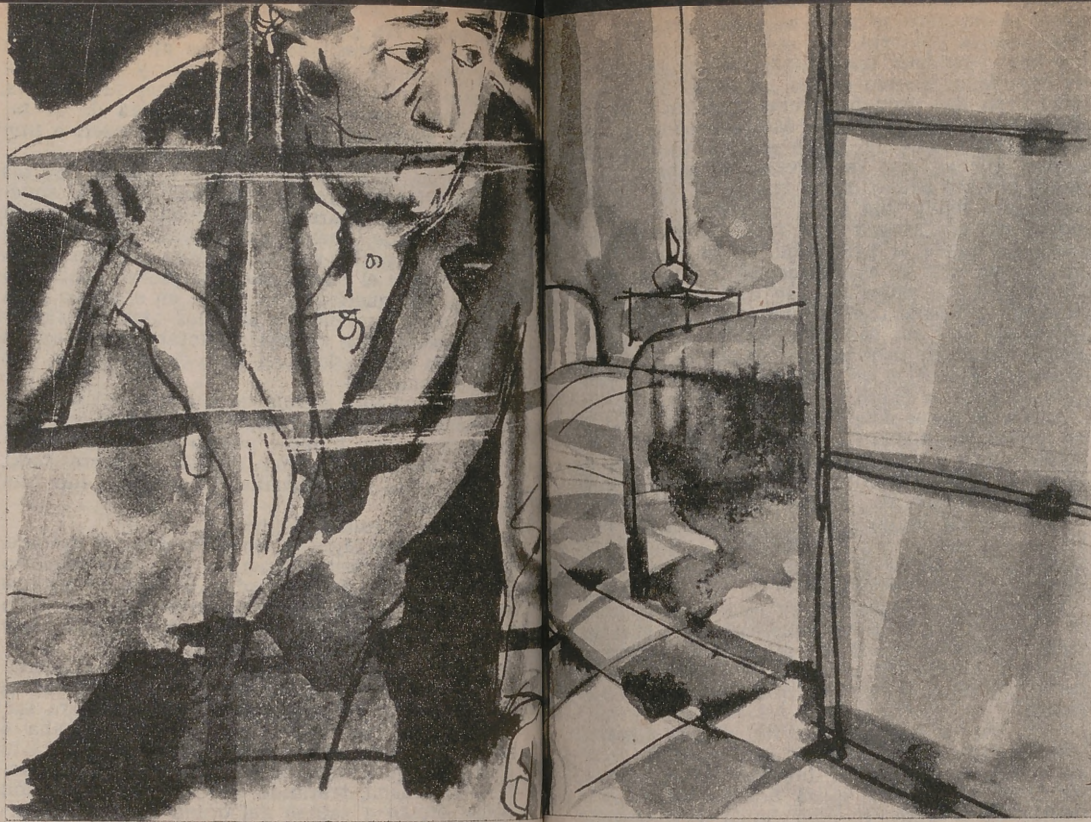
—Está incomunicado, ya lo sé.

—Pero ¿por qué?

En la voz de Rafael había una protesta sorda que no quería herir al otro. Pero la pregunta no obtuvo respuesta, aunque Zafra hablase. Quizá todo aquello fuese una respuesta.

—De pronto uno se da cuenta de que no es eso lo que se quería, pero ya no hay remedio. Tampoco se puede hacer mucho por volver atrás. Pocas veces se puede volver atrás. Aunque la verdad es que uno se ha quedado atrás. Nos sentimos responsables de algo que se nos ha escapado de las manos y en lo que no hemos tomado parte. Con esto, yo no quiero decir que tenga miedo por lo que pueda ocurrirme. Tengo miedo por lo que está ocurriéndonos a todos.

Veiga se daba cuenta de que las palabras no estaban dirigidas a él, que el otro estaba diciendo en voz alta lo que pensara en otras noches, sentado



en el mismo sillón que ahora ocupaba. La luz baja solamente permitía ver las manos del hombre apoyadas en los brazos del sillón, y a veces, junto a ciertas palabras, las recorría un temblor rápido.

—Quiero presentarte a mi hija.

Una de las manos que la luz iluminaba desapareció de la vista de Rafael. Debí de apoyar un dedo sobre un timbre situado tras el sillón. Se oyó próxima la llamada y alguien entró en el cuarto, a la vez que se encendía la luz del techo.

—Es mi hija—dijo Zafra—. Quiero presentarte a Rafael Veiga. Mi hija María.

Rafael se levantó del sillón, y la muchacha extendió su mano, antes de que Rafael repitiera el mismo gesto. Tenía ella unas manos pequeñas, frías. Era una muchacha no muy alta, de largos cabellos dorados. La nariz parecía asomarse sobre los labios delgados, tan delgados que al sonreír se creería que iban a romperse, a quebrarse por la tensión a que eran sometidos. Los ojos, pequeños, tenían un pliegue casi oriental. Había en su piel algo de amarillo, que no le restaba belleza.

—No te preguntó cómo estás—habló la muchacha—, porque mi padre me contó que venías y quién eras.

—Dile dónde está su habitación—dijo Zafra—, porque debe de estar cansado. Hasta mañana, Rafael.

—Hasta mañana, señor.

La muchacha le llevó por un pasillo oscuro. Parecía que en aquella casa todo era oscuro, y que solamente ella daba claridad al ambiente. Olla bien, tenía un perfume pálido, que se captaba difícilmente. Delante de una puerta, la muchacha le dijo:

—Buenas noches, Rafael; que descanses.

—Gracias, María; hasta mañana.

Pero ella ya no estaba. Debía de moverse rápidamente en la oscuridad.

Sin encender la luz, a tientas, encontró la cama. No quería saber dónde estaba y que resucitase ante los ojos de su memoria el cuarto de siempre en casa de sus padres. Fué desvistiendo sobre la cama, acostado, echando el pantalón, la camisa, los zapatos al suelo. Las sábanas estaban frescas, tirantes. Se quedó dormido sin esfuerzo, y no tuvo ninguna pesadilla. El camino desde su casa hasta la de Zafra le había cansado como una larga jornada de marcha. Durmió todo su sueño de un tiron y despertó a la mañana, cuando acababa de amanecer.

Por la ventana penetraba una luz helada. Eran los días primeros de agosto, y aquella primera hora reflejaba una mañana de diciembre. No quiso

levantarse y encontrar la casa silenciosa, con ese aire tremendo que tienen los muebles minutos después del alba. Después de dar algunas vueltas en la cama volvió a quedarse dormido, y cuando abrió los ojos era media mañana. Se levantó apresuradamente, y después de vestirse buscó el sitio donde la noche anterior estuviera con Zafra. Buscó el timbre que usara el dueño de la casa para avisar a su hija y llamó. Rápidamente apareció María.

—Perdona, pero no encontré otra forma mejor.

—¿Qué quieres desayunar?

—Lo que sea, por eso no te preocupes.

—Vamos—habló ella, y salieron hacia el pasillo, hasta por una de las puertas pasar al comedor.

—¿Y tu padre?

—Se fué hace una hora.

Tenía algo raro en la voz. Se le notaba cierta preocupación por su padre. Mientras desayunaba, Veiga miraba el perfil de María Zafra, con su línea suave, portadora de una belleza para otras tardes. «¿Y Ana?»—se preguntaba Rafael—. «No es posible olvidarla en su amplio extranjero, que era mucho más que una palabra.» María seguía callada, mirando un ángulo de la habitación. Había en su mirada algo pesado. A Rafael le agradaba el rostro de la chica, lo que había en su mirada de claridad y de sombra.

—¿Quieres algo más?—preguntó ella.

—No; gracias.

María le acompañó a la habitación donde, en la noche anterior, la luz iluminaba las manos de su padre.

—Ahí tienes libros—dijo ella señalando las estanterías.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo que limpiar las habitaciones y hacer las camas.

—Quédate.

—No puedo.

Salió del despacho y Veiga quedó solo. Tomó un libro y encendió un pitillo. Pensaba en su madre y en Ana. No es que quisiera menos a su madre y a su hermana; es que a éstas, con sólo decirlo, podía verlas; pero a Ana y a su padre era otra cosa mucho más difícil. Su padre estaba cerca y lejos. Ana estaba lejos y cerca; pues la sentía aún a su lado, como la noche en que estuvo en casa de Mander, antes de que se fueran. Ana y María no podían compararse. María tenía una belleza traída, al parecer, desde otro país; pero en Ana había todo lo que puede estar dentro de un corazón. María podía ser la aventura, mientras Ana era la compañía. Y sobre todo, a María la conoció la noche anterior, en tanto que Ana era algo más

fuerte: tenía muchos días y largas horas a su favor. Con el libro abierto, sin leer una sola línea, estuvo largo rato. Cerca del mediodía, la muchacha entró y se sentó en el sillón que la noche antes ocupara el padre.

—Lo siento—dijo ella con una voz empañada—. Quisiera que tu padre estuviese libre.

—Gracias, María. Hay cosas que no salen bien.

«Por qué habían ido a buscarle a su casa?»—se preguntaba Rafael Veiga—. «Alguien debe haberme denunciado. Pero, ¿por qué? Yo no encuentro nada en que poder apoyar mi propia denuncia. Seguramente quien lo ha hecho encontró algo. Nunca se sabe.» Levantó la cabeza y vio que María desviaba su mirada. «Estaba con sus ojos fijos en mí»—se dijo—. Pero quizá Ana esté recordándose en este momento.»

Benito Zafra llegó después de mediodía y se encerró en el despacho con Rafael.

—Las cosas no van bien—dijo—. No puedo hacer nada por tu padre y no hago más que pensar en él.

Había en la mirada del hombre un tono frío, de cenizas aventadas. Notaba que cada día era menos atendido, que se había quedado atrás mientras sus compañeros avanzaban sin contar con nada.

Entró María diciendo que la comida estaba puesta, y los tres se dirigieron al comedor. Se habló poco, casi nada. Fué una comida triste, pensando en cosas que no estaban cerca. La muchacha puso el radio, y en la emisión de noticias del Gobierno se decía que estaban a punto de ocupar una ciudad.

Veiga no tuvo más remedio que leer alguno de los libros del despacho. Nadie debía de saber que él estaba allí, y miraba la calle desde detrás de las persianas. Veía pasar la gente y hasta, en ocasiones, pasaba algún conocido. Por entonces casi se leyó entero un libro del abate De la Gándara titulado algo así como «Apuntes sobre el bien y el mal de España». Era un librito de páginas manchadas por la humedad, en una edición de Valencia fechada en 1811. Resultaba emocionante todo lo que el libro decía y Rafael pensó en anotar algunas frases, pero luego no lo hizo. También había unos libros de Jovellanos, pero no pudo con ellos. No le resultaba simpático el personaje.

—Como estés mucho tiempo encerrado vas a salir hecho un sabio después de tanto leer—le decía la muchacha, creyendo que se pasaba las horas leyendo en el despacho; pero la verdad era que se sentaba y se quedaba, quieto, mirando un punto de la pared hasta que, si había algo allí, se borraba envuelto en una especie de niebla.

Benito Zafra llegaba cada día más hundido, más inseguro, confesando a Veiga que todo se le escapaba de las manos y que le hacían poco caso, que apenas se contaba con él.

—Pero usted tiene una historia política de persecuciones y encarcelamientos.

—Bueno, pero es eso: historia. Nada más que historia. Estoy viendo que el día menos pensado me meten en la cárcel.

—No serán capaces de eso.

—Bueno. Eso ya lo dirá el tiempo.

No siguió hablando, porque entraba María. Huía siempre de preocupar a su hija con lo que le pasaba. Hasta entonces logró mantenerla aparte, sin contacto con su vida política. A causa de esto se le criticaba bastante. Para Zafra, la mujer no debía intervenir en la política y, si lo hacía, no era su papel otro que el de aconsejar al marido, al padre o al hermano. Zafra se sentía fracasado porque no se le hacía caso y apenas se le escuchaba. Se le soportaba como una bandera muy pesada, pero bandera.

María y Rafael hablaban bastante mientras Zafra estaba fuera. La muchacha no tenía ideas políticas; quería encontrar un hombre de quien enamorarse y ser todo lo feliz que pudiera, perdonárselo todo si él la quería.

—Tú eres una pequeña reaccionaria—le decía Rafael riendo.

—No te digo que no.

Ella conocía a Ana y Veiga le hablaba mucho de la hija de Mander, pero María no recibía aquellas confidencias con mucho entusiasmo. Rafael no se daba cuenta de que María estaba interesada por él. La verdad era que vivió siempre aislada y apenas conocía a nadie. La aparición de Veiga en la casa había sido un hecho importante en su vida.

—Sí.

Rafael estaba pálido; hacía tres meses que no le había dado el sol y hacía poco ejercicio, casi ninguno. A veces recorría toda la casa, desde un extremo a otro, y le decía a ella que le acompañase, como si estuvieran paseando por la calle principal de la ciudad en la mañana de un domingo. Ana le había dicho al despedirse que no le escribiría, que quizá sus cartas pudieran perjudicarle a él. Por otra parte, ¿qué dirección le hubiese podido dar? Así era mejor.

Las conversaciones a solas con Benito Zafra eran cada día más desesperanzadoras. El hombre empezaba a tener miedo de que ocurriese algo.

—No es por mí; a mí me da lo mismo. Es por María.

Rafael le prometió que, si las cosas iban mal, la hija de Zafra debía de irse con su madre y con su hermana y esperar a que todo se arreglase, si es que había algún arreglo posible.

—Lo que más siento es no poder hacer nada a favor de tu padre.

—Ese es un asunto lento; con un poco de suerte puede llegar hasta el final y salir en libertad.

—En eso tienes razón.

Zafra era pesimista. No creía que las cosas tuvieran arreglo. Creía que nadie puede eliminar de su forma de ser algo que antes le hubiera movido. Rafael creía que la vida humana no era fácil de explicar, que lo decente y lo indecente eran invenciones desajustadas. «Yo prefiero decir lo bueno y lo malo—añadía—. Quizá el tipo más canallasco sea el suspicaz, el desconfiado. Prefiero que me engañen a sospechar de nadie.»

Benito empezó a beber coñac, y muchas veces se le notaba que no estaba sereno y en sus cabales. María no hablaba de nada de esto, pero tenía un gesto de tristeza. Hablando con ella, Veiga le dijo un día que, si algo le pasaba a su padre, ella debía de ir a su casa y dar un recado a Rafael. Zafra debió de ver en alguna ocasión a la madre de Veiga, aunque nunca habló nada de esto. Solamente le decía que la madre y la hermana estaban bien y que el doctor seguía encarcelado, pero que su salud era excelente. Rafael seguía leyendo los libros de la biblioteca, y un día la muchacha le dijo que iba a terminar hecho un sabio.

—Yo creo que en los libros se aprende poco—habló Rafael—. Lo esencial en una vida es haber pasado por cosas y seguir adelante. No me importa de una persona sino su heroísmo. No es de la frase ni el que responda a una acción delante de mucha gente, sino el planteado en la soledad. Es en la oscuridad de la noche cuando se enciende en el alma de cada uno la pequeña brasa de nobleza. Solamente así puede graduarse aquello que decía Goethe de que él era de los que aspiraban desde la sombra a la claridad. Hay mucha gente a la que no le ha ocurrido nada y que viven su vida desde la seguridad, exigiendo a los otros. Pero hay individuos que luchan cuando parecen tranquilos. Esa lucha es la que para mí tiene valor. Muchas veces con una pequeña ayuda de fuera o con una gran ayuda, pero que en todo caso fallará si no hay un heroísmo que crezca por en medio. Ahí sí hay una guerra de verdad, y quien sale victorioso es digno de toda confianza. La gente turbia piensa que todo es turbio. Entre turbio y turbulento hay algo que empareja. No creo que nada de lo que leí me sirva para llegar a la sabiduría, pero creo que me valdrá para la paz, para mi paz. La vida está llena de traidores.

—Algunas veces, cuando te oigo, creo que habla mi padre con otra voz—dijo María, y en sus ojos estaba toda la imagen de Rafael recogida por entero.

—No aceptaré nunca la desconfianza, la suspicacia, porque es una forma, la más innoble, de la cobardía. Huir es distinto, pero desconfiar es una forma de vida que nunca llegará a la nobleza del ánimo. Hay que equivocarse muchas veces para aceptar alguna vez. ¿Tú sabes que algunos de familia que llevan mi misma sangre me abandonaron en el momento difícil? Un instante difícil es siempre un instante difícil, no importa a qué extremo de la vida se refiera. Ellos debían de saber que uno no es un cobarde y que en el corazón hay siempre una dirección hacia la luz. Puede que tuvieran distintas ideas, pero no se ama con las ideas, sino dejándolas a un lado. No puede unirse nada desde los instintos.

—¿Cuánto quieres irte, Rafael?—le preguntó María cuando él estaba en aquellos momentos, quizá arrebatado por sus mismas palabras.

—Ellos estaban tranquilos. Vivían placidamente cuando el mundo estaba luchando. Yo fui una piedra en sus pequeñas vidas comerciales, hechas de un supuesto crédito. Me abandonaron a mi suerte. Mi madre les pidió que me ayudaran. Tu padre, alguien que no llevaba mi sangre, fué el único que me ayudó. Yo sé que no es fácil. Alguien lleva una señal, una señal cualquiera, y va camino de ser un proscrito, un lobo. Las almas de los canallas nunca te ayudarán. Yo sé que tu padre, en el momento de ayudarme, tenía un gran dolor. No importa el dolor en qué dirección fuese: era el dolor. Yo estaba solo, luchando a ciegas por la salvación, por mi salvación. Salvar a un hombre puede significar salvarse uno mismo de toda caída. Salvar a los hijos de uno mismo, tomando como hijo al que ha caído, al que es perseguido.

María le escuchaba y sus ojos estaban fijos en el rostro del muchacho, que en aquellos instantes tenía, junto a la protesta, una gran nobleza. Le miraba silenciosamente, sin adelantar una palabra que pudiera alejarle de ella.

—Si alguna mujer pudiera ser amada por entero por mí, esa serías tú, María. Pero Ana está en cualquier parte de la tierra, con sus labios lejos dentro de mi corazón.

La muchacha sentía en su pecho una sensación de vacío, como si desde aquel momento él se hubiese escapado, como si se hubiese cerrado la puerta y bajase las escaleras en dirección a otra parte, donde ella no estuviese ni pudiese estar nunca.

—No voy a hablar del odio, porque nunca he odiado. Quizá el odio sea una cuestión de las glándulas de secreción interna. El desprecio, sí. He despreciado como quizá hombre alguno pueda despreciar. Porque el odio habla y el desprecio calla.

María le miraba. Estaba despeinado y el afeitado no era de aquella mañana. El rostro del muchacho azuleaba en la parte de la barba.

—Te encuentro distinto a los otros días—habló ella.

—Siempre somos distintos—respondió Veiga, y encendió un pitillo.

La conversación se había cerrado herméticamente y la muchacha no logró que Rafael continuara por el mismo camino que antes. Zafra llegaba a mediodía y a la noche con un aire cada vez más cansado, menos seguro. A Veiga le habló una de aquellas noches para decirle cuando María no estaba:

—Sí me ocurriera algo, ve a esta dirección que te apunto; ya he hablado con él y está dispuesto a que vayas allí.

—¿Y María? Yo he pensado que vaya con mi madre a mi casa.

—No. Se irá con mi hermano. Te lo agradezco, pero así es mejor.

—Pero yo no creo que pueda ocurrir nada.

—Eso te lo diré después.

Se le notaba que le crecía la intranquilidad. La misma María tenía una expresión triste.

—¿No has notado algo en mi padre?—le preguntó.

—No. Yo lo veo corriente, con el mismo gesto de siempre.

—Quizá sean imaginaciones, pero le veo raro y triste.

Para Veiga, siempre con la imaginación y la memoria puesta en Ana Mander, María apenas contaba en su vida amorosa. Hablaba con ella, pero desde la confianza y un afecto casi fraternal, apoyado en la bondad de Benito Zafra.

Una noche el padre de María Zafra no volvió a la casa. Ulpiano Zafra llamó a su sobrina, diciéndole que cerrara la casa y que él mismo iría a buscarla. Rafael se encontró con que tenía que ir a la dirección que Benito le apuntara días atrás, sentados en el despacho, hablando del futuro con inseguridad, pero lejos de creer que aquello pudiese ocurrir tan pronto.

—¿Cuándo quieres irte, Rafael?—le preguntó María y en los ojos de la muchacha había lágrimas pugnando por salir fuera en la tarde de otoño.

—Creo que será mejor salir de noche.

—Sí, es mejor.

Ulpiano iría a media noche a buscarla. Tenía un automóvil oficial. Si Benito estaba en bajo,

Ulpiano se encontraba arriba, creyendo que su hermano no merecía lo que le estaba ocurriendo.

—María, quiero despedirme de ti ahora y que luego, a la hora de salir, no haya palabras entre nosotros.

—Sí, así me quedaré más tranquila por ti.

—Tu padre es hombre bueno y leal. Pero no es fácil ser bueno y leal. No, no es fácil. Unas cuantas personas hay en cada ciudad, pocas en número, sobre cuyas espaldas gravita una manera noble de vivir. Todo lo demás es chatarra humana. Ellos son los justos. Luego vienen los espías, los traidores, los que denuncian, los que respetan la sociedad, pero no respetan al hombre. Los que condenan al hombre en nombre de la sociedad. Y una sociedad está también formada por chantajistas, por autores de anónimos, por mujeres viciosas y «gangsters». Si alguna vez quieres acordarte de mí piensa que tu padre fué el más generoso de todos.

Había en la voz de Rafael una energía que sorprendió a la muchacha, y cuando calló, la habitación quedó sin resonancias, como si hubiera perdido toda posibilidad de recoger en sus esquinas la huella de un sonido humano.

«Ahora tengo que salir—pensaba Rafael Veiga cuando la noche se desplomaba sobre la ciudad—Tengo que salir en busca de lo desconocido. ¿Quién será ese hombre que me apuntó Benito Zafra? Repulsivo o amable, habré de agradecerle que me tenga en su casa. El ser humano es algo raro: no se sabe dónde empieza ni dónde termina. Se espera de alguien un acto fuerte y se queda atrás envuelto en consideraciones egoístas. En cambio, quien apenas conocíamos se manifiesta pleno de energía y se ata a nosotros con una generosidad que no puede contarse. No quiero condenar a nadie, pero cuando se halla un ser humano en un momento difícil, dispuesto a luchar con nosotros, uno se da cuenta de que vale la pena vivir desde el suplicio y la soledad.»

Comieron algo en el comedor, donde el sillón del padre estaba vacío, señalando su alejamiento forzoso. Apenas hablaron, y Rafael veía en los ojos de la muchacha un dolor mudo, hecho de lágrimas guardadas que no se mostrarían nunca. «¿En qué lugar del mundo estarás, Ana Mander? Quizá sonríes en este momento, pero desde tu ciudad de ahora hasta tu ciudad de antes hay una distancia incalculable. Aquí la vida está predispuesta a encontrarse con la muerte o con el miedo. Mientras a tu ventana llega la música de los enamorados, aquí no hay derecho para enamorarse.»

Había llegado Ulpiano Zafra, después de dejar en la puerta el coche oficial.

—¿Qué hay, Veiga?

—Nada. Su hermano es el que lleva toda la razón. Yo puedo huir, esconderme y salvarme; pero su hermano es el que gana. A veces perder es una forma de salir victorioso.

Ulpiano no contestó nada. Se le notó que las palabras del muchacho le removían cuestiones interiores que le asediaban en instantes de soledad. Penetraron en la habitación las campanadas de un reloj lejano, traídas sobre la grupa brillante de la noche.

—Ya es hora—habló María, que, sentada en uno de los sillones del despacho, miraba un pequeño espacio de pared blanca con una decisión entera.

Veiga estrechó la mano de la muchacha sin decir palabra. Ulpiano le alargó la mano y Rafael la estrechó friamente. Abrió la puerta y bajó la escalera. Cuando estuvo en la calle respiró a pleno pulmón; hubo en su gesto una línea casi voluptuosa. El hombre que vivía en la dirección que Benito Zafra apuntara estaba esperando que él llamase a su puerta.

Corría un airecillo húmedo, y Rafael sentía cómo la piel estaba recibiendo la humedad de la noche. No estaba seguro de lo que fuese a ocurrir. No estaba seguro de nada. Pensaba en Ana Mander, en su padre, en María, y una ternura sin límites le iba invadiendo el corazón y el entendimiento. Iba por la calle en busca de su destino como quien no sabe qué dirección es la suya; pero, sin embargo, habrá de encontrarla a costa del esfuerzo o a favor de la facilidad. En el cielo, que dejaban percibir los tejados, había una gran cantidad de estrellas, y el corazón de Rafael Veiga parecía percibir el destino de las cosas, todo lo que en el mundo y en las personas



puede haber de melodía. La acera se abría bajo su sombra, y en el recuerdo y en el presente de un hombre joven iban creciendo, entre la generosidad y la mixtificación, entre la esperanza y la miseria, un haz de realidades que apuntaban al corazón.

Tenía frío. Y entre el escalofrío de la humedad que le rodeaba y el escalofrío de pensar en las personas que le habían ayudado en aquellos momentos difíciles, Veiga estornudó con una decisión ruidosa. En aquel estornudo se lanzaba sobre el aire del otoño algo más que un gesto menor o más reflejo. Era un hombre que se dirigía a alguna parte con un propósito, y bajo sus pies se cruzaban todas las direcciones, mientras su destino se precipitaba bajo las estrellas.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA CARAVANA FANTASMA

Por Sir Owen O'MALLEY

Sir Owen O'Malley, marido de la novelista británica Ann Bridge, ha recogido en un interesante volumen las experiencias de su larga vida de diplomático inglés. Las vicisitudes de los días que le tocó vivir le han hecho ir de un extremo a otro del mundo y presenciar los acontecimientos políticos más importantes de la historia de nuestro actual siglo. Testigo de la guerra mundial, la revolución rusa, la guerra de Liberación española, representante de su país en Hungría en momentos cruciales, nuevamente viajero por la Rusia soviética y embajador de su país en Portugal, sir Owen O'Malley tiene la suficiente experiencia para no aventurar un juicio sin poseer el suficiente conocimiento.

Educado en la mejor tradición británica, antiguo alumno de los claustros oxfordianos, donde se graduó en Historia, Malley no tiene cuidado en emitir juicios libres de prejuicio cuando habla de la guerra española y del régimen político de Portugal, tratando sólo de contribuir a la verdad que él cree haber descubierto.

O'MALLEY (Sir Owen).—«The Phantom Caravan» («La caravana fantasma»). Londres, John Murray, Albemarle Street, 262 páginas. 1954.

El padre pasó casi toda su vida en el extranjero como fiscal general y justicia supremo de varias colonias y como juez de los antiguos Tribunales extraterritoriales de Egipto del Imperio Otomano. Durante los primeros años de su vida de matrimonio llevaba siempre a sus hijos con él; pero cuando mis dos hermanos mayores alcanzaron la edad de ir al colegio y mis dos hermanas tenían, respectivamente, dos y seis años, se hizo imposible continuar viviendo de este modo y comencé a buscar una residencia permanente en Inglaterra para su familia, cada vez mayor. En Burlington Place alquilé una modesta casa, y fué allí, durante uno de sus períodos de permiso en Inglaterra, donde yo nací a las dos y media de la tarde del 4 de mayo de 1887. No parece que le afectó mucho este acontecimiento. Al principio de su diario dice solamente: «4 de mayo de 1887, miércoles. Trabajo político. Nace un niño a las 2,30 p. m. Gracias sean dadas a Dios por todas sus mercedes y que mi hijo sea uno de sus fieles.» En el otoño de aquel año mi padre tomó posesión de la casa de Denton, en el condado de Oxford. Nunca se sintió satisfecho en esta nueva mansión, pero, por una u otra razón, la familia vivió allí hasta su muerte, en 1932. Fué, por lo tanto, en Denton en donde se desarrolló la parte más querida de mi juventud.

Denton es un pueblecito que está a siete millas al sudeste de Oxford. Cualquiera que viene a nuestro pueblo desde Oxford tiene que atravesar los llanos donde se asientan las fábricas de automóviles Morris, y cuando cruza el viejo camino romano se encuentra ante sus ojos con una casa

THE
PHANTOM
CARAVAN

SIR OWEN O'MALLEY
R.C.M.G.

de gran belleza y dignidad. Denton House era un edificio rectangular situado ciertamente en un lugar mágico.

El 28 de abril de 1898 entré en un colegio privado de Folkestone. El 2 de mayo de 1902, dos días antes de mi décimoquinto aniversario penetré por la puerta del St. Peter's College (Radley). Mis padres escogieron este colegio para mí por considerarlo más adecuado que Harrow, donde habían ido mis hermanos, a causa de que estaba más próximo a Denton y gozaba de muy buen clima.

Después de unas severas experiencias en Radley, pasé al agradable ambiente del Magdalen's College. Allí fijé mi residencia en octubre de 1906. Decidí graduarme en Historia. Como en todas las Universidades, los grupos de estudiantes se reunían conjuntamente y discutían día y noche sobre los temas de aquellos momentos. En aquella época me enamoré también. Fué para mí una época llena de recuerdos amables. Mi novia vivía a alguna distancia de Oxford, y mis recuerdos de los años 1906-1909 tienen mucho más que ver con los paseos por el campo y las cartas enviadas a mi futura mujer que con las preocupaciones de la vida universitaria.

Cuando salí de Oxford y me gradué, pasé el verano en Francia, y en octubre de aquel mismo año regresé a Inglaterra para ingresar en el Foreign Office. Primero viví con una tía mía y después completamente solo. Fracásé en el primer examen de 1910 y decidí probar de nuevo suerte. En la prueba de 1911 me aseguré la primera plaza. Aquello fué una buena cosa y significaba mi liberación de la tiranía de exámenes que habían regulado mi vida durante trece años. Regresé a Londres de muy buen humor, destruí algunos libros que había escrito y me aprendí de memoria catorce mil frases y palabras alemanas.

En la mañana del 13 de octubre de 1911 me presenté, más bien trémulo, ante el secretario privado del subsecretario de Estado. Después de esta entrevista pasé a una sección donde se estudiaban las relaciones del Imperio Británico con los países de Europa central y oriental.

Entre octubre de 1911, cuando ingresé en el Foreign Office, y agosto de 1914, cuando empezó la guerra, ocurrieron tres importantes acontecimientos en mi vida: puse pie en Asia por primera vez, me rompí mi columna vertebral y me casé.

NEGOCIADOR CON LOS SO-
VIETS Y VIAJE POR RUSIA

A fines de mi quinto año en el departamento de Asuntos Nórdicos fui a realizar un viaje por toda Rusia. En aquella época no estábamos en guerra con la Rusia soviética, pero nuestra flota en el mar Negro tenía órdenes de atacar a las fuerzas bolcheviques. No estábamos en paz con Rusia, pero nuestra política era la de no fomentar el comercio con ellos. Ningún súbdito británico podía ir a la Rusia soviética ni a ningún ruso se le permitía entrar en el Reino Unido. No había comunicación postal entre los dos países, aunque no existiese prohibición o censura sobre la correspondencia. Se hicieron esfuerzos para acabar con esta situación, y en el Foreign Office tuvieron lugar unas negociaciones, a las que asistí. Tuvimos sandwiches y



Sir Owen O'Malley en 1946



O'Malley, embajador en Lisboa, con su esposa

café, pero todo fué en vano: ninguno de los delegados soviéticos dió su brazo a torcer.

Después de la conferencia escribí un largo memorándum a mister Ramsay MacDonald; pero mientras se imprimía se marcharon los laboristas y vino mister Austin Chamberlain al Foreign Office. En febrero fui un día a ver a Crowe y le propuse que había que explorar aquella *terra incognita* de Rusia y que creía que yo era la persona más apropiada para hacerlo. Crowe no perdió un instante.

—¿Cuánto tiempo desea usted estar allí?— me preguntó.

—Unos tres meses.

—¿Cuánto quiere usted gastar?

—Unas ciento cincuenta libras.

—Exacto. Escribo una carta al Tesoro diciendo que le hemos enviado y por qué.

El camino más conveniente para ir a Leningrado desde Londres era a través de Varsovia, donde yo pasé tres o cuatro días. El chófer de la Legación me llevaba todos los días a ver diversas partes de la ciudad, entre ellas el lugar donde los bolcheviques fueron arrojados de las puertas de la capital en 1921.

Luego fui a Kaunas y después a Reval. En este lugar me monté en un tren ruso tirado por una locomotora estoniana y a cargo de personal de la misma nacionalidad. A las once de la noche alcanzamos el puente que cubre el Narva. Unas diez millas más y el tren penetró en Rusia, donde cinco milicianos rojos, sobre la nieve, nos esperaban.

El cónsul, mister Preston, me fué a buscar a Leningrado y me mostró una ciudad que ofrecía un aspecto depresivo. Todo el mundo estaba mal vestido y su única preocupación era la de cómo se las apañarían para comer al día siguiente. En 1925, Lenin había muerto ya y estaba metido en su jaula de cristal en la plaza Roja. Yo me entrevistaba entonces en el Kremlin con *monsieur* Chicherin, que era encargado de Negocios Extranjeros. No tuve ninguna conversación impresionante, pues el señor Chicherin tenía dolor de muelas y su faz estaba envuelta por un pañuelo de colores, anudado en la parte superior de su cabeza. Me hizo algunas amables observaciones con su voz arrastrada, pero nunca tuvo intenciones de que hablásemos de política. Esto le correspondía a nuestro encargado de Negocios.

Tan pronto como me fué posible marché hacia el sur de Rusia. Muchos campesinos emigraban de una provincia a otra. Los agentes de la Checa nos quitaban el ojo. Sobre todo uno, limpio y bien vestido. Finalmente, salí de Rusia por la frontera persa, por una estación que, como todas las rusas, estaba en la máxima degradación.

Cuando regresé al Foreign Office escribí un largo informe, que tuvo un gran éxito. Fué impreso y circuló por gabinetes y servicios. Embajadores a

los que yo no había visto nunca dijeron que les había gustado y algunos ministros me pararon en la calle para expresarme su consideración. En aquel tiempo era profesionalmente ambicioso y esperaba que mi empresa me sirviera para avanzar. Así ocurrió y no tuve mucho que esperar.

CHINA Y EXTREMO ORIENTE

En otoño de 1925 el jefe del departamento de Asuntos Nórdicos me vino a ver a mi casa y me preguntó si me gustaría ir como consejero de Embajada a Pekín. La propuesta era tentadora y acepté. Realicé un largo viaje, lleno de incidencias. Cuando llegué a China el ministro era sir Ronald Macleay, con el cual fueron mis relaciones personales muy cordiales. Siempre me empleé adecuadamente y me permitió realizar importantes conocimientos. Cuando volví a Londres, en otoño de 1927, no se me dijo que diera ningún informe de mi gestión.

El viaje de vuelta desde China me proporcionó interesantes y deliciosas experiencias. Mi itinerario no fué planeado. Mi mejor camino era el que seguí y que consistía en ir a Yokohama y seguir a Shangai y Hong-Kong, y últimamente a Peking. Fué a mediados de agosto cuando llegamos a este lugar, y no salimos de él hasta el 7 de octubre. Esto fué para mí una gran suerte, ya que me permitió visitar en ruta la Indochina francesa y visitar los grandes templos de Cambodia. De 1929 a 1937 salí tres veces al exterior. La última de estas tres significó mi envío a Méjico. Posteriormente, en 1938, volví a Inglaterra y desembarcaba en Southampton el 5 de junio, destinado a la Embajada británica en España, que entonces estaba precisamente situada en Hendaya, en la frontera francoespañola, pero sobre territorio francés.



Ann Bridge, esposa de O'Malley (1953)

En septiembre de 1938 llegué a Hendaya, completamente solo. Iba a España sin ideas preconcebidas. No tenía preferencias particulares ni por la España roja ni por la blanca. No se me dió ninguna instrucción concreta, así es que llegué a este país con la cabeza completamente vacía.

En la primera oportunidad que se me presentó fui a Burgos a entrevistarme con el agente británico en aquella ciudad, sir Robert Hodgson, y con el Ministro de Asuntos Exteriores español. Mis relaciones con éstos eran bastante anómalas, ya que la representación de sir Robert realizaba importantes negociaciones con el Gobierno del General Franco de acuerdo con instrucciones que recibía directamente del Foreign Office y no a través de mí. Además, el General Franco, como es natural, no veía con buenos ojos el reconocer el estatuto oficial de una Embajada y de un encargado de Negocios que no estaba situado sobre territorio español. En cierto modo yo era una especie de símbolo de la unidad de España, dividida ahora en dos mitades, y un observador del Foreign Office con la misión de ver qué pasaba en ambas partes. No obstante, los Ministros del General me trataban muy cortés y amablemente y me hacían ver que las cosas debía de negociárselas con ellos, mejor que con nadie.

En este libro procuro eludir muchos aspectos de la vida española que otros desearían que tratase. Durante la guerra civil me llegaron a mí muchas historias de recientes incidentes que muestran hasta cierto punto las características del pueblo hispano. Contaré solamente dos, que, aunque eran comunes, las presencié yo mismo.

Un coche perteneciente a la Misión británica tuvo la desgracia de atropellar a un muchacho en las calles de Vitoria. Cuantos esfuerzos hicieron fueron vanos para salvar la vida del niño, que, además, era el único hijo de una pareja que vivía en la parte más pobre de la ciudad. El propio agente británico fué pocos días después a Vitoria a expresar su condolencia a la madre, ya que el padre no estaba en aquel momento, y a rogarle que le dijese si podía aliviar en algo su dolor. La mujer le agradeció mucho su atención y, tras de reconocer la culpa del niño, rechazó por completo cualquier indemnización o ayuda. Una semana más tarde, un hombre de aspecto trabajador se presentó en la puerta de nuestra representación de Burgos pidiendo que le recibiera sir R. Hodgson. Extrañado el conserje, lo comunicó a nuestro agente, quien decidió recibirle. Se trataba del padre del muchacho muerto, que venía exclusivamente, después de realizar un viaje de setenta millas, para devolver por mera cortesía la visita de su excelencia.

La segunda historia se relaciona con una pobre viuda que tenía cinco hijos, dedicados a cultivar la pequeña propiedad que le dejara en los alrededores de Burgos su difunto marido. Las autoridades militares le permitieron que se quedara uno con ella, y se llevaron los otros cuatro a filas. Uno tras otro murieron en el frente, pero la viuda afirmaba entonces que todavía le quedaba un hijo para luchar por España, y como consideraba esto un privilegio injusto, cesó de cocinar para el hijo diciéndole que no se preparaba comida para cobardes. El muchacho reaccionó inmediatamente y se alistó en el frente, cayendo también en el campo de batalla.

Todavía quiero contar una tercera historia, la del coronel Moscardó, del Alcázar, ya que hay muchos en Inglaterra y América que no la conocen. Hay varias versiones, y la mía puede que no sea exacta. Me sentiría feliz si Moscardó me corrigiese lo que digo si me equivoco, pero creo que no tomará a mal si cuento la historia de su hijo, ya que forma parte de la historia de su Patria. (A continuación el autor relata exactamente el diálogo entre el general Moscardó y su hijo.)

La guerra civil española terminó en 1939, y me trasladé a Perpiñán para contemplar la *debacle*. El Ejército republicano arrojaba sus armas a la carretera, y creo que no ha habido nunca mayor desastre en la historia del mundo. Los soldados penetraban en Francia o se dispersaban en las montañas. Había muchos comunistas franceses que venían a comprar revólveres por los precios más bajos. Cuatrocientos mil refugiados civiles corrían por los caminos que procedían de Cerbère. Yo mismo pude ver esta fila de miseria extendiéndose millas

y millas, y azotada por una lluvia torrencial y un viento cortante. Los franceses no parecían conmovidos por todos estos sufrimientos y enviaron tropas senegalesas para controlar la situación. Un día o dos después fui a Argel y me encontré a noventa mil soldados republicanos españoles tumbados en la playa, sin ningún refugio contra un viento demoleedor. Cavaban en la arena, como conejos, para resguardarse. Aparte de enviar algunos caballos muertos y algún que otro camión cargado de pan, los franceses ignoraban sus sufrimientos.

Marché a París para hablar con nuestro embajador, pero allí no había nadie. Nada se podía hacer contra tanta miseria humana que había visto. Además en aquellos días me llegó la noticia de que había sido nombrado para la Legación de Budapest. Por eso dije adiós por el momento a los españoles, a los cuales había conocido en poco tiempo lo que parece ser su principal personalidad: la tenacidad, su humildad sublime y su orgullo sombrío, su cortesía, su desprecio por el peligro y el sufrimiento y su preocupación por la tragedia y la majestad de la muerte.

Muchas insensateces se han dicho por gran número de gentes sobre la guerra civil española. La verdad es que en Londres nadie deseaba saber lo que yo pensaba sobre ella, y por ello me dediqué todo el tiempo a preparar mi marcha a Hungría. Mi opinión, en lo que tiene de valiosa, es que la estabilidad del Régimen del General Franco es una suerte para España. Esto no se basa en una apreciación de los méritos relativos de los blancos o de los rojos, sino en el hecho de que el Régimen de Franco, por su duración, es la mejor garantía de que no vuelva a producirse una guerra civil. El mejor servicio que le pueden prestar a los españoles y a España es no mezclarse en sus asuntos. Y creo que las gentes más imparciales de la vida política inglesa están de acuerdo conmigo, lo que pasa es que tienen miedo de expresarse de este modo.

MIS RELACIONES CON TELEKI Y HORTHY

Mi vida en Budapest se desarrolló de mayo de 1939 a abril de 1941. El estallido de la guerra coccó a Hungría ante una serie de problemas de auténtica pesadilla. El hombre con el que yo tenía que tratar era el primer ministro, conde Teleki. Se trataba de un noble transilvano, y no había nada digno de observación en su aspecto físico, salvo su faz, que sugería la de un jinete que hubiese cabalgado por las tierras altas de Asia durante siglos pasados. Su manera de ser era tranquila y suave, pero sus movimientos, rápidos, y su modo de vida tan modesto, que llegaba a la austeridad. Era profundamente intelectual y podía considerársele como un gran naturalista y excelente geógrafo. Así, cuando el Ejército británico desembarcó en Noruega me explicó con gran detalle y sobre los mapas las dificultades que encontraría y la absoluta necesidad que tendrían de tomar Trondheim. Respetaba y le gustaba Inglaterra, aunque no pensase muy bien de Chamberlain, Halifax o Eden. Era un hombre familiar, que inspiraba intimidad, y sus subordinados le profesaban una devoción ilimitada. El sentimiento mayor que yo descubría era el amor a su país; todo lo demás estaba detrás de esto, salvo la religión. Llevaba una vida consagrada y no tenía conflicto, salvo los que venían del exterior; es decir, la inevitable presión de las circunstancias políticas sobre su juicio y su conciencia.

Durante los primeros meses de 1941, los alemanes cercaban cada vez más a Hungría. En abril, su Ejército marchaba en Budapest casi bajo mis ventanas. Era un espectáculo espléndido el ver a aquellos muchachos cantando bajo el claro aire de Hungría. Un Ejército alemán en marcha, equipado y preparado para la batalla, es una cosa majestuosa y terrible, particularmente terrible cuando es un Ejército hostil, que marcha a luchar contra nuestros amigos y los amigos de nuestros amigos. Y, en medio de aquella extraña situación, sentía piedad por aquellos muchachos, que iban a morir, y, lo que era peor, a morir matando.

En aquellos mismos días los pilares del Estado húngaro comenzaron a crepitar. El Regente era un hombre honrado y muy amigo mío. Pensé que llegaría a persuadirle de que con una serie de eminentes húngaros abandonase el territorio nacional y formase un Gobierno en el exilio e incluso organizase un ejército con las tropas leales que

podiese reunir en la frontera de Yugoslavia. Pero cuando llegó el momento de la decisión, con un invencible e inesperado optimismo decidió capear la tempestad en su palacio de Buda. Teleki se dio cuenta de las circunstancias mejor y se mató cuando comprendió que era imposible reconciliar las opiniones divergentes. El optimismo de Horthy era ridículo. Así se lo hice ver cuando me despedí, y él me escuchó amablemente, como siempre, pero me demostró que permanecía invariable.

OTRA VEZ EN RUSIA

Todos nuestros amigos, que eran muchos, fueron constantemente a decirnos adiós, del 8 al 11 de abril de 1941. Casi todo tuve que dejarlo en la Embajada y fué completamente destruido en la larga y dura lucha que sostuvieron los alemanes y los rusos en las hermosas calles de Buda. De los tres caminos que podía escoger, opté por el de Rusia. Un pequeño tren nos llevó a través de Rutenia, y de allí, a Ucrania. Pasamos la frontera rusa en una noche terriblemente fría y comencé de nuevo a experimentar la perversidad y la descortesía del Gobierno ruso. Cuando llegamos a la Embajada de Moscú nos explicaron que el Gobierno soviético no poseía suficientes modernos, limpios y confortables coches-camas para ponerlos a nuestra disposición. Pasamos tres días en el tren. En Moscú, sir Stafford y lady Cripps nos recibieron con abundante hospitalidad, y permanecimos hasta el 24 de abril. Sir Stafford no habló de política y mostraba una cierta reticencia al conversar sobre Rusia, pero noté que la desilusión comenzaba a trabajarle. Por mi parte, la sensación que experimentaba del paraíso de los trabajadores era semejante a la que describo en mi primer capítulo, y que puede definirse como la de aquellos que están metidos en una cámara de gas espiritual.

Salí de Moscú en el Transiberiano, en compañía de mi familia y cinco miembros del personal diplomático de Budapest. Ibamos en un coche-cama de segunda clase, de un tipo anterior a la guerra del 14. El Gobierno soviético no nos dio un departamento separado a cada uno de nosotros. El coche restaurante era viejo, sucio, mal alumbrado y horriblemente servido. La mantquilla era abundante y excelente; el pan, tolerable, y el resto de la comida, incoestible.

En la tarde del sexto día de viaje el tren llegó a la estación fronteriza de Atpor. Allí se nos dijo que si no llevábamos un visado de entrada en Manchuria no se nos permitiría salir sin un permiso especial de Moscú. Si esta autorización no llegaba en pocas horas, teníamos que esperar nuevas órdenes. Atpor es un pueblo insignificante, que no ofrece facilidades a los viajeros. En aquella noche, la del 30 de abril de 1941, caía la nieve y soplaban el viento siberiano con toda su fuerza. He aquí la siguiente conversación que tuve con un siniestro y laconico miembro de la Policía. Un representante de la agencia viajera Intourist hacía de intérprete, con manifiesta satisfacción:

—¿Sabe usted que hemos recibido seguridades en Moscú, del Foreign Office, de que no se nos pondrían dificultades de este género?

—No.

—¿Se da usted cuenta de que ningún funcionario de Rusia puede conceder un visado para Manchuria, pues eso lo otorga el Gobierno japonés?

—No.

—¿Sabe usted que el cónsul británico en Harbin y la Embajada japonesa en Moscú me han dado seguridades de que no se me pondría ningún obstáculo para entrar en Manchuria?

—No.

—El jefe de Policía de Chita me dijo que todo estaba en regla. ¿Sería usted tan amable que me permitiese telefonarle?

—Lo que haga usted o no, no tiene que ver conmigo. Debe esperar aquí a recibir instrucciones.

—¿Puedo telefonar a Harbin o Manchuli?

—Una y otra cosa es imposible.

—¿Puedo coger un coche o un camión para ir a entrevistarme con un policía de la frontera y hablar allí con las autoridades manchurianas?

—No.

—¿Puedo telegrafiar al cónsul británico en Harbin?

—No.

—¿Podemos telefonar a Chita o a Moscú?

—No.

—¿Puedo yo telegrafiar a Moscú?

—Sí, en Rusia.

—¿Hay algún hotel en Atpor?

—No.

—¿Podemos comprar algún alimento aquí?

—No está permitido.

—¿Se puede mantener la calefacción en el tren?

—No.

—¿El hecho de que yo tenga dos inválidos conmigo no influye sobre el asunto?

—No.

—¿Puedo ir a Vladivostock o volver a Chita?

—No. Sus pasaportes no tienen los visados necesarios.

—¿Entonces qué tengo yo que hacer o dónde tengo que ir? ¿Es que debo de quedarme toda la noche en medio del andén, con este tiempo y con la perspectiva de no seguir adelante ni marchar atrás?

Ninguna respuesta. El policía, cansado de la discusión, me volvió la espalda y dejó el tren. Con la ayuda del representante de la agencia de viajes envié un telegrama a sir Stafford describiéndole mi situación, pero posteriormente supe que nunca llegó este telegrama a la Embajada. Al fin, a las siete de la mañana, nuestros pasaportes nos fueron devueltos y se nos dijo que podíamos cruzar la frontera. No dejaría de hablar de la insolencia y grosería de los funcionarios soviéticos con una inofensiva Comisión de diplomáticos que habían recibido toda clase de facilidades teóricas por el Kremlin. Más tarde informé a Londres, pero, que yo sepa, no se puso el más mínimo interés.

UN GRAN HOMBRE: OLIVEIRA SALAZAR

Después representé a mi país en Polonia y Portugal. Fué para mí una gran suerte el tener que tratar con hombres tan amables y dignos de confianza como el doctor Salazar. La principal ventaja que me proporcionaba era la de evitar la común falta de todos los embajadores, que consiste en la inexacta información que éstos facilitan de sus conversaciones con los extranjeros al Foreign Office. Era el propio doctor Mathias el que me hacía las relaciones de mis entrevistas, y esto sin apartarse de la verdad.

Muchas insensateces se han escrito y se han dicho en Inglaterra sobre el sistema político de Portugal, así como sobre el de España, sistemas ambos con los que yo he tratado. La fuente y origen de esta falta de sentido común radica en la suposición de que la democracia parlamentaria inglesa puede sustituir a estos dos sistemas. Naturalmente, esto lo cree mister Bevin, que cuando no intenta derrumbar la Constitución británica por la huelga general, tiene algunas veces sentido. En este libro, en el que sólo se relata la parte anecdótica de mi vida, no es el lugar apropiado para entrar sobre el asunto. Sin embargo, quiero hacer constar que bajo el Gobierno del doctor Salazar su país ha hecho grandes progresos y ha alejado la revolución, la bancarrota, la intolerancia, la opresión y la rapacidad. Corrientemente le preguntaba al doctor Salazar:

—Usted no es inmortal. ¿Qué ocurrirá cuando usted muera?

—Realmente, no lo sé—me respondía—; pero yo hago lo que uno puede hacer mientras vive, y trato de educar a una minoría elegida gubernamental que pueda administrar el país cuando yo me muera.

Y creo que no puede hacer otra cosa. Igual opinión yo.



Owen O'Malley y su hija Jane en su granja (1937)

ATENCIÓN AL DISCO ROJO



Koush
inda a su
lega Mao
Tung

EL MUNDO EN LA ENCRUCIJADA POLITICA DE LA HORA ACTUAL

Un avión de
la VII Flota
patrulla so-
bre el Canal



La VII FLOTA del PACÍFICO POLICIA DE LA PAZ EN AGUAS DE FORNIA

EN el análisis que la semana anterior realizará EL ESPAÑOL sobre los dramáticos acontecimientos de Rusia no fué posible incluir, puesto que el número estaba ya imprimiéndose, el golpe de teatro que sucedió a la dimisión de Malenkov, es decir, su nombramiento para un puesto del Gobierno. Pese a ello, circunstancia que examinaremos más tarde, los supuestos siguen siendo los mismos: la lucha por el Poder no ha terminado. Su gestación lenta, laboriosa, sorprendente, ha servido en las últimas semanas para dar a conocer, si ello es posible a los grupos, los móviles y las fuerzas que, subterráneamente, han tomado parte en la segunda fase de la batalla.

La expectación mundial, sobre todo la occidental, no ha ocultado su temor a que, el «endurecimiento» ruso sea motivo de un peligro de mayor alcance que los hasta ahora situados ante el mundo.

Los ángulos neurálgicos, Europa y Asia, sienten sobre sí el disco rojo, el disco de peligro, pero, a pesar de ello, salvo que un junco chino cargado de dinamita azotara el costado de un portaaviones americano o que cualquier mecha prendiera inopinadamente, arrancando a un suceso incoloro y vulgar el punto de partida, la guerra se ha alejado temporalmente. Su motor, Rusia, no puede hacerla.

UNA HORA DE LA HISTORIA ACTUAL: LA CONTRADICCIÓN INTERNA DE RUSIA

Todo lo anterior parecerá, ciertamente, sorprendente y equívoco. ¿No es ahora—se nos dirá—cuando se verifica en Rusia el «endurecimiento», cuando se eleva el presupuesto militar, cuando la Prensa y los ministros soviéticos renuevan su campaña

contra los Estados Unidos? La respuesta debe ser sí.

Pero a pesar de ello vivimos, desde 1917, el momento más débil y peligroso de Rusia. Es ahora cuando la U. R. S. S. se encuentra absolutamente urgida de la paz exterior.

La gran contradicción psicológica que se desprende de ello reside en que Rusia, para seguir existiendo como potencia comunista, se ve obligada, fatalmente, a volver al «stalinismo», pero, a su vez, para conseguir la cristalización política, precisa, imperiosamente, que su «endurecimiento» exterior no sea ocasión de peligro, ya que es evidente no conseguiría, de ninguna forma, restablecer el equilibrio staliniano en Rusia si una guerra le obligara nuevamente a las concesiones de una «guerra patriótica».

Con un rigor lógico, casi científico, aprovechan la sorpresa del mundo occidental para hacerle creer que la campaña de endurecimiento exterior responde ya a la realizada en el interior. Y éste no es el caso.

La debilidad de Rusia, desconocida por Occidente, que se ha dejado ganar por la cortina de humo de los discursos bélicos de Molotov, responde de hecho a una situación política todavía no resuelta.

Pero ello no obsta para que vivamos una hora especial: la contradicción interna de Rusia quien, por primera vez, acusa la perentoria, urgente, necesidad de paz para volver a crear en ella el molde staliniano. ¿Cuáles serían las consecuencias de ello si dialéctica y políticamente se hiciera patente la situación rusa al mundo libre?

MALENKOV, EN EL GOBIERNO; KRUCHEV, EN EL PARTIDO

La dimisión de Malenkov, con

la famosa autocritica del «mea culpa», parecía, evidentemente, una definición—teniendo en cuenta el sistema ruso—mortal. Aun considerando que tal situación no ha variado en esencia, EL ESPAÑOL, en la fecha que se producía la dimisión afirmaba un hecho definitivo: que la espectacularidad dada al acontecimiento servía para crear un estado de «legalidad» al cambio de política. Al constituirse en calidad de culpable Malenkov, el viraje político se hacía automáticamente. Ese servicio rendido al partido

...correcto, que digamos. En vez de raptar hombres de ciencia como acostumbraban, debieran de fijar su atención en unos buenos sastres que les asesorasen un poco sobre la moda masculina y el buen gusto en el vestido. Malenkov vestido de blanco y a su izquierda Koushev; Molotov el más presentable (viste en el exterior) y Vorochilov del brazo de Kaganovich. Al final el célebre Micoyan



LA LUCHA POR EL PODER EN EL KREMLIN NO HA TERMINADO

LAS CONTRADICCIONES ALEMANAS O LA MANZANA DE LA DISCORDIA DE EUROPA

constituye, tensamente, la medula misma del drama.

¿Cuál iba a ser, después de eso, el destino de Malenkov? El golpe de teatro fué, un día después, su nombramiento para un puesto en el Gobierno.

Malenkov, gordo, graso, pálido, se convertía, aparentemente, en

protagonista de una aventura sin mayor trascendencia. ¿Era así?

Un hecho clasifica, a su vez, la importancia que tenga el nombramiento de Malenkov en el Gobierno. Kruchev, el árbitro de la dimisión de Malenkov y del nombramiento del mariscal Bulganin, se mantiene aparte. Su único puesto visible y todopoderoso es, sin más, la Secretaría General.

Hay que recordar un hecho de la mayor importancia: hasta 1941, el propio Stalin no había ostentado ningún otro título que el de secretario general.

La situación de los ministros del Estado soviético depende, precisamente, de esa situación preponderante. La no incorporación de Kruchev al Estado demuestra el sentido riguroso que se lleva del «stalinismo». Se vuelve a dar al cargo su preponderancia decisiva y ejecutora.

LAS TRES CASTAS

En la lucha por el Poder en el Kremlin no existe ningún sentimentalismo. Se trata, simplemente, de un planteamiento lógico, frío.

La primera fase estuvo constituida por el exterminio de Beria. Las dos razones por las que fué juzgado son conocidas de todos. En principio, en la conquista por el Poder, su eliminación, la del brazo que creó los campos de concentración y el trabajo forzado, se convertía en una medida popular. Del otro, políticamente, se eliminaba el más fuerte enemigo que podía existir: el jefe de «la casta policíaca».

«La casta policíaca» y «la casta politicoadministrativa» habían formado siempre un solo cuerpo, pero con Beria se produjo una verdadera regresión a la autonomía. Mas, sin embargo, Malenkov nada podía reprochar a Beria en cuanto a los procedimientos policíacos, ya que él fué su discípulo íntimo durante muchos años y en algunos juicios no se supo nunca dónde comenzaba la presencia y el apoyo fiscal de Malenkov y el brazo ejecutor de Beria.

La eliminación de este último entra de lleno en el cuadro de los conciertos políticos. Una criatura devoraba a la otra.

Sin una sola duda el partido operaba contra Beria. Solo que en esa primera fase aparece, resolutivamente, una tercera fuerza: «la casta militar».

La contribución de ella a la desaparición de Beria es razonable. Este constituyó siempre su



Adenauer brinda en compañía de sus correligionarios. Entre ellos, Nennaver, Ludwig, Kaiser y Gerard Schroeder

gran enemigo. Su debelador policíaco.

En la segunda fase, es decir, en la eliminación de Malenkov, el Ejército apoya, de igual forma, al partido. En su consecuencia, toma también sus posiciones en el nuevo Gobierno.

La casta militar viene así a incorporarse a la lucha, pero en ambas ocasiones, en el caso Beria y en el caso Malenkov, sirviendo fielmente el designio político de Kruchev.

La tercera fase, inevitable desde todos los puntos de vista, será la afirmación de la supremacía. El «endurecimiento» y «stalinismo» no pueden tener otra forma razonable que su expresión política sancionada por el tiempo: la forma monolítica. Primero, Lenin. Luego, Stalin. Ahora, quien le suceda en el partido.

El hecho cierto es que ha habido que transigir con las circunstancias, tanto exteriores como interiores, para llegar a estas últimas medidas. Pero nadie, desde el día 5 de marzo de 1953, en que murió Stalin, ha dejado de pensar en ello.

Esta es la crisis. Mientras no se resuelva y se consolide, el «endurecimiento» exterior es un «bluff». De ahora en adelante el tema ruso volverá al «slogan» paz.

ZUKOV, MARISCAL PROFESIONAL

Zukov es, antes que otra cosa, consecuencia directa de la guerra. Su fama, su popularidad, se deben a que la guerra «patriótica» le convirtió en personaje.

La vida de Zukov pertenece también al fondo revolucionario. Nace en 1890 para tomar parte, quince años después, en toda clase de huelgas revolucionarias. Ancho, de complexión atlética, de corta estatura, se distingue entre los soldados del Zar cuando es destinado al servicio militar y es ascendido a cabo.

Es su primer galón.

Pero el cabo Zukov organiza un movimiento revolucionario entre sus tropas, formando parte de

los equipos rojos en el ejército. Cuando estalla la revolución marcha al Extremo Oriente con el mariscal Bluecher. Es una época de grandes experiencias. Cuando regresa a Rusia tiene veinticinco años.

Sus servicios recomiendan su entrada en la Academia Militar, y cuando sale de ella, ya de oficial, recorre las fronteras rusas. Son operaciones de limpieza, de batalla contra los campesinos, contra los sublevados. Después, entre los años 1938 y 1939, vuelve otra vez al Extremo Oriente, donde combate contra los japoneses de la frontera.

Pero es la invasión alemana la que le convierte en mariscal.

En diciembre de 1941 organiza la contraofensiva de Moscú, que equivale, directamente, a la liberación de la capital.

En aquella ocasión es el mariscal Bulganin—que todavía no lo era—quien dirige, en el interior de Moscú, la defensa civil de la capital. Ambos, Zukov, el profesional, y Bulganin, «el ojo dentro del Ejército», parecen formar parte de un pacto de vigilancia.

Son las circunstancias bélicas las que, en conflicto con el sistema de los comisarios políticos, dan pie a Zukov para pedir su desaparición.

Es un momento de crisis, y, por serlo, Stalin acepta.

En 1942 llega la batalla de Stalingrado. Zukov está con Vassilevski, pero, con órdenes terminantes, dos hombres más, Malenkov y Kruchev.

Por la serie, pues, de extrañas características de espionaje, contraespionaje y desconfianza, los hombres que están hoy en el poder en Rusia se conocen perfectamente. Bulganin, mariscal político, al lado de un mariscal de las victorias, pero que procede, igualmente, del campo revolucionario. ¿Qué les separa?

Zukov se ha profesionalizado totalmente. Bulganin sigue siendo, conscientemente, el auscultador de las situaciones de peligro en el Ejército.

La época de gloria de Zukov comienza con la caída de Berlín. Vencedor allí, abraza a Eisenh-

wer y a Montgomery. Y desde la tribuna militar, cubierto el pecho por una fantástica profusión de condecoraciones, asiste al gran desfile de las tropas aliadas.

Y, de pronto, viene la purga. Sobre los días de gloria, la sombra. En 1946 es enviado a Odesa, uno de los cuatro puertos estratégicos de Rusia—Odesa, Minsk, Tiflis y Ohita—. Desde allí se le envía, como oficial del Estado Mayor, a Oremburg. Es, se puede decir, su desaparición.

De pronto, a la muerte de Stalin, se le busca en las lejanas fronteras y se le devuelve a Moscú para un cargo: el de viceministro de la Defensa. Como en otras ocasiones, un hombre está por encima de él: Bulganin.

Ahora, a ser nombrado ministro de la Defensa, Zukov entra plenamente en el marco de la actualidad operante. Pero dos mariscales, Bulganin y Vorochilov, están sobre sus prerrogativas. Y el partido, que ha nombrado al presidente del Consejo, también ha impuesto a Zukov.

ANECDOTAS DE LA COEXISTENCIA

Cuando murió Stalin, Eisenhower envió un ministro plenipotenciario especial: a Bohlen. Llevaba éste, que conocía el ruso y era hombre que se creía conseguiría un éxito, un mensaje especial del Presidente norteamericano. Era, simplemente, que América jugaba la carta de las «esperanzas Malenkov». Sólo un hombre, Averell Harriman, estuvo en aquellos momentos que lo que importaba era la audacia. Que era la ocasión del «endurecimiento» americano.

Otra vez, hoy, la nueva situación coge por sorpresa a las cancellerías europeas y americanas. La contradicción evidente de la vida interna de Rusia, fatigosa e inquietante, ha puesto en evidencia las dos anécdotas más ricas de estos días.

En Italia, cuando el corresponsal en Moscú de un importante periódico comunicó la dimisión de Malenkov, desde el periódico, por teléfono, comunicaron con un diputado comunista. A carcajadas, el diputado les leyó los párrafos de unas declaraciones de Kruchev en las que, contestando a los periodistas americanos Randolph Hearst y Kingsbury Smith, advertía que la pugna por el poder en Rusia, y sobre todo las diferencias entre él y Malenkov eran invenciones.

El caso es que, oficiosamente, «L'Humanité» las reprodujo, y con el ansia de acometer con las declaraciones del secretario del partido comunista ruso cuantas noticias circulaban por Europa sobre la «guerra del Kremlin», adelantó la edición unas horas. Las suficientes para que declaraciones y dimisión de Malenkov llegaran casi al mismo tiempo.

Ello dió motivo para recordar la famosa frase de un embajador comunista en la O. N. U. cuando, al iniciarse la inesperada coexistencia cordial de Malenkov, solicitó una pausa: «Estamos tan acostumbrados a vituperar, que necesitaremos cierto tiempo para acostumbrarnos.»

Dialécticamente, el acento de la hora actual ha vuelto a coger por



Erich Ollenhaver, jefe del partido socialdemócrata

sorpresa a la diplomacia. Con las feroces y duras palabras de Molotov, las más inesperadas y pacíficas de Kruchev. Pero unas y otras, férreamente disciplinadas, no hacen otra cosa que aprovecharse de las singulares facilidades que ofrecen Europa y América. Por eso, sorprenderá que la diplomacia soviética, en el exterior, maneje de igual forma el epíteto o la inclinación versallesca. Seguirá así mientras no se resuelva definitivamente el problema planteado en Rusia.

EL EJERCITO, CABALLO DE BATALLA

Se ha comenzado a hablar, y ello viene ya desde la aparición de Malenkov, en la posibilidad de una imposición del Ejército. Un «Thermidor» bonapartista que pondría fin a la época consular o colectiva por la que actualmente atraviesa Rusia.

El Ejército tiene personalidad, pero no se puede dudar que Zukov, por sí mismo, nada podría hacer sin contar con los demás. En el caso de Bulganin y Vrochilov, la cosa es verdaderamente difícil.

Pero hay que contar, además, con el concepto estratégico de las fuerzas policíacas M. V. D. y M. G. D., del ministerio del Interior y de la Seguridad del Estado, que controlan el país. El pensamiento de un golpe del Ejército parece, dentro del tema ruso, poco realizable.

Zukov ha conseguido una mayor preponderancia, una posición de mayor altura, pero nada hace sospechar que procure con ella enfrentarse con el partido, del que forma parte a través de la Comisión Militar.

En general, el problema de la guerra del Kremlin está situado, contra el parecer de mucha gente, fuera del marco Ejército o partido, para centrarse, fundamentalmente, sobre la fase «monolítica». Es decir, sobre quién ha de ser, en definitiva, el heredero auténtico de Stalin. Y sólo en virtud de esa tensión, imprescindible para la continuación del partido comunista, se ha vuelto a los objetivos stalinianos.

El cambio de la dialéctica, la vuelta al espíritu de la industria pesada y lo que ésta tiene de significación bélica, cumplen también idéntico objetivo. Es una tensión hacia el «interior», un retorno a las circunstancias históricas en las que, políticamente, se trazó durante treinta y siete años la actividad general del Estado soviético.

La esperanza en el «thermidor bonapartista», si es una incógnita más, no tiene naturaleza auténtica. Es casi una carta puesta al azar entre los números rojos: hasta ahora el partido gana.

Molotov y Kaganovitch, casi los únicos ejemplares existentes de la Vieja Guardia, cierran el conjunto y le dan una estampa especial. Todo el mundo recuerda en estos momentos que cuando Stalin regresó de Siberia en 1917, un hombre de veintisiete años le aguardaba al frente de una oficina de propaganda: Molotov, el hombre que vió pasar todas las depuraciones.



EN EL ESTRECHO DE FORMOSA, UN ALMIRANTE NORTEAMERICANO

El estrecho de Formosa es un foso de agua seis veces mayor que el canal de la Mancha.

Las dos Chinas se miran sobre las aguas, deteniendo la mirada en la VII flota norteamericana. Es ella el único policía que patrulla frente a los dos enemigos.

Un vicealmirante, Alfred Melville Pride, de cincuenta y siete años, es quien manda la gigantesca formación de guerra. Alfred Melville Pride, el almirante «Mel», es un hombre cuya vida, asomada a sus tres estrellas, es extraordinaria y digna de tenerse en cuenta. No ha pasado por la Academia Naval de Annapolis, ni por la Universidad. Pero ha sido uno de los grandes innovadores de la aviación marítima, llegando a inventar un sistema de freno en los aparatos rápidos.

Este almirante, de cabellos rojos, cuya importancia es enorme en los momentos actuales, comenzó, asómbrense, de mecánico de segunda clase.

Los medios con los que cuenta son tan impresionantes que pasan, en número, de las cien unidades, y su capacidad de fuego supera en potencia a la de todas las escuadras reunidas en la batalla de Jutlandia.

El rostro de Mendes-France acusa con una fría fidelidad la derrota sufrida ante la Asamblea francesa. Este es el momento en que el astuto judío perdió su prestigio después de una larga serie de «éxitos».

CHINA 1955, IGUAL A RUSIA 1943

Pero los sucesos de Rusia, como es de rigor, han afectado de diversas maneras los bloques. En la China de Mao Tse Tung, el jefe rojo avisado con mucha anticipación por Kruchev, estaba al margen de las sorpresas, porque es el único hombre del mundo al que el Kremlin no puede permitirse el lujo de tratar como a los partidos comunistas de los demás países, que se enteran, con evidente desesperación y lentitud, de los cambios políticos de Rusia a la misma hora que las agencias de noticias. Cuando ellos predicán la ofensiva, les sumerge la ola de la coexistencia. Cuando están en ella, les llega la del «endurecimiento».

En el discurso de Molotov, leído tres horas después de la caída de Malenkov, y revelador de que la cosa estaba preparada con evidente antelación, se advertía la cooperación y total simpatía de Rusia por China en relación con Formosa; pero es evidente que Rusia deseará paralizar, en lo posible, cualquier circunstancia imprevisible en el Estrecho.

Vuelve, pues, a plantearse otra

vez el problema de cuáles son, en estos momentos, las relaciones verdaderas entre Rusia y China. Si es cierto que no hay que contar con «un titismo» entre los dos aliados, Mao Tse Tung manifiesta declarada y abierta independencia. Pero, psicológicamente, la situación entre China y Rusia, para ser entendida enteramente, ha de situarse dentro de esta órbita: China 1955 es la réplica de Rusia 1943. ¿Cómo era Rusia 1943?

En 1943 comenzó en Rusia la campaña de la guerra patriótica ante la necesidad de hacer frente, eficazmente, a Alemania. Este es, sustancialmente, el caso de la China actual. La conquista de Formosa se ha convertido de consigna comunista en «slogan» nacionalista de la China de Mao Tse-Tung. Y la «guerra patriótica» plantea, políticamente, resultados imprevisibles.

Shanghai, a 300 kilómetros del frente del agua, recibía a Nehru, el indio soviético, en una delirante manifestación. Nehru mismo que ha servido y tomado los «slogans» anticoloniales, se sintió intranquilo.

Mientras tanto, se evacua Tachen y las pequeñas islas para delimitar las zonas de peligro. Formosa y las Pescadores están bajo la protección norteamericana. Pero a 200 kilómetros de agua de mar están las costas chinas y dos millones de soldados que, desde luego, no podrán pasar nunca mientras la VII flota tenga la orden de responder a cualquier agresión.

Si Formosa se perdiera, el avance sobre el Pacífico, en el momento en el que Japón se desentiende de compromisos, significaría tener los «juncos» chinos en aguas filipinas. En aguas de América. Situación impensable.

EN ALEMANIA, EL GRAN DILEMA

La crisis política rusa ha tenido sobre Alemania una repercusión enorme. Vive Alemania en los momentos presentes una gran polémica interna, cuyos lados forman la siguiente contradicción: el rearme, que significa la ratificación de los acuerdos de París, y, por lo tanto, la independencia de la Alemania occidental es opuesta, piensan muchos alemanes, a la reunificación de las dos Alemanias, ya que su realización les enfrentaría con Rusia. Y hacerlo equivaldría a perder la Alemania oriental.

Adenauer, la gran cabeza política de Bonn, el hombre que ya pasa los ochenta años, sostiene frente al Bundestag la teoría y la cifra de los acuerdos de París. El resultado es que Alemania, nada favorecida por la actitud francesa, se encuentra hoy poniendo en difícil situación política a Adenauer, quien desde 1949 no había tenido un problema importante.

El Soviet Supremo desarrolla una enorme e intensa campaña para demostrar que son los aliados los culpables de la ocupación y de la división del país. El hecho cierto es que Ollenhauer, y los líderes de los Sin-

dicatos han hecho pasar una circular confidencial recomendando a sus miembros mostrarse poco favorables a los tratados de París, cuya ratificación viene a ser considerada por muchos alemanes como una crisis quizá definitiva para la reunificación de Alemania, ya que, singularmente, situaría la Alemania occidental en conflicto con la Alemania soviética.

Oficialmente, Rusia ha cesado su estado de guerra con las dos Alemanias y hará todo lo posible—nuevas medidas del Soviet Supremo lo harán presente—para destruir la integración alemana en el Ejército europeo. Es así que cincuenta millones de la Alemania occidental y los dieciocho millones de la de Grotewohl, comienzan a sentir, por encima de todo otro deseo, el de la reunificación. Y éste es el gran problema de Adenauer: Estar obligado por la presión pública a tratar con Rusia para resolver el problema oriental y convencer al Parlamento de que los acuerdos de París en nada perjudican lo primero.

Desprenderse de su ideal de europeización, servido con gran fe y lealtad por Adenauer, para dar paso totalmente al de la reunificación a costa de lo que sea, tiene graves peligros. El canciller alemán lo sabe. Pero el problema está ahí, presente, acuciante, inevitable.

FRANCIA, UNA VEZ MAS LA CRISIS

El 5 de febrero cae Mendes-France. Quien primero le dió el golpe fueron los republicanos sociales, es decir, el R. P. F., que hasta entonces le había sostenido. Las negociaciones con Túnez eran el pretexto, pero hondos y más graves latían otros problemas. La oposición habíase lanzado ya, ferozmente unida, en la batalla de los Acuerdos de París. Aquella situación, aquella victoria por tablas, no tenía salida.

Mendes-France ha jugado hasta el último momento todos los recursos democráticos. Ha elegido, sin dudar, cuando lo creyó necesario, el soborno de las carteras ministeriales, el de la Embajada de Washington al M. R. P. Pero todo en balde. Ni la paz ni la guerra quería la Asamblea, salvo su cabeza.

En última instancia, ofreció el Gobierno de Argelia a Jacques Soustelle, de cuarenta y dos años, jefe de la oposición parlamentaria de los Acuerdos de París y de la Organización de Defensa Europea. Hombre que ha servido a De Gaulle, intelectual, de izquierdas mirando a Rusia, Soustelle, que pedía permiso al general para aceptar, implicaba el reconocimiento por Mendes-France de que la Asamblea pedía su puesto y él lo defendía con los peores procedimientos. Feo asunto.

A su caída, comenzada en el «congreso» radical reunido en la sala Wagram, con un duro enemigo, René Mayer, comienza nuevamente la incógnita, casi indecifrible, del hombre sobre el que recaerá el Poder. Rechazado Pinay, rechazado Pflimlin, el del regocijante nombre, aparece un socialista, Pineau; después están

otros en la lista, el mismo Mendes-France.

La Asamblea francesa, en la asombrosa división de los partidos, somete al mundo, sobre todo a la Alemania de Adenauer, al juego misterioso de los pronósticos: ¿Ratificará los Acuerdos de París? Parece evidente que sí, por lo menos tales eran los propósitos de los hombres que hasta el presente se encargaron de formar, sin conseguirlo, Gobierno. Pero la sensación extraordinaria de caos—aunque sea más aparente que real, ya que la estructura del país sigue en manos de funcionarios—que produce se refleja en la indirecta y constante desaparición de unas mínimas creencias de defensa de Europa. Una defensa de Europa de invención francesa, cuya sola preocupación, al fin y al cabo, ha sido la integración de divisiones alemanas en las europeas, pero que ha olvidado completamente una preocupación política verdadera. La que hubiera evitado a Alemania el dilema en que hoy se encuentra.

WASHINGTON, EL CENTRO DEL ESFUERZO

La situación de Formosa era anterior a la crisis soviética, y fué la que constituyó esencialmente, la semana de la fiebre. La de los plenos poderes y la que llevó, cable adelante, este mensaje inexorable a un almirante de cabellos rojos: «Repeled cualquier agresión, venga de quien venga».

La Cámara de Representantes aprobaba el mensaje presidencial de Eisenhower por 409 votos contra tres.

Era una aprobación moral, un voto de confianza que, aunque no necesario al Presidente, ponía detrás de los acorazados un fuego especial. Mientras tanto, Eisenhower, envejecido repentinamente, buscaba la fórmula conciliadora en la O. N. U.

Salvo que Pekín decía a «Mr. H.»—nacido también al calor de los buenos días de la coexistencia, cuando Moscú no ponía ningún veto—que en la mesa de conferencias no se podía presentar la China nacionalista.

Así estaban las cosas, evacuando las islas, protegiendo la llegada a Formosa de los 5.000 soldados de Tachen y los demás soldados, cuando cayó la bomba rusa: Malenkov ha caído.

Los primeros momentos fueron, aun en la Casa Blanca, de gran confusión. El duro discurso de Molotov, unas horas más tarde, subrayó el carácter esencialmente staliniano del golpe de Estado, pero, en el fondo, nada ha cambiado. Todo está en el mismo trance que lo dejara Stalin el 5 de marzo de 1953. Sólo que Rusia necesita ahora, más que nunca, tiempo.

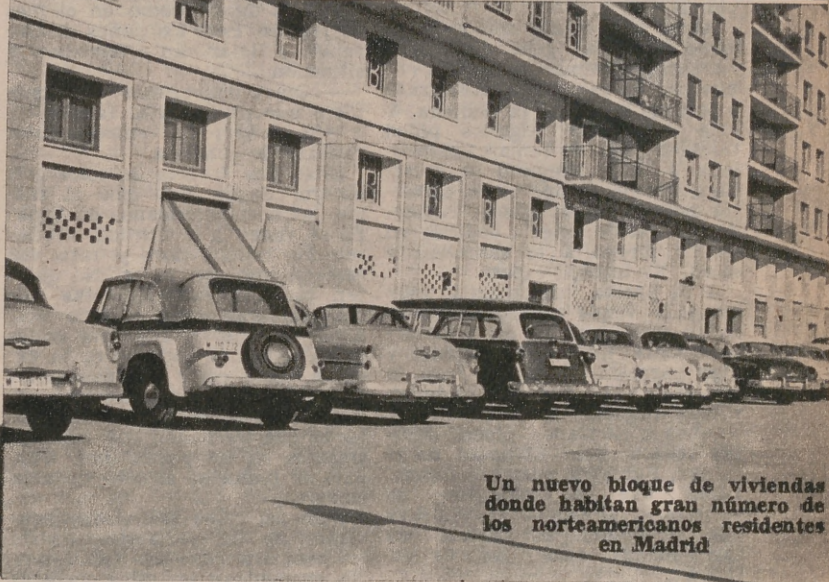
Su situación agrícola, puesta en evidencia por Kruchev y sancionada por Malenkov en su discurso, hablan bien claramente de la situación interna. Entonces, ¿cómo los cañones y la industria pesada? En razón a su contradicción interna que la obliga al endurecimiento interior para realizar la continuidad política.

Enrique RUIZ GARCIA



AMERICANOS EN MADRID

SU EDIFICIO RESIDENCIAL, LA "LITTLE AMERICA", ES UN PEQUEÑO MUNDO PERFECTAMENTE ORGANIZADO



Un nuevo bloque de viviendas donde habitan gran número de los norteamericanos residentes en Madrid

24 HORAS EN LA VIDA DE UN YANKI

LA «PEQUEÑA AMERICA»

No es difícil localizar a los americanos que viven en Madrid. La «Little America», su edificio residencial, es un pequeño mundo perfectamente organizado, en el que la vida de sus habitantes puede ser observada detalladamente. No todos, sin embargo, viven en la «Pequeña América». Una parte de ellos habitan en pisos alquilados —pisos reducidos, muy del gusto americano— y algunos —pocos— en hoteles.

En la «Little America» viven hombres de profesiones diversas. Un grupo de marinos, arquitectos, funcionarios del Gobierno... Este gran edificio, trazado según la línea peculiar de los norteamericanos, se halla situado en la avenida del Generalísimo, muy cerca del campo de fútbol Bernabéu. Tal vez sea el rasgo más interesante de esta residencia la «Air Force Dependents School», es decir, una escuela para los hijos de sus habitantes, donde se sigue un plan educativo idéntico al de las escuelas públicas de los Estados Unidos. Todo funciona allí armoniosamente. A un ritmo veloz —de la misma forma

que se efectúan los servicios en sus bares— los hombres de la «Pequeña América» realizan perfectamente su horario.

DIANA A LAS SIETE

Para los norteamericanos amanece temprano. Cualquiera que madrugue puede verles a partir de las siete de la mañana por las calles céntricas de la capital. Van muy de prisa, dando pasos muy largos, bien afeitados. Muchos de

ellos tienen que tomar autobuses para acudir a los lugares de trabajo situados en el extrarradio de la capital y los vehículos no esperan. Pero antes es preciso desayunar. Según una expresión gráfica de ellos, del mismo modo que al emprender un viaje es preciso llenar el depósito de gasolina del coche, así, antes de comenzar el trabajo diario hay que acumular energías. Por eso, el desayuno es copioso.



Los norteamericanos gustan de las diversiones alegres. En la fotografía vemos a la ganadora de un baile-concurso

Una buena representación de norteamericanos acude a una cafetería instalada cerca de la avenida de José Antonio, en la calle del Desengaño. El propietario es también de los Estados Unidos. El establecimiento se abre diariamente a las siete de la mañana. A esa hora todos los servicios están a punto: las camareras perfectamente arregladas detrás de los mostradores, las cafeteras con la presión necesaria, los tostadores de pan dispuestos para funcionar, con las lucecitas de control encendidas. Se oye hablar inglés por cualquier rincón.

—«An American breakfast and coffee» piden tres señores a nuestro lado.

Movimientos rápidos y precisos detrás del mostrador. Una camarera rubia les sirve, mientras contesta en buen castellano a los cumplidos de los clientes. El desayuno es a la americana, pero las costumbres madrileñas se imponen.

Antes que nada, un vaso de zumo de frutas, generalmente de naranjas. Después, un par de huevos con jamón, patatas fritas o tortitas hechas a la plancha. Y café con leche. Algunos piden también jugo de tomate, mermelada y miel. Ninguno se entretiene mucho tiempo en la cafetería después del desayuno; encienden un pitillo, pagan, dedican un último piropo a la camarera y salen. El trabajo espera.

A la puerta, un chiquillo muy avisado vende tabaco, ofreciendo su mercancía en un pintoresco idioma mezcla de español y algo parecido al inglés. Pero lo importante es que le entienden y hace negocio.

—Los americanos piden siempre tabaco rubio. El negro no lo fuman. Puros no suelen comprar. Dicen que las cajetilla de «Chester», «Philips» o «Lucky» que se venden en España son tan buenas como las de su tierra...

Un tanto a favor de la Tabacalera.

Calle abajo se van perdiendo los clientes, en busca del Metro y de los cuatro o cinco puntos estratégicos de donde salen autobuses para los centros de trabajo. Plaza de España, plaza de Colón, calle de Alcalá, Argüelles... El edificio «España» y el Ministerio del Aire son la meta de la gran mayoría de estos diligentes madrugadores. Cuando dan las nueve en el reloj del Banco de España, sólo por un

verdadero milagro podríamos encontrarnos con un norteamericano. A excepción, claro es, de los que están de paso en la ciudad.

CON TRAJE DE CASIMIR TROPICAL EN FEBRERO

Mientras ellos trabajan, y hasta que llegue la hora en que concluye la jornada de la mañana, que es cuando los veremos nuevamente por las calles, buscamos una sastrería. Letreros en español con su correspondiente versión inglesa. Y un espigado joven que entra en el establecimiento. Su aspecto es el de un extranjero; va vestido con un traje claro de verano y debajo de él lleva dos chalecos de punto. Aunque este invierno no es frío, parece exagerado pasear tan ligero de ropa. Efectivamente, se trata de un agusto sargento de la Marina de los Estados Unidos. Creía de buena fe que en Madrid el sol apretaba de firme tanto en agosto como en el mes de febrero. Pero los paños de Cataluña y Béjar van a remediar la situación.

—«Quick deliveries?»—es lo primero que pregunta al sastre.

—Sí, señor; las entregas son rápidas—le contesta.

Elige una franela de color gris oscuro. Según nos dice el sastre, los norteamericanos en España se visten a la medida. Prefieren los tejidos lisos y rara vez escogen uno con rayas. No quieren tampoco las chaquetas con dos aberturas atrás; en todo caso, piden que lleven una sola en la parte central e inferior de la espalda. Este corte lo encuentran muy cómodo. Lo que siempre recomiendan a los sastres españoles es que les hagan dos bolsillos traseros en los pantalanes. Uno, para el pañuelo; el otro, para la cartera.

Pero así como salen muy contentos de las sastrerías, ocurre lo contrario de las camiserías. No encuentran en ellas corbatas a su gusto, «des falta vida». Mejor diríamos, fantasía en el colorido y en los dibujos. Cuando reciben algún regalo de sus casas, siempre vienen un par de corbatas deslumbrantes y varias camisas. Pues los norteamericanos no se acostumbran a hacerse las camisas a la medida. Ellos entran en un establecimiento, dan el número de cuello y de mangas y salen con un paquetito, que cuando lo desenvuelven tienen la seguridad de encontrarse con una camisa que les sentará a las mil

maravillas. En España las prendas confeccionadas no ofrecen tanta variedad de tallas, porque se considera que la mejor medida es la que resulta después de que el camiserero nos ha pasado el metro a lo largo y a lo ancho. Todo es cuestión de criterios.

Mientras tanto, el sargento se ha quedado casi sin aliento observando un par de zapatos expuestos en una vitrina del local. Son de piel marrón, con una suela tan gruesa como un duro de los antiguos puestos de canto. Pide que se los envuelvan. El calzador de sus preferencias es el de tipo deportivo y les sorprende bastante que en España los caballeros usen zapatos de ante; este material en Estados Unidos se dedica casi exclusivamente para calzar a las señoras. También es esto cuestión de criterios.

Lo que no admite el norteamericano, a pesar de vivir en nuestro país, es el sinsombrerismo. Usar un buen flexible, adornado con alguna pluma vistosa, es el abecé de la elegancia masculina. Y ello aunque se prescindiera del abrigo, que no aceptan, generalmente, si no es de un tejido ligero, con mangas ranglán. El impermeable es la prenda universal y preferida, tanto llueva o sople el viento de Guadarrama. Pero el sastre nos aclara que muchos han cambiado de opinión al tropezarse un día con el frío que nos manda la Sierra.

LO ELEGANTE ES COMER SIN ETIQUETA

Un alto en el trabajo. Son las dos de la tarde. Aquel desayuno a la americana está ya en los talones. Hay que reponer fuerzas. Los casados que tienen sus oficinas cerca de sus residencias van a ellas para almorzar con la familia. Los solteros y aquellos que no disponen de tiempo para ir a casa y volver por la tarde, toman un refrigerio en cualquier restaurante próximo. Generalmente, un emparedado y café con leche. Si algún curioso se detiene a esa hora cerca del edificio «España» tendrá ocasión de observar que son muchos los camareros que de los establecimientos cercanos se dirigen al rascacielos, llevando en la bandeta vasos de café con leche y «magdalenas». Es el almuerzo de muchos norteamericanos que no salen de sus despachos al mediodía. Así engañan el hambre hasta que llegue la hora de la cena, que, naturalmente, será mucho antes que la española.

Sin embargo, son bastantes también los que no se conforman con comer un simple bocadillo. En la calle Villanueva hay un restaurante de lujo, propiedad de un súbdito estadounidense. En él se reúnen diariamente bastantes miembros de la colonia: diplomáticos, alto personal de las Misiones, ingenieros... Un gran toldo se acerca hasta el bordillo de la acera para cobijar a los clientes. Dentro, un salón espacioso, alfombrado, iluminado tenuemente con luces indirectas. En un rincón, una orquesta reducida. Hay un bar con las banderas española y norteamericana en lugar preferente; sobre ellas, un retrato del Generalísimo. La concurrencia es distinguida.

No es difícil reconocer en las calles madrileñas a los norteamericanos



Para atender a la instrucción de los niños americanos existen escuelas con los procedimientos pedagógicos de su país

Se sirven platos de cocina española y francesa. Pero lo que casi todos piden es un menú típicamente americano. En primer lugar, un cocktail de gambas, cuya receta es la siguiente: en una copa, sobre un plato con hielo picado, se echan trocitos de lechuga, salsa de tomate picante y se «florean» la superficie con gambas cocidas. Después, los camareros aparecen en escena con unos cestos de mimbre que contienen pollo frito y rebozado, con patatas «paja» y unos bollitos. Aparte se sirve miel. Pues bien: los comensales dejan por un momento los cigarrillos sobre los ceniceros y, a dedo, dan buena cuenta de las tajadas. Nadie come el pollo con la ayuda del tenedor y del cuchillo. Las normas de la etiqueta son arbitrarias y esta vez se han decidido por lo cómodo. Otro plato típico es el «Barbecue pork», o costillas de cerdo, que también se comen a dedo. Después los camareros colocan sobre la mesa una especie de aguamaniles y el comensal está en perfectas condiciones de aseo para tomar el postre, que suele ser una tarta de limón o de plátano. Durante la comida se bebe café negro, que se aclara a voluntad, para lo que sirven unas jarritas con agua templada. Después de un almuerzo tan original sólo falta pagar la cuenta y dar la propina. Un camarero nos dice que una vez un cliente que había tomado unas copitas antes de comer, pagó la consumición y le dió una propina de 725 pesetas.

LOS PASATIEMPOS TIENEN SUS DIAS

Al caer la tarde quedan cerradas las oficinas. Después de la jornada de trabajo hay horas libres para el esparcimiento, para acudir a un espectáculo o para tomar unas copitas con los amigos. Pero lo cierto es que los norteamericanos no acostumburan a beber a diario si no es algún Coca-Cola que otro. Por eso, tal vez, no frecuentan entre semana los establecimientos como cafés, bares o salas de fiesta. Se reservan para los días festivos o sábados. En todo caso, van al cine, sobre todo para perfeccionar el castellano. Las sesiones de cine que el miércoles por la noche se celebran en el Parque Móvil son bien conocidas de todos. El aspecto que ese día adquiere la terraza del edificio —coches y más coches— es de verdad impresionante. El teatro no goza de sus preferencias.

Cuando llega el fin de semana, los que tienen coche se desplazan a los alrededores de la capital: El Escorial, Aranjuez, Toledo... El grado de sus preferencias lo determina, sobre todo, el estado de las carreteras. Otros muchos, por el contrario, se quedan en Madrid para ir por la noche a cualquier sala de fiestas. Cerca de la avenida de José Antonio, en la calle de la Flor Baja, existe un bar americano, cuyo dueño tiene un apellido español, pero que ha nacido en California, Charles Con-



treras vive sólo en Madrid y es soltero sin ningún deseo de casarse. Llegó a España en 1953 y ha instalado un establecimiento, servido por camareros que visten camisas a cuadros y pantalones de vaquero del Oeste. Aquí acuden muchos compatriotas suyos. El local es un semisótano con acceso a través de unas escaleras angostas. Es bajo de techo y hay mucho humo de tabaco. A lo largo de las paredes, un diván currido, tapizado con material plástico de color amarillo claro. Mesitas pequeñas con sillas también muy bajas. Por los muros, dibujos de vaqueros. Muchos extrajeros. En una esquina, un grupo de norteamericanos que beben sidra achampanada.

Charles Contreras nos explica que la bebida favorita de ellos es el whiskey, pero que en vista de que les resulta cara, suelen sustituirla por coñac y ginebra. Consumen, asimismo, «Martinis» secos. El vino solamente les gusta en las comidas.

—Aquí vienen muchos norteamericanos y les oigo decir que les gustaría que se creara una sociedad hispanoamericana para facilitarles la oportunidad de conocer chicas españolas, hijas de familia. Cinco o seis amigos se han casado ya en España.

Se nos acerca Mr. Pleas Holcman, nacido en Arizona. Es rubio y alto. Viste americana de sport con una camisa color verde, sin corbata. Otro soltero de treinta años.

—Los americanos, en los primeros meses de su estancia en Madrid, apenas salen de la Gran Vía y calles próximas. Conocen pocos barrios de la capital. Ad-

miran a la mujer española por su femineidad, su alegría y por la consideración que sienten hacia el hombre. A todos les gustaría que existieran más ocasiones de conocerlas.

En Madrid existe un Club anglonorteamericano, pero con mayoría de ingleses. En él se celebran reuniones y bailes, a los que van también españoles y españolas. Sin embargo, son una verdadera minoría los estadounidenses que son miembros de esa sociedad.

En cambio, las «boleras» son muy populares entre los americanos de todas las edades.

BOLICHES CLUB

Son las doce de la mañana. Es sábado y en el Boliches Club no cabe un afilero más. Todas las pistas están ocupadas.

—¡Bola va!

Lo más curioso del caso es que en la bolera hay mucho hombre en mangas de camisa, mucha corbata de lazo y muchos «Bob» y «Dick». Muchos americanos, en una palabra.

A las diez de la mañana empiezan a llegar. Las pistas están ya reservadas por una serie de ellos que constituyen una especie de asociación o de Club de amigos de los bolos. O de la bolera, que da lo mismo.

—¡Qué hay, Charles!

—¿Cómo estás, Davis? No te vi la semana pasada.

El llamado Davis se excusa diciendo lo ocupado que estuvo con una excursión que hicieron un grupo de amigos a la Sierra. Y... a la barra, a beber algo, mientras se espera turno o se descansa.



También los adultos cuentan con clases apropiadas a su edad

Charles —uno de los muchos Charles que en este momento lanzan gritos de emoción ante una buena jugada— se apellida Boeman. Tiene un aspecto genial como de campeón de los cien metros libres. Es de la Armada y anda por los veinticuatro años. Vive con otros dieciocho marinos en la «Little America». Ha irrumpido en la bolera hacia las diez de la mañana con un grupo de amigos y creemos no equivocarnos al decir que apenas si ha descansado en todo este rato. Y sin embargo está tan tranquilo.

—Un whisky —esto para el barman— y luego dirige una mirada experta en dirección a la pista, a su «pista», donde otro joven gigantesco, cuya camisa se ve felizmente «adornada» con una corbata que parece pintada por un colorista en un arrebatado de locura, hace algunas jugadas que se corean con vivas por españoles y americanos.

Charles Boeman es miembro, con otro centenar de americanos, de este Club de aficionados a los bolos. Hasta la una de la tarde, cada domingo y cada sábado, unas cuantas pistas están reservadas por estos entusiastas del derribo.

—¡Ale! ¡Venga!

Se oye en castellano. Y al momento:

—«¡Go ahead! ¡Go ahead!»

Baraúnda de entusiasmos cuando se derriban diez de un golpe y ruido sordo del rodar de la respetable bola. Los americanos empiezan su fin de semana y se divierten. Estos así y otros de otra manera. Para eso han trabajado durante toda la semana. El rito de la diversión en sábado hay que cumplirlo. Cada cual a su modo.

Que para cada uno es distinto.

GOLF Y EQUITACION EN LA CASA DE CAMPO

De todos son conocidos los deportes populares de Norteamérica. Sus aficiones en este sentido son colmadas, casi por entero, en nuestra capital. Solamente les faltan las espectaculares competiciones de base-ball —que nosotros hemos traducido en pelota base— y que, como todo el mundo sabe, constituyen el plato fuerte de los gustos atléticos norteamericanos.

Además de los bolos a que ya nos hemos referido, practican otros deportes. Entre ellos el golf y la equitación en la Casa de Campo. Desde muy temprano —los domingos casi desde el amanecer— las magníficas pistas del Club de Campo son recorridas, una y otra vez, por las amazonas y jinetes americanos. Señalare-

mos, como único detalle personal, el bien cabalgar de la rubia Ray Jeannine Farmer y de la morena Sheila Mc Cue, espléndida versión americana de la verbena de la Paloma.

Y la natación. También la natación es practicada por los americanos. Todos prefieren una piscina instalada en la Ciudad Lineal la Stella, en la que practican la braza aerodinámica.

LAS SEÑORAS TAMBIEN SE DIVIERTEN

A todo esto, las señoras también se divierten.

Se divierten a la manera americana, como es lógico, que siempre consiste en hacer algo. Algo. Sea lo que sea. Nada de estarse quieta o encerrada. El día tiene que tener un objetivo.

Claro que este afán de actividad se vió en un principio en una problemática situación por cuestiones del idioma. Dejemos bien sentado aquí que a la mujer casada americana le gustan, sobre todo, estas cosas: la cocina, salir de compras y reunirse con gente de su edad. «To meet people», dicen ellos.

En cuestiones de cocina, la verdad el idioma ha significado bien poco. Pero lo que sí ha significado mucho para todas estas amas de casa americana ha sido su curiosidad por la cocina española. A veces funesta.

Sabido es que no hay nadie tan amigo de la innovación y de hacerse a lo nuevo, a lo desconocido, como el americano. Y la americana, de rechazo. Muy pocas señoras americanas, poquísimas, han podido resistir la tentación de hacer por sí mismas una paella, o de intentar «armar», de un modo u otro, una comida «típicamente española». Y los resultados... oigámoslos.

TE, EN EL APARTAMENTO NUMERO TANTOS...

El apartamento de Frida Ralph está decorado en amarillo y en gris. Una pared intensamente amarilla, formando ángulo con otra de un gris borrasca furioso. Otra pared gris, más claro; la otra... Según para el lado que se mire esta pieza da la impresión de que se está en una habitación diferente, en un sitio distinto. Debe de ser un truco para que uno no aprecie lo reducido del apartamento. Las señoras van llegando.

—¿Cómo estás, Frida?

Y ella con la típica expresión americana, con esa vehemencia que se puede colocar en cualquier cosa, porque todas les parecen dignas de ello:

—¡Oh!... Muy, muy excitada. Me gusta tanto recibir gente, tener la casa llena.

Y bien llena. Por aquí anda ya la señora Butler en plena conversación con la señora Robins y la señora Cullinan. Están acomodadas sobre algo que parece un diván. Pero, no, no. Frida nos lo explica:

—Son nuestras camas. Las camas del matrimonio Ralph.

Resulta que el diván-cama es tan confortable, que nadie es capaz de resistir la tentación. Todas las invitadas vienen a parar a él. Señoras y nada más que señoras. A estas horas anda el señor Ralph por la planta número tantas del edificio «España», lo mismo que el señor Cullinan, Butler y compañía en sus trabajos respectivos. Las señoras tienen el «afternoon» por suyo.

Hemos venido a tomar té. Se nos ha asegurado que hemos venido para esto. Sin embargo, todo el mundo está injiriendo Girger-Ale —en cantidades bastante respetables—, Coca-Cola, galletas saladas y queso. Nosotros, por nuestra parte, hemos obtenido un vaso de cerveza. Cerveza que, como milagro, ha sido antes extraída del interior de ¡un bote! ¿Habían sido ustedes hablar de la cerveza en conserva?

Nosotros era de cocina de lo que queríamos oír hablar. La ocasión es bien propicia, porque la señora Scheinman ha comenzado ya a relatar.

—Yo desde el primer momento quise habituar a mi marido a comer a la española—y aquí una sonrisa especial de amistad para el periodista—. Bueno..., pues lo intenté. Realmente, creo que hice una estúpida comida a la española. Con aceite de oliva y todo. Bien, pues, ¿qué creéis que me dijo mi marido al tercer día del experimento?—y al llegar a este punto la cara de la señora Scheinman era un melancólico poema—. ¿Qué creéis?... Dijo—la voz de la dama recaía con dolor la frase de incompreensión—: «Haz el favor de llevarme esto lejos y de no volver a cocinar nada parecido».

EL TENDERO, PROFESOR DE IDIOMAS

Las mujeres conocen y se entienden perfectamente con el tendero, con el carnicero, con el empleado de la mantquería de la esquina. Hasta tenemos noticias de que los industriales de Madrid se están imponiendo a pasos agigantados en la enseñanza del castellano.

—Mi tendero ya me ha dicho el otro día—cuenta la señora Hamilton en un apartamento de la avenida de José Antonio—que no me despachará nada si no se lo pido en castellano.

—¿Cómo se dice esto que tengo en la mano?—pregunta el de la mantquería—. Se dice «man... man... te...»

—¡Mantquilla!—es la gozosa respuesta de la compradora, que recuerda de repente lo estudiado ayer en la lección número diez de su método de español.

Es la batalla contra el idioma. La batalla por llegar a la adaptación. Que no es fácil. Las señoras como más sensibles se llevan



Una reunión de carácter social entre la colonia norteamericana

de vez en cuando sus berrinches. ¡Imaginense lo que es una mujer, entre mujeres, sin poder hablar como el resto de ellas!

Estas son las «congojas» de las que nos había Mrs. Simon Ralph, en cuanto llegamos.

—Figúrense ustedes. ¡A mí que me gusta tanto cambiar impresiones. Cada vez que me presentan una señora española sufro horrores. El otro día pasé toda la tarde sonriendo a dos simpatísimas españolas, que se desvivieron conmigo... ¡Sonriendo tan sólo, porque no podía hacer otra cosa! Cada frase me cuesta tanto esfuerzo... ¡Terminé sudando e indignada conmigo misma, por mi torpeza! ¡Y ellas me han invitado a volver cuando quiera! ¡No es ésta una amabilidad sin límites!

Y, sin embargo, con apuros y todo, esta señora abre su brecha entre las filas de españolas que la rodean, quiere saber qué piensan, qué hacen. Y hacer como ellas.

—Hoy vino una lagarterana vendiendo mantelerías y he actuado de intérprete para las señoras de los apartamentos de al lado...

Hoy también, Mrs. Ralph, tendrá un sueño feliz.

«UNA MAQUINA NO PUEDE CUIDAR A MI HIJA»

Sentada en una mesa, con su marido, está Mrs. Johnson, que ha tenido una hija en Madrid el mes de diciembre. Leslie Louise será, sin duda, la más joven norteamericana que vive en España. La madre elogia a los médicos nuestros y a un producto para la lactancia «made in Spain». Está criando a su hija con él y duda que en su país lo haya de mejor calidad. En los Estados Unidos la hubiera alimentado con leche natural, pero los biberones de leche artificial de aquí son infinitamente superiores y más cómodos de preparar. Y aun tiene más elogios que hacer:

—Algunos dicen que prefieren tener máquinas en la cocina a servicio doméstico. Nosotros vivimos con una criada y gracias a ella podemos estar ahora aquí, en este bar, a las nueve de la noche. Ella cuida de la niña esta noche, y cuando sale somos nosotros entonces los que nos quedamos en casa. Una máquina no puede cuidar a mi hija.

Mrs. Johnson ha enjuiciado el problema acertadamente. Los norteamericanos tardan algún tiempo en hacerse a nuestras costumbres. Extrañan la cocina española y, salvo la paella, los demás platos los encuentran de sabor muy fuerte por estar condimentados con aceite. Pero al cabo de cuatro años de residir aquí, cualquier ciudadano de Texas se siente tan español como cualquier vecino de Madrid o Barcelona. Y pueden servir de ejemplo estos tres norteamericanos que se nos acercan, que toman a diario sus vasitos de vino como aperitivo, que discuten apasionadamente sobre Rial o Campanal, que van a los toros, que tienen una cocinera de la provincia de Toledo y que se han aprendido unos cuantos piropos para decirselos a la primera mujer guapa que encuentran a su paso. Y no hace más de dos años que están con nosotros...

Los norteamericanos son excelentes consumidores de las artesanías españolas



EL CLUB DE MUJERES

Son las doce y cuarto de la mañana cuando la señora de Bos, presidenta del Club de Mujeres Americanas, entra en el Castellana Hilton, acompañada de la señora Mc Connathy, encargada de los programas del Club.

—Quisiera saber dónde se ha metido nuestra querida tesorera. —Dijo que estaría aquí hacia esta hora... ¡mírala!: allí está.

El amplio hall del Castellana Hilton sirve de marco a la conversación de las damas. Dos son rubias, muy rubias; la tercera es morena.

—Un «Martini».

—Una cerveza para mí.

—Otro «Martini»... ¿Qué decías hace un momento sobre la fiesta del pasado sábado?

Se aleja el camarero y quedan las señoras hablando de los negocios de su Club. Hoy es un día atareado. Es el día en el que se deben pagar las cuentas de la fiesta celebrada con motivo del día de San Valentín, a la que han asistido nada más y nada menos que 200 personas. Un verdadero éxito. Los 150 miembros del Club han respondido magníficamente y la fiesta ha tenido un esplendor verdaderamente grande. Ahora hay que pensar en saldarse deudas y dar las gracias a las colaboradoras.

—¿Cómo estás, Betty? ¿Y tu marido, Pat?

Otras dos señoras —también jóvenes, también altas, aunque no rubias— se acercan al grupo.

—Muy bien todos. La fiesta resultó de maravilla. Todo el mundo lo comentó. Pero, ¿qué hacéis? ¿Cuentas? Entonces, hasta luego...

A esta hora del aperitivo el Castellana Hilton se ve lleno de atractivos miembros del Club de Mujeres. Unas pertenecen al

grupo que se ocupa de cultura española, otras al grupo que aprende danza española; la de más allá acaba de llegar de América y tan sólo quiere que la orienten en la búsqueda de un piso o apartamento y en la de colegio para los niños.

Y, SOBRE TODO, EL MARIDO

A todo esto atiende el Club de Mujeres Americanas. El Club responde a la idea de hacer que todas las mujeres americanas se sientan como en su casa al llegar a España. Se celebran conferencias, conciertos y fiestas. Y aunque a esta hora sea posible ver a muchos de los miembros del Club, nunca se reúnen todos, sino los terceros miércoles de cada mes. Ese día celebran un almuerzo al que asisten todas las señoras pertenecientes al Club.

El tercer miércoles de mes hay, pues, que ver el Castellana Hilton. Hierve de mujeres que se sonríen, se saludan y cambian impresiones. Es curioso que uno de los temas de conversación más importante sea la cuestión del idioma.

—¿Cómo van tus clases de español?

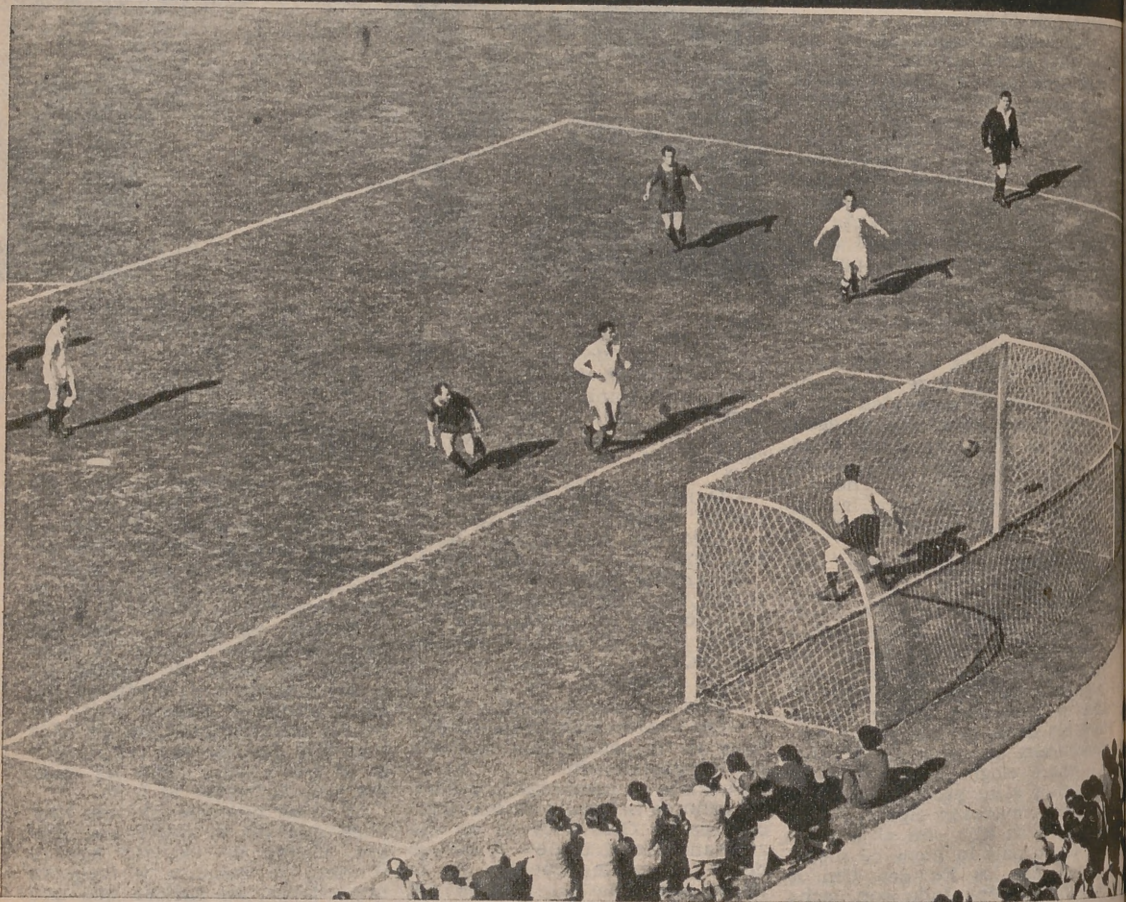
Y de vez en cuando, alguna palabra o frase intercalada en castellano. Esto es lo que hace la mujer americana en sus ratos libres: hablar de los hijos, de los problemas domésticos y, en los primeros miércoles de mes, hablar de negocios. Que para eso se celebra mensualmente una reunión dedicada a este tipo de actividades. El resto del tiempo...

—El resto del tiempo, como no es mucho y, además, casi todas tenemos marido e hijos, hacemos poca cosa: estudiar, algún deporte y, sobre todo —¡sobre todo!—, dedicarle el domingo al marido.

Es así como viven y sienten los americanos que viven en Madrid.



CARA Y CRUZ DEL EQUIPO NACIONAL



APTITUD E INSPIRACION EN EL FUTBOL ESPAÑOL

Seleccionador, jugadores y público ante el partido con Francia

El mundillo futbolístico español está desde hace tiempo agitado y nervioso. Enamorado de sí mismo, orgulloso de su historia, desde la Olimpiada de Amberes, en 1920, en que consiguió el título de subcampeón, hasta los Campeonatos del Mundo de 1934, en Italia, donde, aun eliminado por la «Squadra Azzurra» tuvo conciencia de su valía, la etapa de nuestra posguerra ha sido toda ella de afán y disgusto debido a la desproporción existente entre la realidad del juego y la exigencia de una crítica y una afición descontentas, incluso tras el Campeonato mundial del Brasil en 1950, donde España se clasificó en un cuarto lugar más que honorable, y en segundo lugar europeo. Pero esto no bastó. Las derrotas en los dos últimos partidos, contra Brasil y Suecia, apagaron el fuego encendido con el triunfo sobre Estados Unidos, Chile e Inglaterra, y el empate con Uruguay. La prueba de ese descontento final fué que no pudo sostenerse el entonces seleccionador: Guillermo Elizaguirre. La



Melcón, seleccionador nacional

Federación pretendió reforzarle en su función con dos asesores más, para formar un trío seleccionador. Consideró Elizaguirre, exac-

tamente, que eso llevaba implícito una desconfianza o una censura por su labor anterior y dimitió. Guillermo Elizaguirre, pues seguía, a pesar del éxito, el mismo camino que los anteriores seleccionadores víctimas: Eduardo Teus, Jacinto Quincoces, Pablo Hernández Coronado, Luis Casas Pasarín, Guillermo Elizaguirre, el trío Iceta-Alcántara-Quesada, Ricardo Zamora y Pedro Escartín, hasta llegar a nuestros días, que son los de Ramón Melcón. Nueve períodos de seleccionadores en catorce años es una enorme falta de continuidad. Ahora y siempre se ha dicho en los discursos oficiales que lo importante en deporte es luchar con nobleza, como dijera Coubertin del honor de la competición olímpica; pero lo cierto es que en la práctica se busca la victoria al más alto precio, y cuando no se consigue hay que encontrar la víctima, el culpable.

SELECCIONADORES MOVILES

Si en política se dice que no hay labor posible sin continuidad en la obra de gobierno, en fútbol puede decirse lo mismo. El desfile de seleccionadores ha sido la causa principal de que hayan pasado los años sin que el fútbol español encontrara su equipo nacional auténtico, aunque hayan sido varios—tantos como partidos—los que lucieran la camiseta encarnada y el escudo de España en competiciones con otros países.

Quizá si se hubiera dejado más

tiempo a cada seleccionador habrían encontrado los primeros (los últimos no habrían tenido ocasión de desempeñar el cargo) ocasión de rectificar, de depurar su propia labor. Al no durar en ese puesto más de un año o más de dos, el fútbol representativo empezaba cada año con el nuevo criterio rector. Culminó esta serie cortada de seleccionadores en el cambio de Escartín por Iribarren en el año o temporada misma del Campeonato del Mundo de 1954, en Suiza. Y la improvisación fué fatal. A los errores técnicos se agregaron diversos factores influyentes, reglamentación de torneo y azar en contra, y 1954 ha sido para el fútbol español el peor año de su historia internacional, al perder oficialmente con Turquía, que es fútbol históricamente inferior, y quedar fuera de combate en la primera eliminatoria.

A través de los seleccionadores,



El público, un elemento principalísimo en el panorama deportivo

podríamos ver los resultados materiales de nuestro fútbol y su obra en el siguiente esquema:

	Años de mandato	Ganados	Empatados	Perdidos
Eduardo Teus	1941-43	3	2	1
Jacinto Quincoces	1943-45	2	1	—
Luis Pesarín	1945-46	1	1	1
P. Hernández Coronado	1947	—	—	1
Guillermo Elizaguirre	1947-50	9	4	4
Iseta-Alcántara-Quesada	1950-51	—	2	—
Ricardo Zamora	1951-52	1	1	—
Pedro Escartín	1952-53	3	1	3
Iribarren	1953-54	1	2	1
Ramón Melcón	1954-55	1	—	—

Tantos criterios en la composición de equipo nacional y tantos otros expuestos en la crítica consiguiente han revuelto el cotarro,

Escartín—con base barcelonista—. Es decir, que cuando se prefirió la homogeneidad de grupo conocido, la derrota destruyó un cri-

GALERIA DE SELECCIONADOS



RAMALLETS



PEREZ PAYA



MUNOZ

dejado en el vacío cuestión tan necesaria de cumplir como es la de la regulación de equipos y jugadores de valía internacional para las selecciones A y B, o titular y reserva. Durante varios años no se hizo necesaria la convocatoria

Del último encuentro España-Francia. Elizaguirre en una gran estirada



y en vez de orientar lo que se ha conseguido ha sido confundir, pues han abundado las contradicciones y ninguna fórmula proscribió. El equipo nacional se ha elegido siempre por las mejores individualidades; pero, carente de estrellas como estaba nuestro fútbol, parecía lógico acudir al juego de equipos, eligiendo de éstos una base representativa lo más amplia posible. Se desechó esto casi siempre, y cuando fué preferido se produjeron también las derrotas, como en los equipos seleccionados por Hernández Coronado—con base bilbaína—y por terio lógico, y cuando se compuso

el once con piezas de distinto lugar, tampoco se lograron triunfos. Así, todo nos ha dado mal resultado, y la consecuencia es un bajón en el concepto que antes merecíamos, aunque nos queda crédito suficiente para andar por el mundo, pues más perdió Inglaterra en los dos últimos Campeonatos mundiales y partidos de concierto particular, y todavía conserva el señorío y algo más que puede comprometernos precisamente en mayo de 1955.

LA RESERVA DE LOS «B»

Toda esta alteración en la rectoría técnica de nuestro fútbol ha

de un equipo español B. Zamora lo recordó, y Escartín lo re- citó y llevó a la práctica. Desde 1953, parece que ya es permanente la constitución de este segundo once nacional; pero lo que varía es el criterio, pues para uno el equipo B debe ser un equipo de jóvenes promesas y para otros el B ha de ser simplemente el reserva del A, el inmediatamente posterior en calidad, un segundo grupo de valía tal que esté siempre al acecho de ascender al A, sin tener en cuenta condiciones de edad de los jugadores ni experiencia internacional.

Si se prescinde de toda etapa pasada y nos reducimos al momento presente, el actual seleccionador se ha definido prácticamente al convocar para el equipo B a un grupo de jóvenes promesas—equipo primavera—; pero ha declarado que el B es para él el reserva del A con lo que ha demostrado sus dotes diplomáticas y su criterio ecléctico. Pero el problema permanece y aun se agrava si se considera que no puede haber reserva del A cuando no se tiene equipo A.

ESTILOS DE JUGADOR Y JUGADORES DE ESTILO

Siempre ha sido tarea compleja la de seleccionar en España hombres para un equipo nacional dada la diversidad de estilos de jugadores y de conceptos que tienen las personas, técnicas o no, en materia futbolística. Pudiera servir de ejemplo el caso de Luis Molowny, uno de los jugadores más hábiles del fútbol de nuestra posguerra, considerado como nulo por los técnicos nortieños, principalmente, y sin temperamento para disputar partidos internacionales. El enorme temperamento de los aficionados—ardor desde la tribuna o graderío—es quizá lo que mueva a exigir también temperamento a los jugadores. El criterio de la furia española—tópico al uso de todo intento literario—es expuesto como razón patriótica. Predicar la furia es como un grito de «¡Viva España!», y resulta muy delicado analizar la verdad o contenido de esa furia por si acaso alguien cree que hacer tal cosa es un acto antipatriótico. Uno cyó hace tiempo a persona tan curtidada en lides internacionales como es Ricardo Zamora que todos los equipos nacionales son «furiosos» y todos son rápidos, por lo que es menester jugar bien, en la seguridad de que si conseguimos esto seremos más aprovechadamente rápidos y «furiosos». Gran verdad.

Si al diferente gusto de apreciación de la técnica se une el siempre problemático análisis de los temperamentos, la conclusión es difícil de elaborar, y si a esto se agrega el nuevo caso de las nacionalidades adoptadas—que entrenó Kubala en Buenos Aires—, entonces son tres los cabos que tiene que atar el seleccionador de hoy: el jugador en su valer técnico, el jugador moralmente considerado y el jugador en su origen y legitimidad nacional. Se discute que aun siendo español legal no debe representar a España si deportivamente no pertenece a su escuela y acción formativa. La opinión es de altura digna de considerar, y como es cuestión de política deportiva, la

solución debe darla no el seleccionador—que es un técnico futbolístico—, sino los máximos organismos deportivos. Este problema es el más actual ante la posible aportación del jugador Héctor Rial, hijo de padres españoles, nacido en Argentina y hecho jugador en Argentina, que ha adoptado la nacionalidad española conforme a derecho natural. Un extranjero necesita llevar tres años de residencia en el país para ser nacional de ese país, si cumplió todos los límites legales; pero el que es español por sangre no necesita tiempo de residencia en España para ser español, puesto que lo es desde que nació, y parece lógico considerar que en cuanto pida lo que es suyo—la españolidad—se le conceda. Pero de esto entienden las leyes y no los futbolistas.

TREINTA Y CUATRO PARA ONCE

La cuestión de los extranjeros es el último encasillado de los problemas de selección nacional, problema que no debe existir en realidad, pues en España hay jugadores de sobra para componer un once que exprese nuestro nivel de juego razón de los conciertos futbolísticos internacionales. Estos jugadores son, naturalmente, los distinguidos en la actual temporada de Liga:

Guardametas.—Ramallets, Carmelo, Beraaluce y Alonso.

Defensas del lateral derecho.—Navarro, Matito y Quincoces.

Defensas del lateral izquierdo.—Lesmes II, Segarra y Sócrates.

Defensas centrales.—Marquitos, Campanal y Beltrán.

Médicos derechos.—Muñoz, Ramón y Mauri.

Medios izquierdos.—Bosch, Maguregui y Atienza II.

Extremos derechos.—Mañó, Miguel y Arsenio.

Extremos izquierdos.—Manchón, Collar, Zubillaga.

Interiores derechos.—Pérez Payá, Arza y Marcet.

Interiores izquierdos.—Arteche, Vallejo y Buqué.

Delanteros centro.—Badenes, Pahiño y Araujo.

Quedan fuera de esta lista, hasta que se defina oficialmente la Federación Española o Delegación Nacional de Deportes, Villaverde y Rial, queda fuera también, por análogo escrúpulo, Kubala, aunque éste sea ya internacional español. Y quedan fuera también, eliminados por el seleccionador, pero utilizables, a pesar de su veteranía, Molowny, Gainza y Puchades, especialmente los extremos, de clase superior a los jóvenes.

Con los nombres incluidos en aquella relación se pueden formar hasta tres equipos completos, selecciones A, B y C, con un guardameta más de reserva. Y con los dos interiores españoles y ex sudamericano, con Kubala de ariete y los extremos Molowny y Gainza se compondría otra delantera completa, precisamente la de mejor calidad, la indiscutiblemente formada por cinco hombres de serie distinta al «standard» de juego.

LA OPINION DE LOS AFICIONADOS

El Instituto de la Opinión Pública reflejó en una encuesta re-

cientemente publicada, el criterio de los aficionados convertidos en seleccionadores, y los tres mejores en cada puesto, según el porcentaje de opinión, son:

Guardametas.—Ramallets, Carmelo y Alonso.

Defensas derechos.—Navarro, Marquitos y Matito.

Defensas izquierdos.—Lesmes II, Segarra y Canito.

Defensas centrales.—Campanal, Marquitos y Parra.

Medios derechos.—Muñoz, Fictats, y Ramón empatado con Pieseguito.

Medios izquierdos.—Bosch, Puchades, Manolín y Atienza II.

Extremos derechos.—Miguel, Mañó y Arteche.

Extremos izquierdos.—Gainza, Manchón, y Collar empatado con Torres.

Interiores derechos.—Pérez Payá, Villaverde y Arza.

Interiores izquierdos.—Rial, Arteche y Kubala.

Delanteros centro.—Kubala, Escudero y Badenes.

LAS LISTAS DEL SELECCIONADOR

Pero la lista que merece la pena de considerar auténticamente es la del seleccionador oficial, señor Melcón, que ha compuesto hasta la fecha tres selecciones en plan de ensayo.

La primera, llamada selección A, jugó contra el Real Club de Lieja y estuvo constituida por Carmelo y Bagur, en la portería; Matito, Marquitos, Campanal, Ramón, Muñoz; Mañó, Marcet, Murillo, Buqué y Manchón y por Tejada y Pahiño, que jugaron en el segundo tiempo.

La segunda, llamada selección B, jugó contra el Servette, de Ginebra; fué formada con Beraaluce; Quincoces, Beltrán Sócrates; Mauri, Maguregui; Arsenio, Pepillo, Mauro, Vallejo y Collar, y en el segundo tiempo, los defensas Toni y Cobo, el medio Rubio y los delanteros Cela y Torres.

La tercera, llamada selección C, con mucha más perspectiva oficial que la anterior, es la que jugó el pasado miércoles contra el Rapid, de Viena, y estuvo integrada por Ramallets; Matito, Marquitos, Lesmes; Muñoz, Bosch; Mañó, Pérez Payá, Kubala, Arteche y Collar. Y como inmediatos reservas, Carmelo, Ramón, Arza y Marcet.

Así están los planes para los próximos partidos internacionales: el 13 de marzo, de la selección B contra la selección A de Grecia, para la Copa Mediterráneo, y el 19 de marzo, de la selección A contra la titular de Francia. Así como este encuentro es amistoso entre los dos países fronterizos, el otro es de torneo oficial de la F. I. F. A., en el que toman parte los países mediterráneos: Francia, Italia, Egipto, Turquía, Grecia y España. Francia, Italia y España juegan este torneo con sus selecciones B, y Egipto, Grecia y Turquía, con las A, por considerarse inferior el fútbol de estas tres naciones. España tiene ya una victoria, conseguida el pasado año contra Francia en Bayona, a la que se venció por dot-cero, y fué el primer éxito del actual seleccionador, señor Melcón.

CADA MES TIENE SU EQUIPO

En España, donde varía tanto la forma del jugador, es muy arriesgado hacer la selección artificialmente. No hay duda de que si se conocen cuáles son los once mejores jugadores del país, lo mejor que puede hacerse es juntarlos con tiempo suficiente para una preparación especial del conjunto; pero en fase de carencia de «estrellas» y de nivel aproximado entre un contingente numeroso, es más positivo esperar a que el tiempo dé la solución. Un poco hiperbólicamente cabría decir que «cada mes tiene su equipo». El seleccionador actual sabe esto, y, por consiguiente, el verdadero equipo nacional no está formado todavía, al menos en la delantera. Guardameta, defensas y medics, si son los designados, sin más alteración posible que la que dependa del estado físico de Campanal, hoy lesionado, y, por ende, probable baja. Pero en la composición del ataque va el seleccionador con paso lento y algo falso, para llegar al quinteto para él más convincente, que es el de Mañó, Pérez Payá y Kubala, con una pareja que no ha estado en Las Cortes frente al Rapid, pero que es la que Melcón quiere que esté en Chamartín contra los franceses: la compuesta por Rial y Manchón. Depende de la autorización federativa. Futbolísticamente ya se ha definido el seleccionador...

En teoría se han mostrado algunos seleccionadores partidarios de elegir aquellos jugadores que pueden resultar más efectivos frente a un equipo de determinadas características; pero en la práctica nunca se hace así, porque no se conoce «de verdad» al enemigo hasta que se está jugando con él. Francia duda también la alineación de su equipo. Probó a los dos interiores de su equipo campeón de Segunda División y no tuvieron éxito. El probable once es mixto de veteranía y juventud; pero no puede depender el equipo español de lo que traiga el francés, porque eso sería como convertir al once galo en protagonista y al nuestro en auxiliar dependiente de lo ajeno. La fórmula es, por consiguiente, la normal de elección de los mejores valores encontrados en la búsqueda detallada.

En cuanto al partido contra Grecia, es el primer encuentro con los helénicos. Ignoramos cuál es su técnico y su estilo; se tienen sólo los informes indirectos por la campaña realizada, que es de escasa potencia goleadora, aunque discreta en la elaboración del juego.

LA INSPIRACION DE NUESTRO FUTBOL

La diversidad española en los caracteres, definida en la propia idiosincrasia de las regiones, hace de nuestro fútbol un reino de Taifas difícilmente representativo con la unidad que es menester en un juego de asociación como es el fútbol. Resulta muy complicado, y sobre todo inútil, querer explicar al mundo el mérito de nuestro equipo nacional, que está hecho—quizá por influencia de nuestro parcial origen moro—con piecitas diversas, de distinto tamaño y color, variado en su

naturaleza. Sólo la facultad de adaptación y el genio creador hispánico son capaces de dar impresión de unidad con un cuerpo irregular y heterogéneo. El fútbol español también tiene sus dialectos; por eso, cuando tuvo figuras de extraordinaria valía, su juego era individualista, porque hablaban los jugadores por sí solos monólogos sucesivos, y uno, la



LESMES II



BOSCH

voz cantante, que durante muchos años fué Zamora. Pero cuando se trata de un lenguaje de conjunto, de presentar un coro u orfeón de once voces, los acentos, los vocablos, el distinto oído se acusa. Es difícil que en España consigamos un fútbol coral, en el sentido de igualdad de estilo y carácter. Hubo una etapa de superproducción de estrellas nortefías que tuvo aplicación inmediata en el equipo nacional español, y así, se logró entonces conjunto e individualidad al mismo tiempo con los mismos hombres, consecuencia una cosa de la otra. Pero cuando el equipo nacional hay que hacerlo en «colecta» o en recogida, búsqueda de espigas en las distintas parcelas del campo español, entonces es complicado arrancarlas sin daño y con la misma medida para el haz, luego atado con una cinta roja y gualda. Nuestro fútbol no es de escuela, sino de aptitud e inspira-

ción. Los hombres son contrastados y a veces contradictorios. Y, sin embargo, cumplen la idea principal, aunque por distinto procedimiento. Un equipo inglés es un once de jugadores técnicamente iguales; un argentino, es un once con patente o sello que lo identifica; un brasileño, tiene también su marchamo inconfundible de arte florido; un húngaro, es una masa sólida con técnica y potencia física supernormales; un español, es una obra mixta de habilidades frías y torpezas calientes, con altibajos, con resacas, con ingenuidades con asperezas y con infortunios, sobre todo con infortunios como un ejemplo más en nuestro histórico rosario, que parece como si la desgracia fuera una tentación para probar nuestro espíritu archiprobadado. Nos falta en estos últimos tiempos facultad de «encaje» o resignación. Quizá por la ambición que desatan las guerras, después de la nuestra y después de la ajena, es menor nuestro conformismo; ahora nos rebelamos y nos destruimos más en los momentos de derrota. Y necesitamos todo lo contrario para volver a ser. El reencuentro tiene que producirse por algo más real que por el cántico al fútbol español de Amberes. Es la identificación con el presente, con el equipo y sus métodos, con la nivelación en el juicio.

Ese trastorno del fútbol en su estructura y métodos produce un malestar de opinión que luego cuesta mucho trabajo unir en las horas nacionales, o, más exactamente, que aunque se muestre unido para recibir a ese fútbol nacional se rompe al primer contratiempo. Y es que falta moral al público antes que al equipo. Por eso los equipos animan en vez de ser animados. El proceso moral de Federación y seleccionador, tan convulsionado en estos años, es la enfermedad que padece nuestro deporte. Y sólo una etapa de calma y de continuidad en los aciertos puede restablecer el equilibrio en los diversos estamentos del fútbol. La tensión que produce la Prensa en polémica es uno de los fenómenos que también hay que estudiar. El fútbol español tiene un exceso circulatorio, es hipertenso y puede morir de repente, aunque luego, en el cortejo fúnebre, una enorme multitud de miles y miles de hombres lloren y comenten, compungidos: «Pero ¡quién lo iba a decir, con lo fuerte que estaba!» El fútbol español está muy acribillado, muy censurado, roto por dentro, aunque cada vez mejor vestido por fuera. No se pierde fiesta, va a todas partes, pero no se encuentra como antes: con la salud y el optimismo de su juventud. Ahora lo teme todo, aunque lo oculte con sonrisas diplomáticas. Quedaron descubiertos algunos de sus mitos y están viejas o gastadas algunas de las figuras de sus diversos planos y se encuentra como en transición, en época revolucionaria hacia lo clásico con línea moderna, puzle de extraño sabor y de imprevisibles efectos. Las victorias sobre Grecia y Francia—casi seguras, a pesar de todo—y la posterior sobre Inglaterra servirían de sedante a la enorme crisis nerviosa de nuestro fútbol interno.

GILERA

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110

CARA Y CRUZ DEL EQUIPO NACIONAL



APTITUD E INSPIRACION EN EL FUTBOL ESPAÑOL



VEA PAGINA 60

MCD 2022-L5